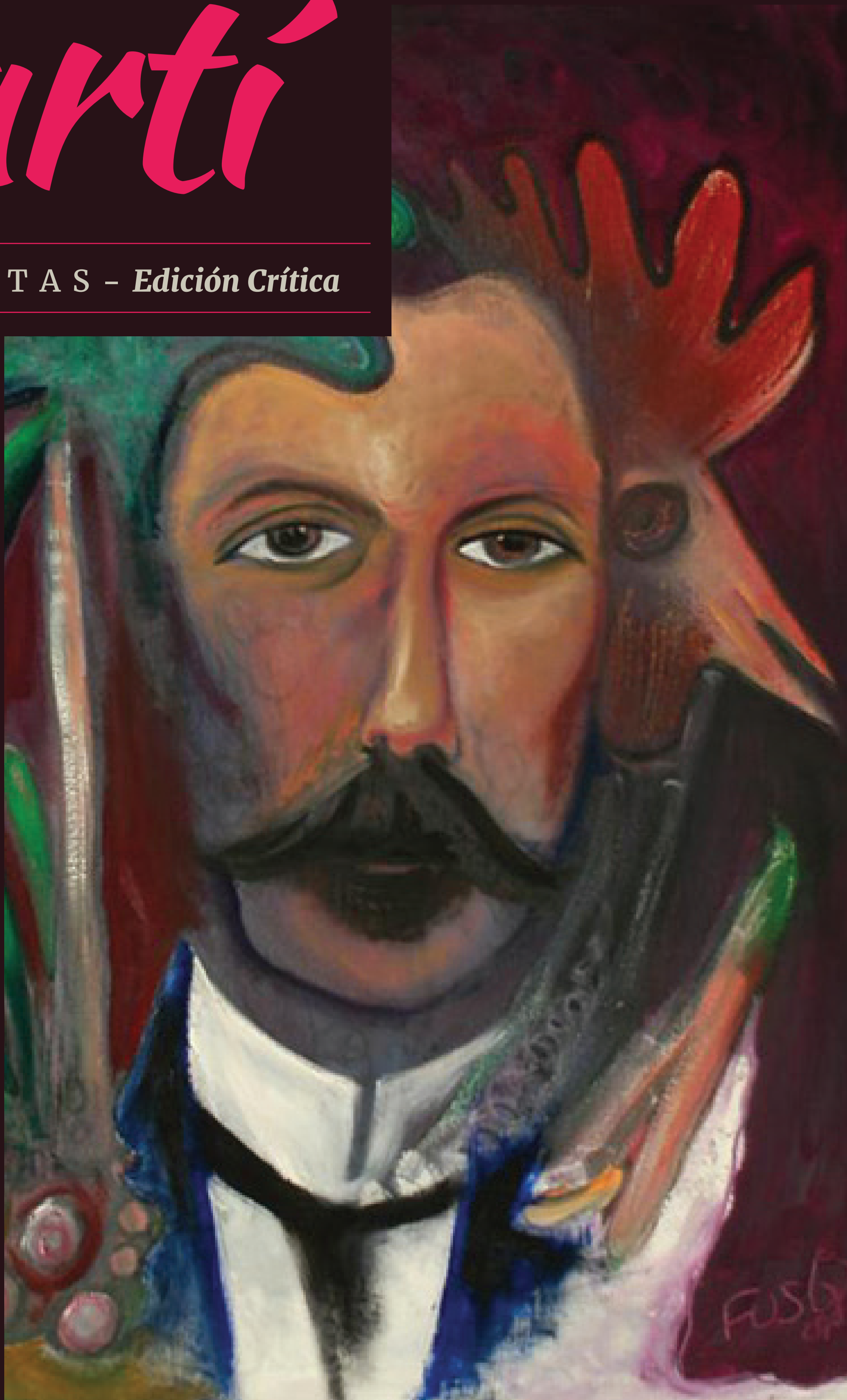
José Martí

OBRAS COMPLETAS – *Edición Crítica*

1885-1887 (volumen 2)

Estados Unidos

23



CEM | Centro de Estudios Martianos

Ministerio de Cultura
de la República de Cuba

CLACSO

ISBN 959-7006-08-1 obra completa

Imagen de cubierta: detalle de *Martí*, José R. Fúster, 2009. Colección de la SCJM.

Centro de Estudios Martianos
Ministerio de Cultura
de la República de Cuba

Calzada 807, esquina a 4, El Vedado | 10400
La Habana, Cuba
Tel. [53 7] 836-4966/69 | Fax [53 7] 833-3721
<cem@josemarti.co.cu> | <www.josemarti.cu>

Equipo
Dr. Pedro Pablo Rodríguez (director general)
Lic. Aida Martín Fernández (directora editorial)
Dra. Carmen Suárez León (investigadora titular)
Dr. Rodolfo Sarracino Magriñat (investigador titular)
Dra. Marta Cruz Valdés (investigadora)
Msc. Marlene Vázquez Pérez (investigadora)
Lic. Yisel Bernardes Martínez (investigadora)
Lic. Lourdes Ocampo Andina (investigadora)
Lic. Niurka Alfonso Baños (editora)
Lic. Rubén Javier Pérez Bosquets (investigador)
Lic. Mariana Pérez Ruiz (adiestrada)
Lic. Miladis Cabrera Bess (asistente de dirección)
Marlén Santiesteban (operadora digital)

Desarrollo Libre de Aplicaciones
Luis Alberto Morera Fernández, Dayron Rámida Coll, Ariel Armas Ramos

CLACSO 50 AÑOS
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Estados Unidos 1168 | C1101AAX
Ciudad de Buenos Aires, Argentina
Tel. [54 11] 4304-9145 | Fax [54 11] 4305-0875
<clacsoinst@clacso.edu.ar> | <www.clacso.org>

Secretario Ejecutivo
Pablo Gentili

Directora Académica
Fernanda Saforcada

Coordinador Editorial
Lucas Sablich

Coordinador de Arte
Marcelo Giardino

Arte de Tapa
Jimena Zazas

Revisión Técnica de la Presente Edición
Gonzalo Mingorance

La Nación

1885 (febrero-septiembre) - 1886 (enero-julio)

PLACERES Y PROBLEMAS DE SETIEMBRE

Días venecianos en New York: una regata.—Los anglómanos.

New York, setiembre 19 de 1885.

Señor Director de *La Nación:*

Estos han sido para New York días venecianos. Ha habido gran regata de *yachts* nuevos, bajo el cielo azul de setiembre, vestidos los marineros de blusas de colores y anchos calzones blancos. Inglaterra y Estados Unidos van a disputarse la copa de plata, la copa América, que premia al *yacht* que mejor corta el mar y doma el viento. Como los Estados Unidos vencieron en la regata anterior, el *yacht Genesta* ha venido de Inglaterra a contender con el *Puritan,* elegido entre los americanos por [ser] el más velero. La entrada de la bahía es un campamento: suelo firme parece el mar de los vapores, por lo seguros que lo cruzan: van y vienen, como ayudantes de órdenes: el uno sale primero, el otro le alcanza con instrucciones nuevas, los dos juntos van a marcha igual hacia el *Genesta;* porque ya llegó la hora, hacia el *Puritan* que aguarda preparado: brilla más el *Genesta;* dice menos el *Puritan:* ¿no hemos de repetir sus nombres? ¿de qué se ha hablado aquí en estos quince días últimos?: las Bolsas, cerradas; los negocios, semisuspensos; los hoteles, vacíos; todo el mundo en el mar o a las orillas. El dueño del *yacht* inglés, con ese amor al color que va salvando a su pueblo, viste de gala, blusa blanca y rosada, calzón blanco, gorrilla azul: fuma: los tripulantes resplandecen, vestidos de dril blanco, del gorrillo negro les cae a la izquierda un doblez rojo.

El capitán del *Puritan* lleva el azul de guerra, suelto y oscuro: el sol le curtió el rostro: en sus pupilas claras no se ve una mancha: son los ojos misteriosos y extrañamente bellos de los que ven lo inmenso: los ojos de los que descubren, de los que inventan, de los que navegan: el capitán aprieta los labios, y no fuma: aguardan sus órdenes los marineros severos, torres humanas, vestidos de un blanco que ya vio faena, y sin gorrillos. Un pito suena, es la primera señal; suena otro pito: ¡y en marcha! Reloj en mano están a bordo del *Genesta* los ingleses: allá va sobre el mar, la vela inflada! arranca, gira, para: llegó antes que el *Puritan* a la línea de salida: de vapor en vapor rueda el aplauso. Y al fin parten seguidos de espesa masa de vapores. Los nobles rivales van parejos: poco casco en el agua, al aire mucha vela; andan de prisa y bien, contra lo que sucede en la tierra, que basta que una mente gallarda y, de buena vela, ande de prisa, para que los de casco pesado y vela ruin digan que no anda bien, hasta que con el envidiarlo y el decirlo

se lo impiden. Sigue adelante la regata larga: unas veces saca ventaja de poca monta el americano; el inglés la saca otras, también de poca monta: ya van caídos sobre el mar y al frente, delgados como una hoja de cuchillo; ya tuercen viento, y regatean de lado; se acosan; el *Puritan* va atrás; ¿dónde tiene las espuelas que parece que le han cortado los ijares, y arremete sobre el mar suelta la brida, el capitán al cuello, y alcanza, aborda, iguala al barco inglés, le saca la proa, le lleva ya toda la enorme vela, y dobla la flotante meta, que ostenta pabellón americano, con dos millas sobradas de ventaja?

Fuera de la bahía, han ido tras ellos, apretándose para ver mejor, vapores blancos de tres puentes, cargados de hermosuras, vestidas en traje azul de navegar, con listas blancas: cuando la calma enoja a los veleros formidables, adelantan sin cambio mayor en su camino; el tentempié comienza; la cubierta les sirve de asiento, de mesa la jalela; un galán les trae la ensalada de pollo o de langosta, otro galán cerveza de jengibre, soda, vino del Don que a la champaña suple, o champaña: los sombrerillos de paja reposan junto a sus dueñas, que del aire del mar y el desorden de sus cabellos cobran más hermosura.

Vapores blancos de tres puentes, cargados de niñas ricas, de adinerados negociantes, de jóvenes de buen vivir: vapores azules, rojos y verdes, fletados por los *clubs* y por las bolsas, donde hablan las botellas, se cuentan chistes acres, se dan a duendes los quehaceres del oficio, se canta y baila en coro; se saluda, con júbilo de loco, el cielo, el mar, el aire, la libertad grandiosa; vapores de gente burda, comerciantes de vicios, rufianes adineradores, apostadores de carreras, gente de diamante en pecho, vientre robusto y rostro rojo; vaporcillos innúmeros, de esta y aquella empresa, personaje, casa rica, o diario, a bordo la mesa de redacción y la escuadrilla de dibujantes y de grabadores; ejército de vapores, bordeándose, tropezando, andando lado a lado, lanzando al aire fuegos de artificio, cambiándose chistes, retos, apuestas y botellas, han seguido a los dos *yachts* por el camino; se han juntado como aves de casa a la hora del maíz al llegar a la meta; y ya en mayor alboroto y desorden los han escoltado al volver; acá acercándose al *Genesta,* como para consolarlo; allá echándose sobre el *Puritan,* rodeándolo, yéndole tras la quilla, como si quisieran darle la mano. «*¡Hurra, hurra!*» de todas las orillas que están llenas de gente; bote se ha vuelto la ciudad, y sale al paso a recibirlos; en hilera, como soldados que aguardan a su jefe, están los *yachts* de vela, poblados de lo mejor que tiene en niñas New York y el vecindario; brazos, sombreros, pañuelos y banderas saludan al triunfante *Puritan,* que viene ya a remolque, todo el velamen caído, como de la mano de su caballerizo el buen caballo que ha ganado la carrera. A remolque viene también el *Genesta.* Sir Richard, el caballero de la blusa blanca y rosada y el gorrillo azul, pide que lo lleven al costado del *Puritan,* porque quiere saludarlo: todos sus marineros están detrás de él, con la gorrilla negra y roja en la mano derecha, silenciosos y en fila, y al pasar junto al *yacht* vencedor,

señor y marineros rompen a una, agitando los gorros al aire tres veces: *«¡Hip hip! hooray!»* Y el capitán de rostro tostado, que tiene tras sí, no en fila, a sus suecos, encajando en el aire los dos brazos altos, vocea una y otra vez: *«¡Hip hip! hooray!»*

Glorioso llaman en inglés a este tiempo lucido acaso porque con su aire fresco y cielo limpio invita a gloria. Las gentes se dan prisa, antes de que vengan las nieves, a nutrirse el pensamiento de las ideas vivas que inspira el verano, a gozar de estas horas de boda a que han de seguir luego tantas horas de féretro. Y es setiembre un festival prolongado, sin día que no sea acontecimiento, ya porque Maud S., la yegua más ligera que pisa tierra, anda una milla en dos minutos y nueve segundos, cuya hazaña celebran a la vez en Inglaterra y en los Estados Unidos juiciosos editoriales; ya porque los «nueve» de Chicago vencen en el juego de pelota a los «nueve» neoyorquinos, uno de los cuales gana al año diez mil pesos, porque no va una vez la pelota por el aire que él no la pare, y eche por donde quiera; ya porque un vapor lleno de bostonianos ha venido río arriba, con ocasión de las regatas, a mofarse de los petimetres neoyorquinos que no hallan cosa de su tierra que sea buena, y compran en Inglaterra *yachts* que New York vence, y andan por las calles a paso elástico y rítmico, como si anduviesen sobre pastillas, y hablan comiéndose las erres y la virilidad con ellas, acariciando con el mostachillo rubio el cuerno de plata del bastón que no se sacan de los labios: son unos señorines inútiles y enjutos, a quienes no se ve por las calles desde que venció el *Puritan.*

Las regatas como tantas otras cosas, no son de valer por lo que son en sí, sino por lo que simbolizan. De los Estados Unidos se van las herederas a Inglaterra, a casarse con los lores; ningún galán neoyorquino se cree bautizado en elegancia si no bebe agua de Londres; a la Londres se pinta y escribe, se viste y pasea, se come y se bebe, mientras Emerson piensa, Lincoln muere, y los capitanes de azul de guerra y ojos claros miran al mar, y triunfan. La grandeza tienen en casa, y como buenos imbéciles, porque es de casa, la desdeñan. Hasta la hormiga, la mísera hormiga, es más noble que la cotorra y el mono. Pues si hay miserias y pequeñeces en la tierra propia, desertarlas es simplemente una infamia, y la verdadera superioridad no consiste en huir de ellas, sino en ponerse a vencerlas! La regata ha dado esto bueno de sí, como dan siempre algo bueno, aunque parezcan puerilidad al que ahonda poco, todo acto o suceso que concentra la idea de la patria; ¡hay un vino en los aires de la patria que embriaga y enloquece! Se le bebe, se le bebe a sorbos en estas grandes ocasiones y parece que se deslíen por la sangre, con prisa de batalla, los colores de una gran bandera!

Quien que viera estos lujos, estos hipódromos favorecidos, estos palacios mercantiles, grandes ya como un circo romano; quien que viera estas calles de New York, cansadas de la piedra parda, y la arquitectura

monótona, levantar por sobre las torres mismas de las iglesias sus casas de negocios, labradas las paredes, mármol y bronce el techo, el atrio pórfido y granito; quien que viera en las horas de faena pasar ante sus ojos en procesión enorme, acabados como obras de arte, el carrero de carga, el percherón que tira de él, y el carro mismo: quien que viese, a la cabeza de la ciudad, guiando todo este himno, a la justicia, creería que, poco más que insectos, viven en hambre y angustia, allá, del lado de los ríos, en el Monongahela, de donde sacan el carbón, millares de mineros, que no tienen una corteza de pan en su alacena, ni vestidos para sus hijos, ni más muebles que bancos de madera, ni más asilo que casas hechas de tablas de cajones. ¿Quién que en New York asiste a una como santificación humana, a una perenne ceremonia de coronamiento de la persona libre, a la vida pacífica de un rebaño de reyes, sospecharía que allá, donde se prepara y crea, donde se acumula la arena caliente y el viento negro, donde los mineros sacan de la tierra el carbón que la mueve y la sustenta, los hombres, sin miedo a la ley ni juez que se les oponga, llaman a la batalla, se congregan armados, caen sobre un pueblo vivo, y matan a sus hombres y le ponen fuego?

En lo que peca, en lo que yerra, en lo que tropieza, es necesario estudiar a este pueblo, para no tropezar como él. La historia anda por el mundo con careta de leyenda. No hay que ver solo a las cifras de afuera; sino que levantarlas, y ver, sin deslumbrarse, a las entrañas de ellas. Gran pueblo es este, y el único donde el hombre puede serlo; pero a fuerza de enorgullecerse de su prosperidad y andar siempre alcanzado para mantener sus apetitos, cae en un pigmeísmo moral, en un envenenamiento del juicio, en una culpable adoración de todo éxito. Bondadoso pueblo es este, y el primero que, con generosidad imperturbable, abrió los brazos, y los ha mantenido un siglo abiertos, a los laboriosos y a los tristes de toda la Tierra; pero hay que ver que deseó desenvolverse contra la naturaleza, y estableció leyes restrictivas que permitieron la creación súbita de una colosal riqueza interior, de subsistencia ficticia, que no puede hoy, por su mismo exceso, dar alimento a la masa de hombres que de todas partes de la Tierra atrajo. Porque las huelgas, la miseria de los mineros, el asesinato de los chinos, todo viene, aunque no se vea en la superficie, de un hecho capital que se debió prever acá, y fuera de acá se ha de anunciar para que se prevea: la producción de un país se debe limitar al consumo probable y natural que [el] mundo pueda hacer de ella.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 22 de octubre de 1885.
[Copia digital en CEM]

EL PROBLEMA INDUSTRIAL EN LOS ESTADOS UNIDOS

Axiomas económicos.—Valores ficticios y reales.—Los especuladores y los obreros.—Obreros armados.—Asesinatos de chinos.—El chino en los Estados Unidos.—Los Caballeros del Trabajo.—La catedral de San Patricio.—Las procesiones de trabajadores.—¡Siquiera una vez al año!

New York, setiembre 19 de 1885.

Señor Director de *La Nación*:

El ferrocarril Union Pacific tiene acá, como tantos otros, sus propias minas. De Europa no compran, ni muchos granos, ni muchos productos: América, Asia y Australia compran poco. Los ferrocarriles, que se fabricaron en anticipación de un colosal consumo y están montados para él, transportan hoy, con excesiva competencia, una producción escasa.

Las minas de carbón se abrieron, y poblaron de mineros, en relación a los tamaños enormes de los ferrocarriles. Mermado el consumo de afuera y las ganancias de los ferrocarriles, lo estrechan estos todo: los dividendos de sus acciones, la producción de sus minas de carbón, los salarios de los mineros. Y como el mismo sistema erróneo de altos derechos que permitió la creación violenta de industrias nacionales y vehículos sobrantes de transporte, y causa hoy el exceso de producción invendible a un alto precio, mantiene también alto el costo de la vida,—resulta ahora que los recursos para satisfacer esta decrecen sin que hayan decrecido en el mismo nivel sus necesidades.

A esto se junta un vicio mercantil que trae aparejada, con el provecho de unos pocos, la ruina pública: y este es la hinchazón de los valores por sobre su importancia real, producida por las habilidades y violencias de la especulación: de cuyo pecado comercial se padece hoy aquí tan gravemente que es una obra de beneficencia asentar esta enseñanza económica:—no produce ningún provecho a un país vender dentro ni fuera de sí sus títulos de riqueza por más de su valor real.

El valor real a la larga se impone, casi siempre de un modo súbito y violento, y todo el orden falso de existencia edificado sobre estos valores huecos, viene a tierra, como una casa que toma dinero para negociar a un interés mayor que el que ella percibe, a la primera hora de arreglo de cuentas. Al tute o la brisca se puede jugar; un hombre honrado, so pretexto de habilidad o deseo de fortuna, no puede jugar a la ruina del país.

Hincha la especulación los títulos de riqueza cotizables en Bolsa, fuera de toda relación con el producto real de la suma de riqueza que representan, y se crea así todo un mundo mercantil vacío, que va del valor real del título a su valor ficticio: este mundo mercantil, por el consentimiento público que le reconoce su valor de Bolsa como valor

sustancial, crea, cambia, fabrica, atrae obreros, levanta pueblos, habilita comarcas, evoca de la selva nuevos estados.

Como el mismo sistema pernicioso se ha seguido en todos los ramos de riqueza, el día del balance no pueden ayudarse unos a otros, puesto que todos tienen sobre sí ese mismo mundo mercantil ficticio. Llega el día del balance, porque los obreros hambrientos se impacientan, porque los accionistas alarmados dejan de percibir sus dividendos; se afirma entonces el valor real de los títulos hinchados; se niega el país a aceptar estos por encima de su valor real, y aún por este; y las esperanzas, los lujos, los compromisos, y cosas más reales, las fábricas, las minas, los Estados, los millares de obreros con familias traídos a ellos para trabajar en empresas sin base, todo se derrumba.

Esperanzas y lujos son humo, y no es malo, cuando no tienen base, que desaparezcan; pero los pueblos de obreros son seres reales, que al caer a la tierra fría y sin pan del seno de esa bomba de jabón, se levantan rugiendo y con los puños cerrados de la lastimadura.

El diente se ha hecho para triturar: la mujer sufre cuando no tiene sopa en el hogar y calor para los hijos: a los hombres, la angustia les enfurece: y de ahí vienen esos acometimientos, injustos y culpables otras veces, que ven de alto abajo como crímenes los especuladores ocupados en echar al aire las bombas de jabón, que son los criminales verdaderos!

Cuando, a lo menos, queda después del descubrimiento del valor ficticio de los títulos un valor real y constante, cabe al fin, aunque con muchos dolores, en la merma general; en el cercén a nivel de dividendos y salarios, el remedio; pero cuando, como hoy en los Estados Unidos sucede, estallan al mismo tiempo los dos males; cuando no solo se descubre que la especulación ha levantado los títulos por sobre su valor real, sino que este queda fuera de relación con las obligaciones urgentes, de pan y de carne, que ha contraído para mantenerse en curso; cuando por falta de previsión se han levantado, con esos capitales huecos creados por el consentimiento público, más talleres, más empresas, más vías férreas, más poblaciones de trabajadores, de los que puede necesitar en un largo plazo la producción natural del país; cuando se ha traído a producir, con una fe indigna de pensadores eminentes, un caudal enorme de hombres en condiciones impuestas y perecederas, que quedan vivos, necesitados, airados; frente a las fábricas suspensas, los molinos detenidos, los muelles desiertos, por falta de consumo de la producción excesiva;—cuando sucede, como acá sucede ahora, que el país necesita alimentar más hombres de los que puede alimentar naturalmente,—su gran riqueza, dígase de una vez, se convierte en un gran peligro. La amenaza es tanta cuanta fue la prosperidad.

De aquí esas turbas inquietas y desordenadas, que la estrechez y los celos precipitan al incendio y al asesinato. De aquí esas huelgas triunfantes, por su justicia intrínseca y absoluta, que acarrean la

cesación de la labor en las fábricas incapaces de satisfacerlas, por estar los salarios que exigen fuera de la justicia relativa, de los recursos de las fábricas en pérdida. De aquí ese ejército de obreros que ya, dígase también esto, ya se arma.

Cuando se irrita, derriba, se pone en pie; convoca a sus soldados: mata, e incendia.

Reducidos los recursos de los ferrocarriles, con menor producción que transportar, con competencia demasiado viva entre un gran número de rivales por el escaso tráfico, tienen a la vez que reducir sus precios de transporte y sus viajes, y con ellos el número de hombres que emplean, en el camino, en los talleres y en las minas: reducen los salarios de sus empleados: reducen el carbón que extraen. Y al conflicto general se une otro de especial naturaleza.

El chino, por encima de las leyes que le prohíben, o punto menos, la entrada en los Estados Unidos, se desliza por los puertos mal vigilados a raudales: con este o aquel ardid, los mismos empleados americanos, por la sobrepaga, les ayudan a burlar las leyes: en San Francisco vencen de pie a cabeza a los alemanes y americanos los comerciantes chinos.

El chino no trae mujer, vive de fruslerías, viste barato, trabaja recio, persiste en sus costumbres; pero no viola la ley del país: rara vez se defiende; nunca ataca; es avisado, y vence en la lucha por su sobriedad y su agudeza al trabajador europeo.

No es simpático: un pueblo sin mujeres no es simpático: un hombre, es estimable, no por lo que trabaja para sí, sino por lo que da de sí. El hombre casado inspira respeto. El que se ha resistido a ayudar a otra vida, desagrada. La mujer es la nobleza del hombre.

Pero como trabajador el chino es sobrio, barato, bueno. Como vive en condiciones diversas del trabajador blanco, ni consume lo que este, ni los problemas de este—necesidades, salario, huelga—le alcanzan de igual manera; por lo que, satisfecho siempre de una retribución que nunca está por debajo de lo que necesita, por ser esto tan poco, rehuye la liga con los trabajadores blancos, y se sabe odiado de ellos.

Cuanto movimiento intenta el trabajador blanco, el chino lo estorba; porque si el blanco falta, allí está el chino.

Es además el chino astuto, y como lo hace todo por la paga, en cuanto percibe una ocasión de provecho, un pozo blando en la mina, un privilegio apetecible, por la paga procura hacerse de él; de lo que se irrita, desde sus condiciones especiales que lo entraban, el trabajador blanco, que acaso no ha visto lo que el chino.

Manso y resignado este, no menos diestro y vigoroso que los trabajadores de otra raza, las empresas lo emplean gustosamente.

Llega el chino a la mina: levanta casas, fonda, lavandería, tienda, teatro, y con menos dinero, vive próspero, de lo que el minero europeo se encona y encela.

Al fin, un día ha llegado en que la mina humea. ¡Ya en otros muchos

lugares ha humeado! En las entrañas de un pozo ha habido una contienda: cuatro chinos muertos.

Sus compañeros despavoridos, abandonan la labor e izan la bandera de alarma: todos los chinos se congregan en su caserío: la mina entera ha levantado el trabajo. Los mineros blancos llaman a los de las cercanías, y, armados de rifles, revólveres, hachas y cuchillos, marchan sobre el caserío chino, y le intiman que salga de la mina en una hora.

Aquellos infelices, prontos a obedecer, apenas tienen tiempo de recoger sus ropas.

No han pasado unos minutos, los mineros blancos rompen a disparar sobre los chinos. Aterrados, salen dando alaridos de las casas hacia una inmediata colina, seguidos a balazos por los europeos. Caen muertos en el camino: siguen heridos.

Arden detrás de ellos las casas, y de entre llamas y humo corren de todas partes hacia la colina los chinos que aún quedaban en el caserío, cubiertas las cabezas de colchas y frazadas que con los brazos en alto llevan extendidas, para protegerse de las balas. Dan los blancos tras ellos. Pocos escapan. Por donde asoma uno, lo cazan.

Mueren ciento cincuenta.

En la noche, los trabajadores blancos vuelven al caserío, y queman sus cincuenta casas.

La ley anda despacio en perseguirlos.

De San Francisco han salido con escolta seis comisionados chinos a investigar el crimen.

En libertad están, conferenciando con los empleados del Union Pacific, los mineros blancos, que exigen a la compañía la absoluta determinación, a que ella se niega, de no emplear chinos en las minas.

Los pozos de carbón están desiertos, y los Caballeros del Trabajo anuncian que ampararán con todo su poder a los mineros blancos del Union Pacific y le exigirán en su nombre que atienda a su demanda.

O no hay carbón para el ferrocarril, o salen de él los chinos.

Y crece, crece a ojos vistos, injusta en esto, justa las más de las veces, la sociedad de los Caballeros del Trabajo—*The Knights of Labor* les llaman en inglés.

En ella, dirigida con singular sabiduría, se vienen agrupando lentamente las asociaciones parciales de obreros, que a su número y falta de relación, y a la falta de recurso consiguiente, debían gran parte de sus derrotas.

Los Caballeros del Trabajo cubren hoy una ciudad, dos mañana, el estado luego, luego dos estados.

Tenían ya todo el Este. Ahora el Oeste, que se les resistía por no haber nacido de él la asociación, se ha entregado a ellos.

Los Caballeros del Trabajo son un congreso permanente de trabajadores. A cada problema, una resolución. La sociedad debate en secreto, pero manda, y ocho mil obreros, diecisiete mil obreros, los

mineros todos del Oeste, como a un golpe de martillo, abandonan el trabajo. Y son tales las arcas de la sociedad que pueden mantener en huelga meses sobre meses a diecisiete mil obreros.

Misteriosos, constantes, enormes, fieles son las manos que llenan esas arcas. Y se extienden, se extienden.

Son poderosas, porque nacen directamente de sus propios problemas. No es el socialismo europeo que se trasplanta. No es siquiera un socialismo americano que nace.

Acá no hay una casta que vencer, escudos a que van engarzados grandes dominios territoriales, clases privilegiadas que legislan o influyen en la legislación nacional. Acá el escudo es un bote, una pala, un látigo, un yunque, un zapato. Los que reposan en ataúd de bronce comieron en tina de lata.

Ahora es candidato para gobernador de New York un banquero, vivo orador por cierto, que picó piedras por estas mismas calles.

Acá el trabajador sabe que el monopolista era ayer todavía trabajador: cuando trata de su huelga con un empresario, con un trabajador de ayer trata, lo que modera al que pide, y ablanda al que ha de dar. Aún en sus combates se sienten hermanos.

Pero ya se divisan las líneas futuras, y acá se ha de dar el espectáculo hermoso de la victoria de la razón, si no lo enconan, como descastadas de Europa pretenden, más que las políticas, que acá no cunden, las influencias religiosas.

La catedral de San Patricio no tiene aún torres; pero ya se divisan en el aire las campanas con que invita a los ricos y a los medrosos a la coalición y a la guerra: no tiene aguja todavía la catedral de San Patricio, pero toda ella es mano que señala a los trabajadores unidos que se acercan, sin gran fe en la otra vida, a afirmar su derecho a una existencia holgada en esta.

«Únanse, dice, la iglesia que transporta a otro mundo las esperanzas de los pobres, y los ricos de este mundo que pueden sufrir a manos de ellos.»

Y ya levantan fondos para las torres de la catedral de San Patricio: y ya se celebra, con desusada pompa, un congreso eminente de católicos: y ya, con rapidez americana, está al concluir una gran universidad de clérigos.

Ocho mil mineros acaban, a una hora dada, de suspender labores; ellos, que nunca quisieron acceder a que los dirigiesen los Caballeros del Trabajo, renuncian hoy a su propia asociación, y entran de un solo empuje en las filas invisibles de los Caballeros. Hoy, todos los obreros asociados ayudarán en su demanda a los mineros que quieren que se les paguen tres centavos por cada *bushel* de carbón: mañana entrarán en labor, y ayudarán a los zapateros, a los pintores, a los enladrilladores, a las tejedoras de seda, a los sombrereros de apariencia fina, a los elegantes impresores.

Era de verlos pasar este año a todos—ya en *La Nación* los vimos pasar un año antes—con sus banderas, con sus notas al aire, con sus esposas, el día siete del mes, el día de «Santo Trabajo».

En Baltimore, en Chicago, en Nueva York pasearon. En Chicago, fue enorme la fiesta: la ciudad salió a verla: iban como ocho mil hombres: los impresores, imprimiendo diarios; los curtidores, badaneando el cuero; los herreros, con gorros de cuero curtido, y delantales lindamente bordados; y los zapateros con grandes girasoles en el ojal de la levita: de levita y sombrero alto iba la gente zapatera.

En Nueva York, pasearon con sigilo, no con la novedad y número de un año hace. Allí sus propios jefes y propios policías, como para denotar que su razón los guarda: jefes y policías van a caballo: Rocinantes son, más que Bucéfalos. No llevan vestidos de guerra, sino el traje de los días de votar. Algún jinete lleva el calzón a la rodilla; pero va tan contento de su banda blanca y roja, y trae tal aire de hombre, que se le perdona lo de pobre jinete: machacando en el yunque no se puede aprender a andar garboso; solo los pedantes no respetan esta sagrada falta de garbo.

Y marchan, marchan, Broadway arriba, en decenas de miles.

Llevan el paso firme, y bastones por lanzas. No parece que andan, sino que afirman. Llevan un paso peculiar: fuerte y callado. No es fantasía: es que así andaban. Gozan de verse juntos: saben que empiezan a ser fuertes.

Pasa uno a caballo que va arrancando homéricas carcajadas; el rocín se va desgoznando, y le han mondado la cola: el caballero lleva el bigote crecido de un lado, y afeitado del otro, y todo el rostro en bija. Él y el caballo van llenos de ajos y cebollinos; y una armadura de paraguas que abre y cierra y tiene de cebollinos las varillas: banda de ajos y cebollas lleva al pecho: y a la espalda un letrero que dice que aquello es todo burla del capataz de una cervecería que se ha negado a pagar a los cerveceros los debidos jornales.

Ah! pero lo más hermoso de la procesión son esas viejas diligencias cargadas de pobres obreras, con sus vestidos de percal planchado: ellas también van hoy en coche, siquiera una vez al año: las saludan poco, pero como se saludan ellas a sí mismas, de todo el mundo se sienten saludadas, y mueven incesantemente los pañuelos.

De vez en cuando, pasaba en los coches de fiesta envueltos en pabellones, con sus dos bandas de cabellos de plata sobre la frente, una viejecita!

José Martí

La Nación. Buenos Aires, 23 de octubre de 1885.

[Copia digital en CEM]

LOS INDIOS EN LOS ESTADOS UNIDOS

Bosquejo del problema indio.—Política del presidente Cleveland con los indios.—Convención de Amigos de los Indios.—Historia y estado de las reducciones.—Carácter del indio.—¿Qué educación debe darse al indio?

New York, octubre 23 de 1885.

Señor Director de *La Nación:*

Lake Mohonk es un lindo lugar en el Estado de New York. Convidan a la grandeza los bosques de Adirondack cercanos que talan sin sistema especuladores torpes:—en bosques, como en política, no es lícito derribar sino para edificar sobre las ruinas. A la serenidad invita el lago; y el río, que pasa cerca, a fecundar sin ruido e ir hacia delante, rumbo al mar:—los ríos van al mar, y al porvenir los hombres. A ese retiro pintoresco se acogieron este otoño, cuando las hojas amarillean y se enrojecen, los amigos de los indios, para tratar en paz del modo de atraerlos a una vida inteligente y pacífica en que no sean como ahora, burlados sus derechos, engañada su fe, corrompido su carácter y sus revueltas frecuentes y justas. Era de ver en aquella reunión de hombres y mujeres benévolas la ausencia de ese espíritu de teoría que afea y esteriliza, o retarda por lo menos la obra cordial de tantos reformadores, y suele enajenarlos, por la repulsión que a una mente sana inspira la falta de relación y armonía, el apoyo solícito de los ánimos moderados que serían de otra manera auxiliares eficaces de la reforma. El genio, que detona y deslumbra, no necesita desembarazarse del buen sentido que hace fecunda su vida en la tierra. Senadores, comisionados, superintendentes, compartían allí la generosa faena con periodistas entusiastas y sacerdotes protestantes. Una mujer abrió en los Estados Unidos los corazones a piedad de los negros, y nadie ayudó a libertarlos más que ella, la Beecher Stowe, la que, apasionada de la justicia, no tuvo luego miedo de deslucir con revelaciones tremendas a propósito de Byron el éxito fecundo de *La cabaña del Tío Tom*, lágrima que habla!

Mujer ha sido también la que con más sensatez y ternura ha trabajado año sobre año por aliviar las desdichas de los indios. Helen Hunt Jackson, de seso fuerte y alma amante; que acaba de morir, escribiendo una carta de gracias al presidente Cleveland por la determinación de este a reconocer ser de hombre y derecho a justicia en la gente india. Y en la convención de Lake Mohonk hubo gente de verba apostólica y dotes de Estado; pero la estadística cerrada, la cuenta estrecha, la implacable cifra, no fue ni de los superintendentes, ni de los comisionados, ni de los senadores,—sino de una mujer, de Alicia Fletcher, viva en el discurso, segura en el razonamiento, diestra en el debate.

No fue, pues, la de Lake Mohonk una convención de filántropos desalentados, que miren a los indios, solo porque lo son, como seráficas

criaturas; ni fue de esos políticos mariposiles que solo se paran en la flor de las cosas, y juzgan por meras apariencias y resultados, sin ver que no hay más modo de curar los males que extinguir sus causas. Fue una reunión de gentes de hecho. Uno de ellos, y por cierto de los más ardientes, «se estremecía al recordar las tristes escenas que ofrecen las reducciones de indios cuando, como la carne a las fieras, les reparten raciones, vestidos, o el dinero del año»: y por lo mismo que ha visto esas señales de degradación, como que es hombre, se ha sentido avergonzado, y quiere levantar a los infelices de ella;—se es responsable de todo mal que se sabe y no se remedia: es una pereza criminal, es una culpabilidad pasiva que solo se diferencia en grado de la culpa de hacer:—el apostolado es un deber diario y constante. Otro de los de la convención ha visto a los indios acurrucarse en rondas a jugar la paga del año, y jugar de cada diez pesos nueve, como los chinos en los talleres de cigarrería de un presidio español, no bien reciben a la tarde del sábado el exceso de sus jornales sobre la faena que han de entregar al establecimiento. Que los indios de las reducciones son perezosos y amigos de jugar y de beber lo sabía toda la convención; y que habilitados ya por un sistema malo de gobierno a un descanso vil, no gustan del trabajo; y que hechos a recibir del gobierno paga anual y comida y vestidos, resistirán toda reforma que tienda a elevarles el carácter compeliéndoles a ganar su sustento con la labor propia; y que, privados de los goces civiles y aspiraciones sociales de la gente blanca, verán sin interés el sistema de escuelas públicas que tiende a ellos, y no se desprende de la existencia salvaje de las tribus ni les parece necesaria en ellas. Todo eso lo sabía la convención; pero sabía también que el indio no es así de su natural, sino que así lo ha traído a ser el sistema de holganza y envilecimiento en que se le tiene desde hace cien años.

Allí donde el indio ha logrado defenderse con mejor fortuna, y seguir como era, se le ve cómo él es de raza, fuerte de mente y de voluntad, valeroso, hospitalario, digno. Fiero aún, como todo hombre, como todo pueblo que está cerca de la naturaleza, esas mismas nobles condiciones de altivez personal y de apego a su terruño le hacen revolverse, como una fiera, cuando lo despojan de sus sembrados seculares, cuando echan a tierra sus árboles sacros, cuando el viento caliente de sus hogares incendiados quema las crines de sus caballos fugitivos: y al que le quemó, quema; y al que le cazó, caza; y al que lo despojó, despoja; y al que lo extermina, extermina.

Reducido luego—¡pobre pueblo de 300 000 salvajes dispersos que lucha sin cansarse con una nación de cincuenta millones de hombres!—él no entra en las ciudades de sus vencedores, él no se sienta en sus escuelas, a él no le enseñan sus industrias, a él no le reconocen alma humana: lo obligan a ceder su tierra por tratados onerosos; lo sacan de la comarca en que ha nacido, que es como sacar a un árbol las raíces, con lo que pierde el mayor objeto de la vida; lo fuerzan, so pretexto de

cultivo, a comprar animales para trabajar una tierra que no es suya; lo compelen, so pretexto de escuela, a que aprenda en lengua extraña, la lengua odiada de sus dueños, libros de texto que le enseñan nociones vagas de letras y de ciencias, cuya utilidad no se explica y cuya aplicación no ve jamás; lo apresan en un espacio estrecho, donde se revuelve entre sus compañeros acorralados, con todo el horizonte lleno de los traficantes que le venden cachivaches relucientes y armas y bebidas en cambio del dinero que en virtud de los tratados reparte entre las reservas el gobierno al año. Él no puede, si el ansia de ver mundo le posee, salir de aquel potrero humano: él no tiene tierra propia que labrar, y le estimule a cultivarla con esmero para legarla después con un nombre honrado a sus hijos; ni qué hacer tiene en muchas de las tribus, puesto que el gobierno por un sistema de tutela degradante que comenzó hace un siglo, le da para vivir un terreno en común, y lo surte de vestidos, de alimentos, de medicamentos, de escuelas, de cuanto es objeto natural del trabajo del hombre, sobre lo que le abona una anualidad en dinero que, sin propiedad que mejorar, ni viaje que emprender, ni necesidad material que no esté satisfecha, gasta en fruslerías de colores que halagan su gusto artístico rudimentario, o en el licor y el juego que le excitan y aumentan los placeres brutales a que vive condenado. El indio es muerto, con este sistema vil que apaga su personalidad: el hombre crece con el ejercicio de sí mismo, como con el rodar crece la velocidad de la rueda; y cuando no se ejercita, como la rueda, se oxida y se pudre. Un sentimiento de fiereza abatida, que nunca se extingue por entero en las razas esclavas, el recuerdo de los hogares perdidos, el consejo de los viejos que vieron en los bosques nativos tiempos más libres, la presencia de sí mismos, encarcelados, vilipendiados y ociosos, estallan a oleadas intermitentes, cada vez que la rapacidad o dureza de los agentes del gobierno escatima o niega a los indios los beneficios que se les estipularon en los tratados: y como en virtud de estos, y solo por ellos, lo que el hombre tiene de noble les está vedado, y permitido no más lo que tiene de bestia, acaece naturalmente que en estas revueltas sobresale, desfigurando la justicia que las ocasiona, la bestia que el sistema ha desarrollado.

Todo hombre esclavo es así; no es el indio solo: por eso son tan crueles las revoluciones que vienen tras de las prolongadas tiranías: ¿qué blanco que tenga el seso en su lugar no entenderá que no puede echar en cara al indio el ser como los blancos lo han hecho?—»Él es gentil y bravo, decía en la convención el venerable Erastus Brooks, cuya palabra ama y pesa: he aquí a decenas, a centenas, los ejemplos de la historia americana, que demuestran que el indio, en condiciones iguales, es capaz, mental, moral y físicamente de todo aquello de que es capaz el hombre blanco». Pero, hemos hecho de él un vagabundo, un poste de taberna, un pedidor de oficio. No le damos el trabajo para sí, que alegra y eleva; sino que a lo sumo, y esto violando tratados, le forzamos a ganar, en un trabajo de que no aprovecha directamente, el valor de las

raciones y medicinas que le prometimos a cambio de su tierra; le acostumbramos a no depender de sí, le habituamos a una vida de pereza, sin más necesidades y gozos que los del hombre desnudo primitivo; le privamos de los medios de procurar por sí lo que necesita, y sombrero en mano y cabeza baja le obligamos a demandarlo todo, el pan, la quinina, la ropa de su mujer y de su hijo al agente de gobierno; el hombre blanco que conoce es el tabernero que lo corrompe, es el buhonero que lo engaña, es el racionero que halla modo de mermarle la ración, es el maestro improvisado que le repite en una lengua que él habla apenas palabras sin gusto ni sentido, es el agente que le despide a risas o a gritos cuando va a él a demandar justicia. Sin trabajo, sin propiedad, sin esperanza, sin la tierra nativa, sin más goces de familia que los meramente físicos, los indios de las reducciones ¿qué han de ser más que hombres torvos, perezosos y sensuales, nacidos de padres que ya vieron a sus padres, apagada la pipa y el alma, llorar sentados en cuclillas en el suelo por la nación perdida, por la sombra del árbol grande que presenció siglo sobre siglo sus matrimonios, sus justicias, sus regocijos y sus consejos? Un esclavo es muy triste de ver; pero aún es más triste un hijo de esclavo: ¡hasta en el color se les ven reflejos de cieno! Grandes criaderos de hombres son esas reducciones de indios. Segarlos de cuajo hubiera valido más que envilecerlos.

En 1783 fue el primer tratado, en que se reservó al gobierno de los Estados Unidos el derecho de regular su tráfico y administrar las tribus; y ahora los trescientos mil indios, sometidos tras de guerras en que no fue suya la mayor crueldad, están repartidos en cincuenta reducciones sin más ley que la voluntad presidencial, y otras sesenta y nueve que se llaman reducciones de tratado, por ser ley en ellas el convenio establecido entre las tribus y el gobierno, treinta y nueve de cuyos convenios acuerdan el repartimiento de la tierra de la reducción en propiedades individuales, medida ennoblecedora que apenas se ha intentado con doce de las tribus. «Se reparte entre los indios—dijo Alicia Fletcher—lo que el Congreso manda dar para alimentos, porque esto pasa por muchas manos, y en cada par de ellas se queda algo de este comercio; pero lo que se da para escuelas no se reparte, porque de esto solo pueden alcanzar los empleados el sueldecillo de maestra que hacen caer en su mujer o en su hija para aumentar el haber doméstico, de modo que de los $2 600 000 que del 71 al 81 debieran haberse gastado, sumando las obligaciones de todos los convenios, en escuelas, solo se han gastado unos 200 000». A muchas tribus se ha ofrecido aún más que la propiedad individual que no se les distribuye, y la escuela que no se les establece: se les ha ofrecido la ciudadanía.

Y todo esto lo oían sin contradicción, antes lo apoyaban y confirmaban, el subinspector de las escuelas de indios, los autores de los proyectos de reformas de las reducciones en la Casa y en el Senado, los miembros de la junta de indios. Los altos empleados del gobierno apoyaban y confirmaban todo esto, y aplaudían la defensa inspirada que

hizo del natural del indio el buen Erastus Brooks. «¡No hay vicio suyo de que no seamos responsables! ¡No hay bestialidad de indio que no sea culpa nuestra! ¡Mienten del indio los agentes interesados en mantenerles embrutecidos bajo su dominio!»

El gobierno lo envilece con su sistema de tratados que lo condenan a la inercia y al vicio, y la rapacidad de los agentes del gobierno mantiene a este en un concepto falso del indio, o le oculta la causa de su corrupción y rebeliones, para continuar mermando a sus anchas los caudales que destina el Congreso a mantenerlos.

¡Ponga ojo el gobierno a los empleados rapaces!

Loor al Presidente Cleveland, que sin alardes de fanático ni gazmoñerías de filántropos les ha enviado a preguntar lo que padecen, y en vez de echarles en cara la ignominia en que se les mantiene, está decidido a llevar la culpa de ella y a levantarlos por un gobierno justo a la condición de hombres. No quiere insectos ebrios este presidente Cleveland: quiere seres humanos. «Ebrios y ladrones son porque así los hicimos: pues tenemos que pedirles perdón por haberlos hecho ebrios y ladrones, y en vez de explotarlos y de renegarlos, démosles trabajo en sus tierras y estímulos que les muevan a vivir, que ellos son buenos, aun cuando les hemos dado derecho a no serlo».

En masa, pues, acordó la convención, a la sombra de las montañas del Adirondack que invitan a la grandeza, aconsejar aquellas reformas prácticas de mera justicia que pueden convertir una muchedumbre costosa de hombres agobiados e inquietos en un elemento pintoresco y útil de la civilización americana. Que ya que se les ha quitado, por razones de la república, sus derechos de naciones libres, no se les quiten, a los indios sus derechos de hombres. Que el despojo de sus tierras, aun cuando racional y necesario, no deja de ser un hecho violento que todas las naciones civilizadas resienten con odios y guerras seculares, el cual no ha de agravarse con represiones y tráficos inhumanos. Que ha de tenderse a abolir el sistema corruptor e injusto de las reducciones, y abrirles poco a poco la tierra nacional, confundiéndolos con la población blanca, de modo que puedan pronto poseer tierra en los estados de la nación, y gozar de los derechos que tienen en ellos los demás ciudadanos, y estar a sus obligaciones. Que el pago de anualidades sea abolido porque fomenta la mendicidad y la vagancia, y habitúa al indio a no usar de sí. Que se eduque al indio en conformidad con sus necesidades y alcances; y se le convenza, y donde sea menester se le compela, a aprender y a trabajar, a lo que acaso, envilecido por su actual género de vida de pupilo ocioso, se resista. Que el indio vuelva a su alma clara y suba a ciudadano.

Y para que así se conviertan en hombres útiles ellos, y en país próspero y pacífico las comarcas que no son hoy más que costosísimas cárceles;—cámbiese, dijo la convención, todo el sistema de enseñanza actual y torpe;—sustitúyase el trabajo de las tierras en común, que ni estimula ni deja ver el premio, por el repartimiento de la tierra en

propiedad a cada familia, inalienable por veinticinco años, en relación a la clase de terreno y la extensión de cada casa;—compre el gobierno a buen precio las tierras que no sean repartidas, y como se las ha de pagar a sí mismo, por ser él el tutor de los indios que venden, reserve el importe de estas tierras para la educación industrial y mejora de los indios; y abra las comarcas compradas a la colonización;—obténgase de las tribus la revocación de los tratados que las han traído a su estado miserable;—admítase a ciudadanía todas las tribus que acepten el repartimiento individual de sus tierras, y los indios que abandonen las tribus que no les aceptasen, para acomodarse a los usos de la civilización;—césese de arrancar a los indios de las tierras de sus mayores, y de acumularles en centros numerosos bajo la vigilancia interesada de empleados ofensivos y rapaces;—»espárzase la escuela», decía al fin el subinspector de escuelas de indios, la escuela útil, la escuela viva:—que todo esfuerzo por difundir la instrucción es vano, cuando no se acomoda la enseñanza a las necesidades, naturaleza y porvenir del que la recibe. No maestros de ocasión,—que nada saben de lo que enseñan y son nombrados para aumentar la pitanza de familia de algún empleado, o para complacer a capataces políticos: se emplearán buenos maestros, y se compelerá a los indios a enviar sus hijos a la escuela, aun cuando se haya de recurrir, mientras el sistema ominoso de raciones dure, a cortar a la casa las raciones. No la educación por textos, —que es un almacenamiento de palabras que pesa luego en la cabeza para guiar bien las manos. Lo que es el campo que ha de cultivar, y lo que es él y el pueblo en que vive hade enseñarse al indio. Que se entienda y admire: que sepa de política práctica, para que alcance lo conveniente del respeto mutuo; que conozca cómo está dispuesto el país, y cuáles son sus derechos de hombre a poseer y pensar en él, y el modo de ejercitarlos: que la escuela le enseñe a bastar a su vida:—escuela campesina para la gente del campo.

Ni partículas ni verbajes: sino el modo de criar animales y sembrar la tierra, así como todos aquellos oficios que lo hagan miembro útil y dueño de sí en una comunidad de trabajadores. No se envíen solo entre los indios, ni entre la gente de campo, maestros de letras. El maestro es la letra viva. Envíense maestros agricultores y artesanos. Estuvo bien, y acabó bien, aquella convención de Amigos de Indios, en el sereno lugar de Lake Mohonk, allí donde los montes andan cerca, y los hermosos cuadros de tierra, cultivados con elegante esmero, parecen, abriéndose a los ojos de hombres dignos de contemplarlas, colosales flores verdes.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 4 de diciembre de 1885.
[Copia digital en CEM]

LA EXPLOSIÓN MAYOR DEL MUNDO

Una isla rota.—Escena polar.—Cómo se preparó la roca para la explosión. —Cómo se cargó la roca y estalló la carga.—El *rackarock*.—La explosión: inolvidable escena.

New York, octubre 25 de 1885.

Señor Director de *La Nación:*

Mientras se abría a los indios, en una ciudad apacible, el camino de la civilización, saltaba hecho pedazos por los aires, al empuje de doscientas ochenta mil libras de materias explosivas, el islote Flood Rock, para abrir a las embarcaciones el camino libre por la boca del río Este, entorpecida hasta hoy por las ásperas puntas de Hell Gate, donde de siglos atrás venían quebrándose las corrientes en revueltos golpes que eran el miedo de la gente de río.

El hombre ha roto en nueve años de trabajo aquella alta masa de cieno, endurecido al calor de la tierra, que fue depositando al correr, centurias ha, el río fangoso que cursaba antes por el cauce que hoy llenan las aguas solemnes del río Este.

Nueve años han estado en el seno de Flood Rock los trabajadores tenaces, que allá se descolgaban por un ancho pozo, abriendo túneles en las entrañas de la roca, que eran calles perfectas, veinticuatro de norte a sur, por donde cursa la corriente, cuarenta y seis de este a oeste, en perpendiculares a ella; y las de norte a sur eran de mil doscientos pies, como cuatro cuadras, de largo. Mulas y hombres, allá abajo, acarreaban hasta el pozo, por donde subían a amontonarse en la superficie, las rocas cavadas; mulas y hombres estuvieron los nueve años relucientes, del agua que manaban las rocas rotas.

No en balde, acudió entre medrosa y admirada la ciudad, ya a las orillas del río, ya al campamento flotante de vaporcillos y botes que lo poblaban, para ver levantarse por el aire a cien pies de altura una isla entera, lanzada en fragmentos a la presión del dedo de una niña sobre el botón que puso en actividad la batería eléctrica a cuyo sacudimiento, encendidos por la corriente los alambres de platino que habían de prender los fulminantes principales, trece mil trescientos cartuchos de dinamita reventaron, y se vio por unos momentos sobre el río teñido de gris y luego de amarillo, y enseguida de verde, una colosal cresta de agua espumada y rizosa, compacta y coronada de picachos como los que ornamentan de paredes formidables las gargantas del polo.

Bajemos a la bóveda, antes de que la isla estalle: tal maravilla no ha de ser celebrada con espasmos de frase: enumerarla, encorva. Bajemos a los túneles cargados: todo el techo está lleno de taladros, abiertos como los rayos de una corona, y cada uno de ellos, de tres pulgadas de

ancho y nueve pies de hondo, repleto de cartuchos de *rackarock*, un explosivo nuevo compuesto de clorato de potasa y dinitro benzóleo; por la boca de cada taladro sobresale unas seis pulgadas un cartucho de dinamita que tiene en el extremo un explosivo fulminante, más sensible aún que la tremenda carga del cartucho: de estas púas está artesonada la techumbre de los túneles, que al cruzarse a los cuatro vientos dejaron en pie cuatrocientos ochenta y seis pilares, sustento ahora de la capa de roca de veinticinco pies de espesor y unas trescientas mil yardas cúbicas que al golpe de la niña en el botón eléctrico volarán de aquí a un instante por los aires: ¡ay, si alguien tropieza con el instrumento, situado allá al otro lado del río en una casita de madera, en tanto que nosotros estamos viendo envueltos en capotes de goma los túneles, y sobre nuestras cabezas conectan los hilos eléctricos en el cable que va hasta la casita de la otra orilla, los trabajadores que han olvidado la manera de temblar! ¡ay, si estalla la mina antes de que estén lejos de ella los vapores y botes incautos que cruzan el río, y como a quien va a morir miran el islote!—Acabemos de ver, antes de subir pozo arriba, cómo está preparada la explosión:—los túneles tienen de seis a ocho pies de ancho: de veinticinco en veinticinco pies han puesto a lo ancho de todos ellos unos travesaños de madera, y a cada travesaño están atados dos cartuchos de dinamita, cada uno de los cuales lleva sujeto un disparador de mina, un cilindro de acero de siete y media pulgadas de largo y una y media de diámetro, de dinamita también repleto, en el cual entra por un extremo un tubo de cobre con treinta gramos de fulminato de mercurio, y por el otro extremo penetra otro tubo menor cargado de azufre, que tiene firmes los dos hilos unidos de la corriente eléctrica que entran en el cartucho por el segundo tubo: dentro del cartucho rematan los dos hilos en un arco de alambre de platino, y ¡he ahí cómo va a estallar la mina! No va un alambre a cada taladro: se hubieran necesitado entonces trece mil doscientos ochenta y seis alambres. Nada conecta entre sí los cartuchos que asoman por los taladros, ni une a estos con los que reposan sobre los travesaños a cada veinticinco pies a lo largo de todos los túneles. Los cartuchos de los taladros contienen doscientas cuarenta mil libras de *rackarock* y cuarenta mil de dinamita. Los travesaños, son trescientos. Los disparadores de mina son seiscientos, pues. De cada un disparador colocado en los travesaños sale un doble hilo eléctrico, seiscientos hilos eléctricos entre todos, que se juntan afuera después en el cable que de la isla cruza el río hasta la orilla vecina. Allí la niña de once años, la misma que a los tres años voló de igual modo a Hell Gate, la hija del general Newton, que ha dirigido los trabajos, tocará el botón, que pondrá en actividad la batería. La electricidad, corriendo al mismo tiempo hasta los extremos de cada hilo, calentará el arco de platino que los une; los arcos encendidos harán estallar los disparadores de mina en que rematan los hilos eléctricos: cada uno de estos disparadores causará la explosión del cartucho de dinamita a que está sujeto sobre el travesaño de madera, y al reventar a

la vez los seiscientos cartuchos, estallarán a un tiempo los trece mil doscientos ochenta y seis que asoman por las bocas de los taladros, y todos los cartuchos de *rackarock*, que en las bóvedas están tras ellos: a su empuje se verá inflamarse el río, que sobre su lomo roto llevará por los aires, desarraigada, la roca. Pozo arriba subamos: ya no queda nadie en la isla, ni en el río queda vapor o botecillo: solo se ven los policías del agua, las lanchas de vapor veloces, con su banderilla roja que anuncia peligro, cruzando acá y allá por cerca del islote para que no se acerque a él algún barquichuelo imprudente. Las once y cuarto son: cien mil curiosos llenan las orillas, los bordes de los techos y las torres. Como grandes arañas, encaramadas sobre sus tentáculos zancudos, bordan el río del lado de New York, respetadas por la multitud, las cámaras fotográficas: diario hay que tiene siete, para obtener, y enseñar a sus lectores mañana, vistas instantáneas de la explosión enorme. No se oye nada: acaso pudiera decirse que se oía el silencio.

De pronto se oyó un ruido sordo, «como de una manada de toros enardecidos que mugiesen debajo de la tierra».

El suelo de las cercanías osciló media pulgada. Tembló el agua del río. Se abrió el río en dos ondas colosales que fueron a morir a las orillas. Por el río roto asomó una masa negra, como si el gigante que atiza el fuego en el centro de la tierra la empujase agua arriba con su espalda, apoyadas las manos en los muslos. ¿Era lodo o roca? No hubo tiempo de saberlo; arriba subió el agua, arriba, arriba, y como un témpano de hielo de purísimos cristales, estuvo unos segundos, coronados los picachos de una cresta de iris, a ciento cincuenta pies de altura: unos Andes de agua.

A poco cayó la mole rota en gotas sobre el lecho del río, que se levantó y volvió a levantar ya con menor esfuerzo, hasta que por sobre las aguas plácidas vagaba solo a los pocos instantes el humo del *rackarock* pesado y amarillo. De cuanto recodo y ensenada tienen las márgenes salieron, como hormigas del agua, botecillos cargados de gente, que en memoria de la fiesta recogían de la turbia superficie los pescados muertos.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 6 de diciembre de 1885.
[Copia digital en CEM]

CARTAS DE MARTÍ

La feria industrial del Instituto.—Exhibición de caballos.—Sus escenas y su objeto.—Los anglómanos: los *dudes.*—El espíritu aristocrático en New York.—Dinamita al monumento del mayor inglés André.—Toda la nación contra la política importada.

New York, noviembre 9 de 1885.

Señor Director de *La Nación:*

Ha pasado la primera contienda electoral después del advenimiento de los demócratas a la presidencia. Ha muerto McClellan, el caballerizo militar; McCullough, el actor pujante; Josh Billings, que escribió con gran éxito en *yanquee* burlesco. Una liga de trabajadores ha hecho saltar con dinamita los tranvías en las calles de San Luis. En pueblos del oeste, con sus corregidores a la cabeza, se expulsa en masa a los chinos.

En un vastísimo corral, techado de sombrillas japonesas, se exhiben, con el nombre de Feria del Instituto Americano todas las novedades industriales del año, los muebles de forma reciente, las flores y las frutas premiadas en sus exposiciones respectivas, los productos perfeccionados para el consumo doméstico, las máquinas de frigorizar, de redondear ejes, de tornear tuercas, de comprimir y endurecer el papel, las máquinas de ventilar las habitaciones, en que con el gran poder de vapor que tienen a mano, acumulan tales corrientes, que no hay curioso incauto que la visite que no tenga que echar a correr tras su sombrero.

Allí una señorita de brazos blancos hace pan en una artesa con una levadura de nueva invención, que deja la masa sin ojos, como quiere el refrán antiguo, *pan sin ojos*, *queso con ojos*, *vino que salte a los ojos*, añejerías que eran de ley en los tiempos de Lope, pero que ya no rezan en estos de Pontet-Canet y Buda-Budha Crema, que son como un Sèvres en licor, y no como aquellos vinazos de antaño, que echaban a la cara la brutalidad de la uva.

Allá, detrás de un mostrador cubierto de tinillas de madera oblonga, de cuyos bordes cual racimos de la de Ohio y California, un alemán de delantal blanco escancia, a cinco centavos vaso, el jugo de la uva pura que escacha a nuestra vista en una prensa de embudo; y por cierto que es cosa rica, que debieran hacer en los meses de vendimia los países que tienen vides.

Allá una puerta se abre y cierra sola: otro allá enseña una cornisa con varilla automática, que tiene o deja caer a voluntad una cortina, lo que salva del enojo de las argollas, o del romper las cortinas en el clavar y desclavar en las cornisas;—y esta es invención de uno de nuestra raza, así como unos patines flexibles que obedecen a todos los movimientos

del pie, lo que hace el patinar más cómodo y gracioso.

Allá, en diez máquinas rivales, diez inventores vecinos empollan huevos. La luz eléctrica lo innova todo; la música anima el enorme bazar; a las concurrentes regalan una pluma de pavo real o un frasquillo de agua de colonia.

Va mucha gente a la feria—aunque no tanta ni de tanta cuenta, como la que tuvo cuajado el otro corral en que dan sus peleas los púgiles, y este año, como los anteriores, se convirtió, a escape de martillos, en un palacial establo, en donde, a semejanza del concurso hípico de París, compitieron por premio, ante las más lindas damas de la ciudad, los percherones de ancas ciclópeas y los *mustangs* de caña viva, los caballos de silla y trote, los de carrera y salto, los de todo trabajo, los de mera hermosura.

Un día animaban la fiesta las evoluciones de la policía montada: otro había competencia de bombas de incendio, a ver cuál era la que en menos tiempo, al toque de alarma, arnesaba los caballos, rompía el vuelo y daba vuelta al circo: en dos minutos y cuarenta segundos hubo una bomba que lo hizo todo.

Otro día era el concurso de los jinetes, que ya no dan sus caballos a montadores de profesión, sino que, como que los ven damas, montan ellos: y a uno le echaban al paso ramos de rosas, porque no parecía hombre puesto sobre el animal, sino atrevida criatura de la imaginación, o señor natural en trono vivo, que daba a la fuerza singular belleza con los realces de la gracia: tal debieron parecer a nuestros pobres indios los primeros jinetes de Castilla, firmes y ferrados. Rindió el certamen unos $34 000, y costó $40 000; pero la asociación que lo convoca cada año se da por contenta, pues no es la exhibición para ganar dinero, sino para el fomento de la cría caballar, y para que los jóvenes ricos estimulados con el aplauso de las mujeres, den su caudal a empresas serias, y entren en afición de ejercicios viriles, que no sean como el empinar la cabeza por sobre las alas de un cuello pavuno, o embutirse las pernazas en un calzoncillo de payaso, o morder el puño del bastón y comerse las erres, que es lo que hacen ahora, por parecer ingleses, los anglómanos.

Los cecean y acorralan por las calles los muchachos que van naciendo de sí mismos en los codeos duros de la vida, y ya, aunque sin entenderlo, sienten ofendida por estos elegantes vanos su majestad de hombres.

Por donde asoma un *dude*, ya hay un pilluelo cuqueándolo, y es de ver en los carros la travesura con que los dependientillos de oficina, al volver a la tarde de sus labores, se industrian para burlar el asiento al *dude* o hacer que caiga sobre las rodillas del que se lo burla, de los que se levantan para ir a otro asiento vacío, en el que, como por magia, vuelve a caer sobre las rodillas de otro. Y sube a otro carro entre las risas de la gente, a pasos de garza, mordiéndole al bastón el puño.

Parece esta tierra decidida a mantener su aristocracia de pueblo trabajador.

Entra de lleno en la mejora artística, lo cual se ve en la variedad extravagante de su arquitectura moderna, en la suntuosidad con que decora sus hogares, en la súbita riqueza de sus templos y teatros antes desnudos y sencillos, en sus colecciones de cuadros y objetos curiosos, en sus exhibiciones anuales y en sus museos; pero no soporta tentativa alguna de crear, con la holganza por blasón, una casta de ricos privilegiados, ni de importar en esta tierra de hombres que se levantan de sí mismos, los hábitos de la nobleza de herencia inglesa.

Acá no se reconoce a más noble que el que lo es por sí.

De una sátira, como una excelente que se publicó hace un año, matan la tentativa de una explosión de dinamita.

A Cyrus Field, por ejemplo, no le echan en cara que haya recorrido de buhonero las oficinas de New York donde hoy, blanca la barba y llenas las manos de cables y ferrocarriles, finge de rey, y recibe sobre alfombras turcas a los magnates de la tierra; pero cuando se empeña en elevar al infeliz mayor André un monumento en el lugar en que fue preso, en los tiempos de la independencia, al volver con el salvoconducto del traidor Arnold por las líneas americanas, de recibir de Arnold para el general inglés los planos de la fortaleza de West Point que llevaba en las botas, el monumento le dejan erigir, pero es para ponerle debajo—pues quiere honrar en su suelo americano a un espía inglés,—tal cantidad de dinamita que no quedó de la piedra conmemorativa un ápice visible, ni vidrios en las ventanas de los pueblos a la redonda.

Esto apasiona ahora aquí a los diarios, sin saber por qué.

Verdad es que el mayor, que tenía sangre francesa en las venas, era de estas hermosas personas que por la virtud de su armónica belleza y por el influjo de su triunfante juventud se ganan las voluntades y se hacen perdonar sus extravíos: verdad es que parece bien por parte de los hijos vencedores, dar prueba de amistad a la metrópoli vencida, y hacerse perdonar su victoria, que es gracia suprema de las almas grandes; pero no parece cuerdo representar este sentimiento loable en un tributo a la persona del que en las sombras de la noche trató de ganar una fortaleza a sus enemigos francos en conversación con un traidor.

Al que cayó con el pabellón al pecho, peleando al sol, bien estaría el tributo, y nadie lo hubiera resentido; pero los hombres viriles abominan a los que traman el triunfo en la tiniebla. Esos éxitos son arte de ladrones.

Esta manera de pensar es sin duda la de los que aplauden la destrucción del monumento, que no al mayor André debió erigirse, sino a Washington por haber sabido en aquella ocasión sofocar su natural clemencia para castigar sin merced al que, en tiempos comprometidos para república naciente, había negociado de traición con un jefe americano, cuya bravura en lides anteriores no quita un ápice a su deshonor: ni a balazos lo hizo morir siquiera, como a un caballero; sino en la horca.

Pero en la manera de sentir que ha producido la destrucción, se han juntado visiblemente este sentimiento de decoro patrio, que no hay fineza internacional que baste a sacar del pecho, y aquel otro sentimiento de repulsión a la anglomanía que los caballeretes muestran en sus vestidos, modo de hablar y costumbres, y los magnates revelan en actos y palabras de desatentada admiración por las instituciones inglesas, necesarias, a los que creen, en los Estados Unidos para alzar una valla de clases conservadoras a las gentes de trabajo que se han sentado ya a conocerse y estudiar en calma sus problemas, para ponerse después en pie, con una magnitud y energía que han de asombrar, a reclamar sus soluciones.

Pero a esta tentativa de agrupación de «las fuerzas altas», de la Iglesia, el ejército, la banca, el gobierno central, de todo lo que miran como componente de este cuerpo conservador que ha de hacer atrás el ataque próximo de las clases nuevas;—a esta concepción estrecha e ineficaz de la función del más grande de los Estados modernos;—a esta liga entre los herederos de riquezas obtenidas de la manera gloriosa que hoy repugnan los afortunados que con aires de aristocracia quieren esconder el humilde origen que es su mayor derecho a la estima pública, y los sacerdotes, abogados y militares que por ganarse la protección de los ricos, o por miedo de perder su estado los rodean y defienden;—a este conato de autoritarismo exótico y provocador se opone, como una inmensa conciencia, todo lo que hay de natural y vivo en la nación.

Pues de este allegamiento de fuerzas nuevas, puestas a obrar en una naturaleza rica y enorme;—de este empleo entero del hombre redimido, del hombre verdaderamente libre por primera vez sobre la tierra, que en la ilimitada posesión de sí que le otorga la ley reconoce la necesidad de mostrarse acreedor a ella, y entra en la lid por la vida sin aquel invisible peso, invisible y fatal, que oprime a los hombres que no pueden sacar francamente a la existencia su persona libre;—de este espectáculo creciente, no visto hasta hoy en la historia, en que, fuera del endurecimiento que trae el excesivo amor a la riqueza, se ve realizada toda perfección y maravilla, sin más artes de gobierno y sin más freno que los que da de sí una comunidad de hombres de trabajo, que por su propio interés reprimen sus excesos, que dueños de toda su persona no necesitan poner en riesgo vidas y fortunas para conquistar, como otros pueblos, lo que les falta de ella;—de este amor fiero e indestructible a la constitución social que garantiza a los ciudadanos el señorío y ejercicio de sí, viene una nueva majestad, con cincuenta millones de cabezas coronadas, que echa abajo de un ímpetu a los que quieren salir al paso de la nación triunfante.

Todo hombre siente, acá un argumento vivo contra la doctrina intrusa.

Todo hombre siente a esta tentativa de merma probable de sus derechos, un impulso ciego y gigantesco, semejante al de un padre a quien arrebatase un salteador sus hijos.

En esta tierra al menos, aunque su amor al lucro la pone a veces en

gran riesgo, el hombre parece decidido a no rendirse.

Sería hermoso, de una hermosura que llegaría al cielo, todo ataque a la libertad humana en los Estados Unidos, nada más que por la tremenda magnitud de la defensa,—a cuyo sacudimiento vendrían abajo las trabas que aun impiden en los pueblos viejos el ejercicio del hombre, tal como cuando una ola de soberano empuje se entra con grande espuma playa arriba, quedando luego, al plegarse las aguas serenadas, limpia y como con nueva luz la arena.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 15 de diciembre de 1885.

[Copia digital en CEM]

CAMPAÑA ELECTORAL

Triunfo de los demócratas.—Antecedentes.—Análisis, accidentes y elementos del triunfo.—Conducta de Cleveland en las elecciones.—Blaine y Conkling.—El confederado Lee es electo gobernador de Virginia.

New York, noviembre 9 de 1885.

Señor Director de *La Nación:*

Ha pasado la primera contienda electoral después del advenimiento de los demócratas a la presidencia, y han vencido los demócratas.

Mas ya sabemos que no entiende de política el que se lleva de nombres, pues precisamente en lo que hace a esta nueva elección, tanto batallaron los demócratas contra los republicanos como contra sí propios; y acá en New York era el caso saber si vencerían en los consejos del partido los que mantienen la política ancha y nacional de Cleveland, o los que, sin salirse de la democracia, afirman que un partido no vence, ni gobierna, ni tiene responsabilidad entera de sus actos, sino cuando barre de todo puesto nacional, por rutinario y humilde que sea, a los miembros de los partidos oponentes, y desconoce a estos el derecho a la menor participación en el gobierno activo de sus propios intereses.

Ya en *La Nación* hemos visto cómo Cleveland ha mantenido con entereza que, puesto que hay una ley para escoger empleados, a la ley se ha de estar, aunque no plazca a los demócratas avarientos; cómo el vicepresidente representa a estos demócratas que lo son por los provechos y puestos públicos que esperan de la victoria; cómo, derrotados estos demócratas del vicepresidente en la elección de Cleveland para su candidato a la presidencia, Cleveland fue electo a pesar de la traición de muchos de ellos en New York que votaron con Blaine, por los esfuerzos de los republicanos independientes a quienes parecía Blaine un candidato indigno; cómo Cleveland, electo a sus varios puestos por la conciliación de los elementos reformadores y sanos de ambos partidos, gobernaba estrictamente con el demócrata, sin faltar por eso a ninguna de las promesas que le ganaron el apoyo de los republicanos independientes, aunque esta lealtad y firmeza irritaban a los demócratas radicales, decididos a extinguir el influjo de aquellos republicanos en la política de Cleveland, a quien han sostenido con fidelidad en los actos de su presidencia. Ya hemos visto cómo los demócratas parecían dispuestos a dejar las elecciones en manos de los republicanos, antes que consentir en la exaltación al gobierno del Estado de uno de los demócratas de Cleveland, lo que a los ojos de los interesados, daría fin a las esperanzas de los que mantienen la necesidad de un cambio absoluto en los empleos, y a los ojos de los fanáticos adulteraría, por la fusión y coqueteos de los republicanos

independientes, la significación enérgica y distinta del Partido Demócrata, al que sus secuaces ardientes no ven en lo principal como el partido que quiere el mantenimiento de las libertades públicas por el de la descentralización del gobierno, sino como un partido antirrepublicano.

Así estaban las fuerzas cuando a mediados de octubre se reunieron, en convención, como es de uso en las cercanías de las elecciones, los delegados de las agrupaciones de cada partido. La de los demócratas fue primero: los republicanos independientes, cuyo éxito en la campaña de Cleveland aumentó su crédito entre los partidarios cerrados de que se alejaron y que los desdeñaban, aguardaban a conocer la persona elegida por los demócratas para determinar si habían de apoyarla o atacarla. En la convención lucharon brazo a brazo los demócratas reformadores con los radicales: si el candidato resultara ser un partidario de la política de reforma, los independientes votarían por él, como votaron por Cleveland; si era un defensor de la política de cambio absoluto de los empleos, de repulsión de todo elemento extraño al partido, ejercerían entonces influjo en la convención republicana para que el candidato de esta fuese un partidario confeso de la reforma en el sistema de empleos, libre de toda acusación de provechos o nepotismos. Triunfaron en la convención demócrata, con considerable mayoría, los de Tammany Hall, los politicianos, los de vientre obeso y cabeza rapada, los políticos «vivos», los que saben dónde está el voto y cómo se maneja, los que viven del voto y se han asociado en organización poderosa para mantenerlo al lado de su partido, con tal de que este se lo remunere en puestos provechosos, a reserva de traficar en él con los partidos rivales, siempre que estos compren la ayuda de Tammany para la elección de determinado candidato que le interesa, en cambio de su propia ayuda para sacar triunfante los candidatos a los empleos lucrativos que Tammany prefiere. Triunfaron los de Tammany Hall, con el auxilio de todos los que, educados en la censura acre a los republicanos, creen en peligro la existencia del Partido Demócrata por cualquier fusión, aun cuando sea pasajera, con elementos republicanos, más cuando estos, alucinados e imprudentes, dejaban suponer que intentaban la formación de un partido tercero, compuesto de los reformadores republicanos y demócratas, con Cleveland a la cabeza. Fue nombrado candidato para gobernador del estado de New York David Hill, electo teniente gobernador cuando lo fue Cleveland al gobierno del Estado, para conciliar así las susceptibilidades y votos del partido, como concilió en la elección presidencial el nombre de Hendricks, candidato radical a la vicepresidencia, al lado del de Cleveland, el candidato reformador elegido para el primer puesto.

Los ánimos quedaron suspensos: Hill, honrado en su persona, es amigo y criatura de los políticos de oficio. Era casi seguro que todos los demócratas lo apoyarían, por no haber motivo tan grande de incapacidad moral en él que habilitase al grupo reformador a votar con los republicanos, como ellos en la elección de Cleveland habían votado

por este para abatir a Blaine; pero era seguro también que los independientes no votarían por Hill, y que la convención republicana, próxima a reunirse, prevenida por la derrota de Blaine en New York a causa de la deserción de los independientes, nombraría un candidato de inmaculada limpieza, que atrajese los votos de estos, con lo que, en un estado que había electo a Cleveland un año antes sobre este programa de pureza personal, era muy probable la victoria sobre un candidato a quien muchos de su propio partido veían con desamor, porque representaba los elementos más desdeñables e impuros de él: los negociantes de votos, los desocupados de esquina y cervecería, los rufianes del partido.

Dominaban en la convención republicana los amigos de Blaine, que de buen grado hubiesen elegido un candidato agresivo y definido como él, que fuera entre los republicanos lo que Hill entre los demócratas; pero, como hubiese sido singular torpeza el desdeñar u ofender el voto de los independientes que parecía volver a ellos, consintieron en nombrar una excelente persona, de más riqueza que ímpetu, y más honradez que popularidad, el millonario Ira Davenport, sin ver que estos millones que Davenport tiene de herencia, si prometían por una parte una buena bolsa para los gastos electorales, por la otra habían de ser usados cual lo fueron, por los demócratas como muestra de deshonestidad en los métodos electorales, de ofensa al voto llano a quien se suponía capaz de venta, y, sobre todo, de tentativa del partido autoritario de imponer un gobernador de casta privilegiada a este estado de gente igual y libre. Ni vieron tampoco que este Davenport había sido teniente de Blaine en la conspiración que impidió, dentro del Partido Republicano en el estado de New York, la reelección de Conkling al Senado, de Conkling, que no perdona y sabe hacerse amar, y con quien votan gran parte de los estados rurales, que no habían de desaprovechar esta sabrosa ocasión de represalia, y contribuir a la elección del que había impedido en violentísima campaña la del que reconocen como jefe. Desde el primer instante, pues, la democracia unida tuvo enfrente de sí a un candidato debilitado por la abstención del voto de los condados que con abstención igual cuando la elección de Cleveland contribuyeron a la victoria de este dejando de votar por Blaine, el perpetuo rival de Conkling por el predominio en los consejos supremos del partido. ¿Ideas? ¡Oh! ¿quién se ocupa de ideas? Personas y personillas, son las que causan todas estas tormentas.

Empezó entonces, con miedo y desaciertos de una parte y acometimientos de otra, la campaña electoral, en la que a pesar de no haber puesto Cleveland ni sus ministros mano visible, y de no serles compañero en reformas el candidato demócrata, no pareció desde el principio, como algunos temían, que Cleveland favoreciese al candidato reformador de los republicanos, como los independientes sostenían que debía hacer por ser el nombramiento de Hill una condenación de su política; sino que fue claro que la descompostura e injusticia con que el

programa de la convención republicana, escrito de mano fanática, trató a Cleveland, desconociendo el mérito que los independientes le acatan y desluciendo la elección de un candidato irreprochable, había enajenado desde el primer instante toda posibilidad, para los sensatos siempre muy remota, de que el presidente, que es persona despaciosa y aguda, se pusiese frente a su partido en obsequio de los que desconocían con descaro notable sus difíciles esfuerzos por moralizar el sistema político nacional.

Cometían en tanto los republicanos nuevo error trayendo del estado de Ohio a que perorase en las juntas públicas al elocuente Foraker, electo gobernador de su estado, quien, con otros prohombres de su partido, recorre el país anunciándole cuentos de desdichas por la elevación de los demócratas al poder, que permitirá al Sud rehacer sus fuerzas pasadas y caer armado de nuevo sobre el Norte, ¡como si pudieran soñar los del Sur en volver a la esclavitud los cuatro millones de negros, base antigua de su sistema social y económico, cuyo mantenimiento dio origen a las disensiones políticas que dieron apariencia legal, y en algún momento simpática, a la rebelión! El Norte todo se resiente de la imprudencia y mala fe de estos agoreros y les responde regocijándose, por boca de republicanos y demócratas, de la triunfante elección del general confederado Lee para el gobierno de Virginia, que es la garantía mayor de paz en aquellas regiones, pues con ella vuelven al poder los elementos naturales del estado, y es vencido Mahone, politicuelo ignorante y maligno, que obtenía a brazadas dinero en el Norte para combatir en Virginia al elemento nativo, y explotaba inicuamente el miedo de los negros a la vuelta a la esclavitud.

Mientras que estos errores cometían los republicanos, y se demostraba la certeza de que Davenport se hubiese opuesto a la existencia de las pequeñas sociedades de seguros mutuos que, a poca costa, proveen en caso de muerte una suma para la familia del asegurado, trabajaban con el mayor ardor los demócratas por Hill; ya sus amigos de la opinión, estimulados por el afán de continuar preponderando en el Estado y por el mayor de traer a su sentido la política de Cleveland; ya los demócratas amigos de la reforma que, fuera quien fuese el candidato en New York, creían indispensable para el éxito de la administración de Cleveland una victoria democrática en su propio estado. Y como ya se dijera demasiado, en víspera de las elecciones, que Cleveland se oponía al triunfo de Hill, llegó una mañana a New York el secretario privado del presidente con una carta al jefe de la comisión electoral democrática, y $1 000, que Cleveland enviaba para los gastos de la campaña: y otros ministros, otros $1 000: y el secretario privado $500. Franca y virilmente se ponía del lado de sus compañeros de toda la vida en una hora de prueba, con sabio arranque político, el magistrado que no ha temido desafiar su censura en el cumplimiento de deberes que ellos miran como faltas, ni ha descendido a tener en estas elecciones que tanto le importaban, más que aquel general e

indispensable influjo que una persona magna, de honradez y fortaleza reconocidas, ejerce entre las que la contemplan sobre todo cuando está a la cabeza de la nación.

Ya para este momento se sabrá también lo que los que a Cleveland conocen no han puesto nunca en duda, y es su arte para no envenenar con acaloramientos personales las diferencias de opinión, sino suavizarlas por el contrario con un trato abierto, que ni quita energía para el mantenimiento de la opinión, que se estima buena, ni cierra el paso a inteligencias y acomodos honrosos, que vienen naturalmente en las horas difíciles, ya por que la sinceridad del gobernante inspira involuntario respeto a los que se le oponen, ya porque no ha dado a estos razón con un trato áspero para su alejamiento y rebeldía. De manera que, cuando la elección vino a ser, ya estaba Davenport vencido, e Hill electo, sin que, con poco más de quince días de intervalo, resultase como una derrota para Cleveland la elección del candidato cuyo nombramiento se había hecho para significar una ostentosa condenación de su gobierno. Sin ser intrigante se puede ser hábil: sin ser gazmoño se puede ser honrado.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 16 de diciembre de 1885.

MUERTE DEL GENERAL McCLELLAN

Bosquejo de su carrera.—Su carácter y significación peculiar.—El actor McCullough.

New York, noviembre 9 de 1885.

Señor Director de *La Nación*:

Una noble persona moría, de ese corazón que hoy casi nadie tiene sano, cuando allá abajo en Virginia batallaban pacíficamente por el gobierno del estado los mismos a quienes él redujo muchas veces en combate, y maravilló con las maniobras más difíciles que recuerda la guerra: en su casa de pueblo de campo, rodeado de libros queridos, murió George McClellan, el joven general, segundo en la escuela militar, bravo en la guerra de México, que de ingeniero de un ferrocarril pasó a mayor general de los ejércitos del Norte y tan buen mayor, que el Congreso le dio gracias por «su serie de brillantes y decisivas victorias en los campos de batalla del oeste de Virginia»: era general en jefe a los 35 años.

Pero no iba con el espíritu de su pueblo, a quien excedió siempre en moderación y cultura. No entendió que esta nación, levantada a la cumbre en una hora, quería la guerra de Grant, una guerra de hora. ¡El tiempo le hacía falta a la nación para continuar prosperando! ¡Ya la guerra le enojaba! ¡Para eso daba todo lo que le pedían, para que se acabase pronto! ¡Vencer, vencer de cualquier modo, vencer de prisa! ¡Arrollar, adelantar, hundir!

McClellan era de fina naturaleza. No le agradaban los éxitos brutales, sino científicos. Gustaba más de defenderse que de atacar. Odiaba la guerra encarnizada. Creía criminal llevar su ejército al combate sin tener allegadas todas las probabilidades de la victoria, «el último soldado en su puesto, el último fusil en orden».

Por magnanimidad y por respeto a sus tropas, dejaba a estas en reposo después de una gran victoria, y daba tiempo a que el ejército contrario le escapase o se rehiciese, en vez de caer sobre él, y extenuarlo, y rendirlo, sistema que, sin embargo, nunca dejó de acabar por una victoria final de McClellan o por una ventaja señalada en su posición sobre el enemigo.

Pero ni el espíritu de su pueblo entendió, que quería guerra de yunque, anonadadora, ni entendió el espíritu de la guerra: él era hombre de meditación, de bondad, de seso, y sus mismas perfecciones mentales le impedían juzgar con claridad una época en que estaban en acción pasiones que no le era dable sentir, y a las que buscaba un acomodo que ninguno de los beligerantes deseaba.

Vio nacer la guerra de contiendas políticas, y creyó que con

componendas políticas, con concesiones mutuas, con nuevos remiendos podía sofocarse una lucha que de ambas partes se había comenzado con la determinación absoluta de vencer: lo que le hizo recibir un voto mezquino cuando, ya después de separado del mando por el gobierno que veía mal sus injerencias en la política o sus demoras en lo militar, capitaneó como candidato demócrata a la presidencia, frente a Lincoln, el partido que quería la cesación de la guerra.

Pero luego que acabó esta, su juicio, su serenidad, su amor a sus tropas, su capacidad para la organización, su admirable estrategia, su habilísima retirada, su clemencia con el enemigo comenzaron a levantarle una admiración sólida, que sus hermosas prendas de hombre, dado a las cosas del espíritu y modelo de lealtad, fueron aumentando hasta el día de su súbita muerte. No quiso honores: sólo a sus amigos quiso, que llevaran su cadáver a la tumba.

¿Le sobró acaso bondad y cultura para llegar a ser el jefe natural de los ejércitos de su país en su tiempo? ¿Le faltó acaso esa inspiración sagrada, esa insensatez divina, esa maravillosa palabra interior que viene hecha, y da la ciencia que no se sabe, y la previsión de lo que no se ve, y es razón acumulada, que, como una estrella que estalla, sube de repente del pecho al juicio, y guía, y avienta en él todas las vacilaciones?

Y ¿ese pobre McCullough, que acaba de morir, enjuto como una caña, él, que era alto como una torre, lleno todo de arrugas de loco el rostro romano que ceñía en otro tiempo la cabellera rizada? No había, envuelto en la túnica, Virginio como él, ni en escenas de majestad heroica tuvo rival entre los actores ingleses y americanos.

No fue uno de esos rufianes de tablas, que de hombre sólo tienen el habla y la figura y pasan la vida contrahaciendo papeles con habilidad de histrión, y chismeando por bastidores y escaleras. Era una naturaleza rica y explosiva, a que la intensidad de sus afectos llegó a privar del juicio; pero que supo levantarse de aprendiz en una tienda de hacer sillas, donde entró a los quince años sin saber escribir, a uno de los hombres más cultos y caballerosos que habló inglés y amó a mujer.

Llevaba en su apostura un natural imperio que suavizaba en el trato su conversación sencilla; y tenía a la vez, como toda gran persona, la seguridad de lo que valía y la vergüenza de no valer más.

Cuentan que, cuando ya no tenía el derecho de querer, se enamoró de una actriz de perfecta belleza y virtud que no vio sin cariño un amor que no podía pagar con honradez: y le comió el juicio, dicen, el recuerdo perenne de aquella ideal criatura, y música hecha carne, que andaba por la vida y no podía ser suya.

José Martí

La Nación. Buenos Aires, 20 de diciembre de 1885.
[Copia digital en CEM]

MUERTE REPENTINA DE HENDRICKS

Ojeada sobre su carácter.—Cómo crece una persona política.—El gran fraude de 1876.—El sacrificio de Tilden.—Representación de Hendricks en la administración de Cleveland.—En caso de muerte de Cleveland los Estados Unidos quedarían sin presidente.—Reforma de la Constitución.

New York, diciembre 5 de 1885.

Señor Director de *La Nación:*

El otoño trae muertes: el alma de adentro se vivifica y decae con el alma de afuera, y por el espíritu del hombre se entran los fríos que encogen en noviembre el universo.

Estaba sentado hace pocos días en su silla de estudio el vicepresidente de los Estados Unidos, el abogado Hendricks, y, de repente, quedó muerto: ni a su mujer tenía al lado, que fue a la sala a hablar con un visitante sobre negocios; ni a su mujer, sin cuyo consejo no dio nunca paso en política, ni empezó campaña de elecciones, ni pronunció un discurso: ella tomó de él cierta virilidad, que, a lo que parece, no la hace simpática: él tomó de ella la suavidad femenil que avalora y refina los talentos.

Los talentos, para ser eficaces, han de reunir en sí ambos sexos: el hombre, que invade; la mujer, clemente.

A nadie tenía Hendricks cerca de sí más que a sus libros.

Lo mató el mal de esta época. Las rocas roen las costas, les comen los bordes, abren en ellas cavidades, las echan hacia adentro: en este tiempo de ansias, en esta colosal y descompuesta regata por la prominencia y el lucro, en este celo necio e infecundo del bien ajeno, en este súbito desequilibrio que han traído las conquistas modernas entre la igualdad de los derechos políticos, que abre las puertas a todas las aspiraciones, y la fortuna y la condición social, que no se igualan con tanta presteza, bate sobre los corazones la sangre agitada por el correr, por el desear, por el envidiar, por el temer que de un revés se lleve la fortuna el bien codiciado, siempre escaso.

De mucho latir se le murió el corazón al vicepresidente o tal vez de haber deseado en vano.

Fue persona de mucha honestidad privada, pero muy amiga de las vanidades políticas; tanto que para verlas, satisfechas, siempre miró más a complacer a los que podían asegurárselas, que a los grandes intereses del Estado.

Desde muy joven batalló con votos, y fue maestro en ellos; hacía arte y gala de pedir para sus partidarios, que le daban su voto, y le procuraban más; pero con hacerle andar siempre plato en mano en busca de posiciones, le quitaban aquel mayor decoro y libre empuje que

da a los hombres derecho natural a los primeros puestos: una cosa es partir honradamente la buena fortuna con sus amigos, y otra ver la nación como un plato de uso propio, hecho para que se festejen de él los que nos ayuden a ganar un puesto encumbrado.

Votos se logran así, y puestos; mas no la fama duradera, que es la única que entre gente honrada puede hacerlos apetecibles.

Desde niño, vivió entre hombres de influencia política, oyó hablar de los partidarios que hacía su padre, y vio cómo se sujetaban voluntades en época de elecciones cuando fue hecho gobernador su tío: de su madre, de ascendencia escocesa, le venía la tenacidad; y de sus abuelos, americanos del tiempo viejo de la colonia, el desamor de todo lo inglés, el espíritu de secta, y cierta incapacidad de lo universal que, como un hombre encasacado en un frac azul de botones de oro, persiste aún, agresivo y terco, en medio de este gran hervimiento y renovación de caracteres. El americano nuevo, criado en medio de todo lo extraordinario, desdeña, invade y puja, y no soporta frenos: esos otros americanos de abolengo antiguo traen de raza un despego de todo lo que no es nativo, y una áspera complacencia de sí que aun en medio de esta enorme hornalla de naciones les da una cierta apariencia de aldeanos.

Había en Hendricks natural poder, amor a la brega de la vida, y singular claridad de inteligencia; pero, criado entre abogados practicones, y amigo de la prominencia rápida, que se adquiere a costa de la austeridad de principios, redujo con las pequeñas artes de la abogacía las dotes originales que le permitieron mantener en una larga existencia su influjo en su partido: porque no era de los que llevan a su partido a donde debe ir, sino de los que van por donde su partido vaya, y a estos hombres los partidos encumbran siempre y repletan de distinciones, porque por ellos se sienten servidos y adulados.

Era persona de mucho detalle, que servía bien en las comisiones de los Congresos, y de mucha parcialidad, como va dicho, por lo que desde muy joven tuvo numerosos parciales: le adornaban un juicio fino y una palabra blanda, que ni se sorprendía ni se encolerizaba, ni lo llevaba tras de sí, como se lleva a tantos otros.

El pleitear le familiarizó con las emboscadas y las intenciones dobles, lo que, sobre su genuina perspicacia, le hizo temible esgrimidor en los debates de la política y los tribunales, mientras que su práctica de servir a sus auxiliares fortalecía su influjo, y su palabra lo hacía amable.

Iba más lejos con la capacidad que lo que alcanzaba con la acción; porque cuando había peligro de su influencia o de impopularidad en la defensa de una idea justa, se recataba de servirla, por ser su propia persona la que le importaba más: no tenía, pues, aquel desinterés hermoso que es la marca imprescindible de todo gran carácter.

Diputado, senador, comisionado de la distribución de tierras públicas, gobernador de su estado de Indiana, todo lo fue sucesivamente Hendricks, a quien se le alojó en la voluntad un apetito persistente de la

presidencia: un apetito que mata hombres.

La deseó en 1876, pero las artes que le valían para hacerse de amigos en el estado no habían sido aún suficientes para asegurar su triunfo como candidato nacional; y los demócratas eligieron para candidatura a Tilden, y a Hendricks para la vicepresidencia.

Entonces fue cuando el fraude que acaba de historiar en un curioso libro Albert M. Gibson sentó al republicano Hayes, por el dictamen de la comisión electoral nombrada para evitar un conflicto armado, en el puesto a que los votos adulterados de la Luisiana y la Florida habían elegido al demócrata Tilden: Hendricks no acató, como Tilden, una injusticia que salvaba a la nación de un enorme conflicto; sino que insistió, con una tenacidad que no está bien defendiendo un puesto propio, en extremar un derecho que llegó a punto de encender en los Estados Unidos otra guerra: oscurecerse es bien, si así se evita ensangrentar la patria.

Hubo, por supuesto, entonces, y hay ahora, quienes a aquel acto de superior abnegación de Tilden llaman cobardía: no cabe en una cáscara de nuez la esfera celeste: a ciertos actos no es dado el ser entendido por ciertas mentes.

Coronó a Hendricks desde entonces la aureola de las víctimas; y como Tilden, con magnífico desdén, o con noble dolor de ver censurado su sacrificio, buscó en silencio el camino de su parque solitario, Hendricks quedó entre los demócratas como la encarnación más activa de una injusticia que pedía reparación.

Los demócratas, torpes e ingratos, no ofrecieron a Tilden en las próximas elecciones su candidatura,—que la grandeza lastima a los que no son grandes; y como Hendricks de su propia cabeza no tenía fuerza nacional, un soldado simpático, Hancock, fue electo candidato demócrata, y un comerciante rico, English, candidato a la vicepresidencia, a quienes vencieron Garfield y Arthur.

Cercano ya, por los yerros de los republicanos, el advenimiento de los demócratas, contendieron por la candidatura dentro del partido aquellos que todo lo quieren para sí, y ven el partido como divinidad inmaculada, y no lo ensanchan y adecuan a la medida de las necesidades nacionales y los tiempos corrientes,—y aquellos otros demócratas nuevos de mayor perspicacia y capacidad de espíritu, que advierten que ya no es esta nación el pueblo sencillo de ha veinte años que se iba ciegamente con los unos o con los otros, sino otro pueblo mayor y curioso que investiga y desconfía, y atiende menos a los clamores de los partidarios que a lo que le parece ha de encaminarle a su bienestar.

En un demócrata, en Cleveland, había encarnado esta demanda general de mayor decoro e independencia en el gobierno; y como era el deseo manifiesto de la nación, los demócratas eligieron como su candidato a Cleveland, que lo encarnaba: y para allegar los dos bandos rivales, y aprovecharse de la indignación que el recuerdo del fraude de

1876 levanta, escogieron a Hendricks para la vicepresidencia.

Allí fue donde latió más el corazón del hoy muerto!

Ya se veía de presidente: ya desde años atrás, que Tilden quería oscurecerse, se estaba viendo: ya tuvo casi de la mano la candidatura, ganada en cuarenta años de parcialidades y de ansias, cuando de súbito aparece un caballero corpulento que cinco años antes era un letrado oscuro en Buffalo, y le arrebata la presidencia.

Mrs. Hendricks aconsejó que debía dejarse elegir vicepresidente: pero ¡cómo no debió padecer de aquel derrumbe de acumuladas esperanzas el que había puesto su vida toda en ellas! Se han de poner las esperanzas en lo que no se pierdan; jamás en hombres, escurridizos como las serpientes.

De la elección acá, Hendricks no hizo más, a modo de príncipe heredero contra padre reinante, que acentuar su política hostil a Cleveland; y sin ver que los tiempos cambian y que el país está decidido a hacerse servir de sus gobernantes antes que servirlos, se daba las artes más minuciosas y los más pueriles empleos para allegar a sí durante la administración de Cleveland a los demócratas descontentos que no hallan cómo sacar provecho de ella; con los cuales esperaba Hendricks obtener la próxima candidatura democrática a la presidencia.

¿Hablaba el presidente de la urgencia de purificar el servicio público? Hendricks proclamaba en un discurso la urgencia de distribuir los empleos entre los demócratas.

¿Decía el presidente que el gobierno ha de ser para toda la nación, y no para una camarilla interesada de partidarios? Pues Hendricks decía en una solemnidad que los despojos pertenecen a los vencedores.

¿Destituía el presidente a un administrador de correos que daba los puestos floridos de su oficina a sus sobrinos y yernos? Pues Hendricks se hacía el campeón del administrador, y defendía contra el presidente a los sobrinos y a los yernos!

Más: en la última carta escrita por este vicepresidente de república se hablaba detenidamente a un traficante político sobre un puesto de portero: así ¿cómo no han de votar en pro de quien les atiende los porteros y los traficantes?

Los pueblos yerran en las horas de crisis que les turban el juicio; pero en reposo, es admirable su justicia: ven el hecho, el carácter, el peligro, como entre nubes; pero lo ven; y si por el odio, el interés o el amor suelen extremar o desviar sus opiniones, es lo más común que las tengan justas y seguras.

Así ha sucedido que la muerte inesperada del vicepresidente no causó aquella pena que estremece a las naciones cuando desaparece de sus ojos alguno de sus beneméritos; y aunque la curiosidad lo fue a ver, y el gobierno se declaró en duelo, y su ciudad lo enterró con afectuosa pompa, ni de los de su bando ni de los del contrario han podido tributársele más celebraciones que las que merece un caballero inteligente y amable que puso su habilidad natural y su honradez no

común al servicio ciego y exagerado de su partido y de sí propio:—¡mayores cosas pueden escribirse sobre el mármol blanco de una sepultura!

Y cuando, llena la casa funeraria de todos los magnates oficiales, y la ciudad de gente, iban ya a poner en el carro el cadáver, la esposa fiel quiso todavía volver a verlo, y se tuvo de pie junto al ataúd, e hizo venir a un fotógrafo para que así la retratara. Entre los que esto veían ¿quién estaba? Estaba Hayes, el que hurtó a Tilden y a Hendricks la presidencia de la república.

Cleveland no fue al entierro del vicepresidente, no porque no quisiese ir, sino porque, por una peligrosa omisión de la Constitución de los Estados Unidos, pudieren estos, muerto el vicepresidente, quedarse sin persona legal para cabeza del gobierno, en caso de que en el apresurado viaje a la ciudad de Hendricks, se inhabilitara o muriera Cleveland.

Él mostraba empeño en ir; pero de todas partes de la nación, y de Mrs. Hendricks misma, le vinieron cartas, y como órdenes, para que no fuese.

Tilden mismo, que manda mucho en los campos demócratas desde su parque solitario, le envió públicamente su opinión de que no fuera, como si supiese que le mandaba con esto una absolución: un misterioso respeto circunda a Tilden, que está aún vivo, y ya parece como una gran sombra, que cubre a su pueblo y le habla.

Está la Constitución dispuesta de manera que aunque prevé que en caso de muerte del presidente el vicepresidente electo le suceda, no prevé quién ha de sucederle cuando el vicepresidente muera, sin que haya electo presidente del Senado: con lo que queda que si el presidente también muere, la nación se ve sin poder ejecutivo, sin quien constitucionalmente pueda convocar a reemplazarlo, y sin presidente del Senado, puesto que este lo es de derecho, y lo era ahora de hecho, el vicepresidente.

Ya en tiempo de Garfield se notó el mismo desasosiego; pues así como Hendricks no quiso abandonar su derecho a presidir el Senado que tiene hoy mayoría republicana, así Arthur se negó entonces a ceder el puesto a un presidente *pro tempore,* que hubiera sido demócrata, puesto que los demócratas tenían entonces mayoría.

Murió Garfield: tomó el gobierno Arthur: quedó el Senado sin presidente, y la República, como ahora, sin persona legal para suceder al jefe de la nación en caso de su muerte, y sin modo de elegirla.

El año pasado aprobó el Senado una enmienda a la Constitución que ordenaba entre los secretarios de gabinete la sucesión a la presidencia; pero no fue aprobada por los representantes; y como el caso a que la muerte de Garfield dio lugar se repite hoy con la de Hendricks, créese segura la aprobación de una enmienda semejante, a menos que la guerra cerrada a que se preparan la Cámara de Representantes y el Senado no traiga su derrota, o su oscurecimiento en batallas mayores.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 9 de enero de 1886.
[Copia digital en CEM]

CARTAS DE MARTÍ

El mensaje presidencial.—Las Pascuas.—Vicios en el reglamento de la Cámara.—Una novedad: la comisión de debates.—Un general acusado de cohecho.—Las memorias de Grant.

New York, diciembre 5 de 1885.

Señor Director de *La Nación:*

Ya el mensaje del presidente está fuera de las prensas, guardado de los diarios merodeadores con un gran sigilo. Ya se susurra que allí toma el presidente campo consigo propio y los que están con él en la tentativa de hacer nacional y honrado el gobierno, y ni provoca ni cede a los que no están con él. Ya se miden las probabilidades de que, después de algunos conatos de pacificación entre los dos bandos demócratas, venzan los adversarios del presidente, y tenga este que gobernar contra la Casa de Representantes. Ya se preguntan si el Senado republicano confirmará o rechazará como es su derecho, los nombramientos de demócratas que Cleveland ha hecho para reemplazar a republicanos, o si pedirá a Cleveland, contra todo precedente, que explique las razones de estos cambios, a lo cual sin duda se resistirá por decoro, puesto que para esa petición de los senadores, no habría más fundamento legal que una honrada frase de Washington, en que dijo que hubiera explicado al Senado las causas por qué efectuó un nombramiento que los senadores con gran pesar de Washington, rechazaron. Ya se pregunta si el Senado se aprovechará de su mayoría republicana, para elegir como su presidente que ha de ser vicepresidente de la república, a un republicano, o si, en muestra de acatamiento a la voluntad del país, desistirá de elegir a un senador de opinión contraria a la del jefe de la nación a quien estaría llamado a suceder.

Unos creen que los senadores elegirán al general Logan; que fue candidato a la vicepresidencia de la república con Blaine: otros creen que, según el consejo de periodistas y sacerdotes prominentes, elegirán a un demócrata, porque no se les acuse de tender a producir un conflicto nacional: y creen otros, que uniendo en lo posible su derecho de mayoría a lo que la cortesía y el respeto al país les imponen, elegirán a un senador republicano que se distinga por su adhesión a las reformas que mantiene Cleveland.

Por encima de todo asunto de interés está ahora la próxima reunión de la Casa de Representantes y el Senado; y en tanto que un viento de purificación se entra por los rincones más escondidos de las oficinas públicas del estado de New York, crece la curiosidad sana y honrosa del país, que cuida de sí mismo, por ver cómo se resuelven, en juego abierto, los influjos contrarios que contienden dentro del partido

gobernante, y ver en qué se diferencian verdaderamente en la obra de gobierno los demócratas censores, de los republicanos a quienes motejaban y reemplazan.

Las Pascuas vienen, con sus estrellas de mirto y de laurel para las vidrieras de las tiendas; sus vagonadas de libros suntuosos, cajas de música y presentes de la más varia especie, su legendario Santa Claus que galopa sobre los techos de las casas en su trineo arrastrado por renos de mucha cornamenta, y de los hilos de la barba, de los bolsones de las mangas, de debajo del gabán de pieles saca a millares chucherías y maravillas, y deja los renos al borde de la chimenea de cada casa, y baja por la chimenea cuando ya es muy de noche, y en la media nueva que la madre cuidadosa ha colgado a la cabecera de la cama de sus niños, deja—¡oh buen Santa Claus que todo lo sabe!—el juguete aquel que los niños desean.

Desembarca de Inglaterra el muérdago bajo cuyas guirnaldas se besan, a la hora en que nació Jesús, los amigos y los amantes. Vienen de las montañas los perfumados pinos, que los amigos de la casa y los padres piadosos cuelgan de cartuchos y figuras de dulce, y de juguetes menudos, que la noche de *Christmas* resplandecen en la sala oscura a la luz parlanchina de centenares de velas de colores. Las vidrieras de las tiendas están llenas de todas clases de apetitos costosos, y escenas pintorescas dispuestas con los artículos de venta de la casa. De toda la ciudad bajan ricos y pobres a ver estas procesiones, banquetes, bailes, teatros de muñecas. Las vidrieras de las librerías, sobre todo, hacen morir de celos!

Todo eso viene; y atrae ya los ojos: viene la ópera alemana, que ha vencido en New York a la italiana, y tiene su gran teatro propio: vienen las exposiciones de diciembre, y en ellas luce en línea preferida el talento hispanoamericano: vienen los bailes y matrimonios de la gente mayor, que elige la entrada del invierno, que congrega a los vecinos de la ciudad, para celebrar sus festividades y lucir riquezas:—pero los ojos no se apartan de la Casa de Representantes y el Senado.

Lleva todo lo de esta tierra un sello tal de enormidad y éxito, que involuntariamente se desea imitar todo lo que se hace en ella; por lo que es bueno saber que acá no se considera lo propio tan invulnerable y acabado como si ya no hubiera que volver sobre ello; y ahora mismo hay en la prensa y en el Congreso una animada campaña para reformar el reglamento parlamentario, por ser el que está en vigor muy elemental y lleno de vicios.

Es interesante lo que los reformadores piden.

Ahora, se necesitan más de dos terceras partes de la mayoría de la Casa para aprobar una proposición: ¿qué partido reformador puede gobernar así, cuando, por humillados que estén sus contrarios, siempre tienen en la Casa la tercera parte de votos necesaria para derrotarlo?

Así la legislación tiene que ser toda de avenimientos y compromisos, más hecha para aquietar las vanidades e intereses de los representantes que para satisfacer a la nación.

Se quiere, pues, que baste el acuerdo de la mayoría para que una proposición sea aceptada: hay casos en el reglamento de hoy, en que diez miembros pueden impedir un acuerdo, aunque todo el resto de la Casa esté en favor de él.

Ahora no hay regla segura, ni autoridad responsable, que ordene los asuntos de debate: sino que casi todas las comisiones tienen días escogidos de antemano para la discusión de sus informes, verdaderos días de hierro, que excluyen tenazmente todo otro debate sobre asuntos de mayor interés nacional.

Y se ofrecen para corregir este vicio varios sistemas, siendo el más nuevo el que propone el representante Dorsheimer, persona de mucho alcance y peso, quien aboga porque se nombre una comisión de debates, que en inglés se llamaría *Committee on the Business of the House,* la cual tendría a su cargo y responsabilidad exclusivos la ordenación de las materias de debate, salvo la natural preferencia del presupuesto y las apropiaciones de fondos del tesoro u objetos nacionales.

Y se quiere que esta comisión sea escogida de la mayoría, no para favorecer al partido que gobierna, sino para que tenga ante el país la responsabilidad clara de su cometido, y si ordena mal las discusiones y prefiere a lo nacional lo partidario, sea castigada con la censura política.

Ahora, pierde la Casa en cuestiones personales, cuestiones de orden, mociones dilatorias y votaciones nominales más de una tercera parte de su tiempo, escaso siempre para las leyes de pueblo de tanto volumen y monta.

Cualquier representante tiene el derecho de «privilegio personal» de hablar una hora en respuesta de cualquier censura o ataque que le haya sido hecho de fuera o de dentro de la Casa, a cuya respuesta sigue un debate sin término fijo en que cada discurrente puede hablar otra hora. En las cuestiones de orden la presidencia no tiene autoridad, sino que se debaten por los miembros largamente. Hay multitud de ardides dilatorios que la presidencia no tiene manera legal de repeler, y se discuten a toda lengua con el menor asunto. Y no se vota por recuento o por división, como se hace en Inglaterra, pasando de un lado los que están por la afirmativa, y de otro los que la niegan, cuyos nombres todos toma a cada puerta un taquígrafo, del portero que los dice en voz alta: el voto nominal toma ahora de cada vez tres cuartos de hora.

Se quiere que todo esto cese: que se restrinja grandemente el «privilegio personal»: que la presidencia resuelva por sí y sin debate las cuestiones de orden, y la Casa no oiga apelación de sus medidas, a menos que la sostenga una tercera parte de los miembros: que las votaciones ordinarias se hagan por mero recuento de votos, o por «división» cuando así se solicite: que la presidencia pueda libremente

considerar o desechar las mociones dilatorias.

Ahora los miembros tienen en la sala de debates escritorios espaciosos, donde se arrellenan en plática contenta, o dejan correr las horas tediosas absortos en responder sus cartas personales, y a este prometer un puesto y al otro ofrecerle que votará por su medida, y al diario amigo mandarle el artículo que ha de favorecerle,—de modo que el debate se desliza mezquino y en lo común se vota con lo que el partido tiene decidido de antemano, sin que, excepto en casos extraordinarios, la Casa escuche los argumentos de los oradores, lo cual quita al sistema parlamentario decoro y eficacia en tanto grado que se llega a pedir, con visible exageración, que no haya escritorios en la sala, sino que los representantes sean sentados bien juntos en bancos sin escritorios, de modo que escuchen bien lo que se dice, y pueda movérseles en la voluntad el lóbulo del partido, que es por acá de obsidiana dura, en la que no penetra nada.

Washington se ocupa de estas cosas, y New York se asombra, al ver entrar en la cárcel acusado de cohecho al jefe de la milicia del estado y presidente de la junta de higiene pública, al general Shaler.

Persona más marcial no había en todo New York, que tenía orgullo en los días de funerales y procesiones, en la arrogante figura que hacía a caballo el general a la cabeza de la milicia: el hombre a caballo tiene algo de sobrehumano: vale más: crece: inspira respeto y entusiasmo.

Pero parece que este soldado apuesto de cabeza blanca tenía gravada una casa suya con una hipoteca de $9 000; y como hubiese trabado amistad en una junta de que fue miembro con un policía que subió por artes del voto a persona mayor, sucedió que cuando el policía se hizo luego agente de fincas urbanas, y la junta de armería, en que estaba Shaler quiso vender las suyas, las puso para venta en manos del policía, quien en pago de los provechos que sacó de esta preferencia, redimió de la hipoteca de $9 000 la casa de Shaler.

Se nota una pena sincera en la ciudad, por ver manchada esta cabeza blanca. Se cree acá, con el nombre de «comisión», lícito todo cohecho, y en este exceso de comercio, cuesta trabajo hallar un hombre honrado.

No es lícito, sin embargo: si Shaler, que ha dado fianza, no desmiente la confesión de su cómplice, irá a la prisión del estado por siete años.—Por diez está ya Ward en ella, el mozo enjuto y atrevido que aceleró con sus estafas colosales la muerte de Grant,—de Grant, cuyo libro salió ayer a la plaza, registrado a la vez en Europa y en los Estados Unidos, donde la venta alcanza ya,—en este país de 50 000 000 de habitantes,—a 400 000 ejemplares.

Es hermoso entrar en la casa librera que tiene el afortunado contrato: todo son cajas que ruedan, hombres satisfechos, montes de libros!

Sólo el júbilo que produce entrar en una gran librería es comparable al frío que se siente al entrar en un gran arsenal.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 13 de enero de 1886.
[Copia digital en CEM]

DE AÑO NUEVO

Lo artístico, lo social, lo político.—Los documentos oficiales.—El mensaje de Cleveland.—¿Miss Cleveland escribió parte del mensaje ?—El carácter de Cleveland.—Revista de reformas.

New York, enero 16 de 1886.

Señor Director de *La Nación:*

¡Qué lejos ya, hoy que estamos a 16 de enero, las cenas de Nochebuena, las fiestas de primero de año, las curiosidades de la gente que quería ver de cerca en sus funciones de primera dama de la república a la profesora de cuarenta años que escribe desde la Casa Blanca sobre los mormones y Carlomagno!

Acá apenas se tiene tiempo para vivir. El cráneo es circo, y los pensamientos son caballos azotados. «La neurosis de París» dicen los diarios de Francia: ¡porque no han venido a ver esta otra neurosis!

Nadie se duerme, nadie se despierta, nadie está sentado: todo es galope, escape, asalto, estrepitosa caída, eminente triunfo. Es una procesión de ojos sedientos, montados sobre piernas aladas,—las piernas de Mercurio.

Van los unos tras los otros, como persiguiéndose, alcanzándose, abatiéndose.

La médula se retuerce, y encoge como un cuero húmedo puesto al sol: el alma se va del cuerpo como de un pomo roto las gotas de esencia.

Parece que de dentro clama algo, como una flor fénix despedazada bajo los cascos de caballos furiosos, que entre las pezuñas mismas que la aturden, levántanse sin cesar sus pétalos maltratados para cumplir su deber de flor, de enseñar su hermosura y dar aroma.

Camino de poesía va esto; pero ¿quién entra en tareas queridas por primera vez en el año, sin sentir que, aun hablando de las querellas del Congreso con el presidente, de las contiendas de los que quieren acuñar más pesos de plata y los que no lo quieren, de las batallas de los dueños de ferrocarriles y de sus empleados, no sienta que le nacen a su pluma alas de mariposa?

Acá apenas se tiene tiempo para echar los ojos por sobre todo lo que pasa.

En lo artístico, apenas hay una tentativa de crear ópera americana, con partitura de Goetz, sopranos de Berlín, tenor de Rusia, bajo inglés, y bailarina de Boston;—y una traducción de la finísima comedia de Moreto, *El desdén con el desdén* que en inglés representa, con una flexibilidad de florete, una actriz fea y admirable, la polaca Modjeska: confusión de nacionalidades que no asombra a quien ha visto llegar a su mesa, entre

las publicaciones oficiales de año nuevo el mensaje del gobernador de Tejas, impreso a la vez en inglés, en alemán, en castellano y en bohemio.

En arte; apenas hay eso.

Pero en lo social ¡cómo va creciendo, a manera de conquistador, la asociación de los Caballeros del Trabajo, que manda ya en una suma enorme de los trabajadores de los Estados Unidos, y es representante, y es gobernador, y es ministro, y gana batallas a los monopolios, y puede, si lo decide su consejo supremo secreto, hacer cesar a una misma hora el trabajo en estados enteros!

Y en lo político qué avalancha de sucesos importantes, el Congreso que se abre, el presidente que le da cuenta en un mensaje detallado de los errores que ve y los remedios que intenta, las secretarías de la presidencia que publican informes profundos sobre los ramos del gobierno, el Senado que quiere obligar a Cleveland a que confiese que él también ha dado puestos públicos en pago de servicios de partido, el Congreso en que todavía no se ha entablado francamente la batalla de los demócratas que insisten en la distribución de los empleos nacionales entre los miembros del partido victorioso, y los otros demócratas; los caballeros de la democracia, que ayudan a Cleveland en su propósito de limpiar la política nacional de estos perros hambrientos!

¿No es mala vergüenza andar lamiendo manos, con tamaña barba y un par de manos fuertes, para alcanzar un sueldillo de limosna, cuando se tiene a poco andar tanto campo nuevo, tanto animal de cría, tanta manera de vivir honradamente?

Y, ¡cuántas sugestiones útiles en los documentos oficiales, y en los comentarios de los periódicos sobre ellos! Da tristeza ver tanto a la mano, y agonía de no poder abarcarlo de una vez.

Cada mensaje, cada informe de secretario, ha sido este año un tratado de política viva, no de esa política de sistema, política de cátedra, política de pie de dama china, política metafísica, sino esa otra manera sabia de equilibrar los elementos nacionales, yendo por medio de la mayor justicia posible a la justicia cabal y absoluta!

Este año los secretarios son nuevos y ya por dar cada uno buena muestra de sí, ya por revelar la originalidad necesaria en un gobierno nacional, ya por informar a la nación del estado en que el partido contrario dejó las cosas públicas, y de la sencilla cordura con que el gabinete se ha puesto a enmendarlas, ello es que no hay historia más elocuente, ni novela más amena, ni lección de gobierno más práctica, que la lectura de los informes de los secretarios y la del mensaje en que el presidente los compendia, y expone al Congreso sus propias miras.

Todo el mundo habrá leído ya en Buenos Aires el mensaje del presidente.

Él no favorece la política de irse entrando so pretexto de abrir canales en tierra extranjera.

Él no opina que, porque una monarquía europea quiere agasajar a otra, se merme el derecho de los Estados Unidos a nombrar para sus representantes en las cortes de Europa a caballeros honrados, conforme al tipo norteamericano de caballería:—levita cruzada, bigote raso, perspicacia aguileña, silencio sabio, costumbres claras, ardor en la tolerancia, ideas nuevas.

Él no cree que, cuando hay 200 000 000 ociosos de pesos en plata en el tesoro, por los cuales ha tenido el gobierno que pagar en oro, deba seguir dando oro vivo en cambio de más millones de monedas de plata muertas, que van valiendo menos mientras más va habiendo, y más se teme, como se teme ahora, que la moneda de plata sea desechada como tipo principal por algunos de los países que la consumían.

Él no quiere que, ya que fue históricamente necesario arrebatar poco a poco a los indios nativos sus tierras que adoran, se agrave aún este hurto necesario maltratando y corrompiendo a los indios desposeídos, capaces en algunos lugares de mantener escuelas superiores y celebrar congresos, so pretexto de que allá por Arizona, donde la justicia india se ha hecho crimen, arrasen ranchos y quemen mujeres unos diez apaches fugitivos.

Él no opina que, puesto que el país no quiere chinos, deban traerse más mientras no lo quiera; pero opina que los chinos que vinieron bajo la garantía de las leyes anteriores, deben ser protegidos por las leyes con toda energía contra los inmigrantes europeos del oeste, que los envidian por su sobriedad, les temen por su inteligencia, y les odian porque están siempre prontos a trabajar por menor precio que ellos.

Él juzga que de todos los proyectos de tránsito entre los dos océanos, el canal de Tehuantepec será el mejor, por más barato, porque no envuelve tutela política por parte de los Estados Unidos, y, acaso, acaso, aunque esto no lo dice el mensaje, porque a un americano genuino ha de parecerle especialmente bien eso de llevar por sobre la tierra los buques a lomo de ferrocarril.

Él mantiene la necesidad urgente de construir una armada comparable a los intereses de la nación y al poder de los países que pudieran atacarla: «la nación que no puede resistir un ataque —dice— está constantemente expuesta a él».

Él cree que si sobra dinero en el erario después de cubiertos los gastos públicos, no debe guardarse este caudal en caja, sirviendo de tentación a los agiotistas que andan a caza de dineros fáciles y gobiernos desprovistos, sino que el sobrante debe rebajarse de los derechos de arancel en el año siguiente, para ir así abaratando, con el menor precio de los artículos importados, el costo general de la vida, y para ir poco a poco habituando a las industrias americanas a rebajar sus gastos de producción para poder un día elaborar a los bajos precios a que se elaboran los artículos de industria en Inglaterra, Francia y Alemania, que es el único medio de asegurarse una existencia industrial legítima y duradera.

Él sostiene que el gobierno democrático de los Estados Unidos con el mismo prestigio del hombre, corren peligro, si no se pone coto al vicio norteamericano de tratar la política, no como santuario, sino como una profesión, como un tráfico, como un *trade,* en que se coaligan para dirigir en su provecho los asuntos públicos todos aquellos abundantes y voluminosos holgazanes que no tienen valor, conocimientos o vergüenza suficientes para ganar su pan en un trabajo duro y honrado: la política es el deber de todo el mundo, y el derecho de todo el mundo, y el amarla es señal de nobleza y el abandonarla es señal de innobleza; pero no debe servir de máscara a los perezosos, de pretexto a los ladrones, ni de mercadería a nadie: la política es la ocupación natural de toda mente elevada y generosa, pero no debe servir de banquete a los augures, ni de despensa a los bribones, ni de tentación a los débiles que por seguir sus caminos en apariencia fáciles, abandonan los trabajos llanos y fecundos que conquistan un bienestar y dignidad durables: no envidia a un rey el que se ha hecho a sí mismo, y mira y obra como si llevara corona: por eso los pueblos de hombres prósperos y laboriosos son los únicos verdaderamente libres.

El presidente cree que es una villanía que en un pueblo como los Estados Unidos, vivan aún los mormones seguros en sus hogares bárbaros.

Vibran y duelen las frases del mensaje en que el presidente condena la poligamia; por lo que pasa aquí como cierto que esta parte del mensaje no es suya, sino de su hermana, de su apasionada y dogmática hermana, que maneja su lengua a lo Carlyle, a modo de quimera de mirada encendida.

Y se ha dicho y redicho esto de la hermana; pero no parece que el público en junto lo haya tomado a mal, aunque fuese verdad.

También en tiempo de Jackson puso mano en los papeles de Estado Mrs. Eaton: también dejaron la pluma a sus mujeres, a la hora del mensaje, Madison y Adams. Pero esa colaboración, aun cuando parece verdadera, ni se extiende al mensaje en lo que no es de incumbencia femenil, ni le quita el carácter de personalidad e independencia que en todo él se trasluce. Ni provoca ni halaga enemigos. Como ve las cosas las dice.

Sabe que la mayoría democrática rechaza su campaña de purificación del servicio público, y suspensión del cuño de la plata,—y su primer acto en el Congreso dominado por la mayoría es explicar sin alarde y sin tibieza, las razones por qué insiste en la reforma del servicio público, y en la suspensión del cuño.

Todo el mensaje es como el presidente: prudente, de una pieza, inspirado en ese noble valor que prefiere caer con la honradez desatendida que prosperar por la complicidad con los que atentan a ella.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 17 de febrero de 1886.
[Copia digital en CEM]

EL PROBLEMA INDIO
EN LOS ESTADOS UNIDOS

Informe del Secretario Lamar.—Lo que debe hacerse con los indios.—Cómo debe educárseles y cómo han de dividirse sus bienes.—Una universidad nacional.—Ojeada sobre el espíritu actual norteamericano.

New York, enero 16 de 1886.

Señor Director de *La Nación:*

De los informes de los secretarios el mejor, por lo sesudo y lo práctico, no es ni el del Ministro de Hacienda, ni el del Ministro de la Guerra, ni el de Marina, sino el del «soñador» del gabinete, el del «idealista y vagabundo» de la casa, el del Secretario del Interior, Lamar, acusado de amar el romance, de dejar correr de vez en cuando la fantasía y de mirar una que otra vez al cielo.

Hay grandísimos necios que se pasan la vida proclamando que las mentes, infelices por altas, que ven bastante hondo y lejos, adentro y encima de la tierra, son fatalmente incapaces para entender en las cosas terrenas: y al que es capaz de entender lo más, ya lo bautizan de inepto para entender lo menos: ¡como si las mismas facultades de observación, que penetran en las leyes del alma y del mundo, no fuesen por su excelencia natural inevitablemente capaces de penetrar las relaciones más visibles, cercanas y menores! ¡como si esa tendencia misma hacia lo superior y general, hacia lo universal y sumo, no fuera una violenta consecuencia de la tristeza angustiosa que da el conocimiento de lo individual y pequeño!

Pero, en la tierra, según se sabe, hay más ratones que águilas: y los ratones se juntan, y dicen entre sí: «¡vaya!: nosotros volamos mejor que las águilas!»—y, por de contado, todos los ratones lo creen.

Lamar es de las águilas: y su informe ha sido tan cauto, tan claro, tan apegado a lo real, tan conforme a los problemas prácticos, que estudia, que ya no se oye decir, por esta vez, que Lamar es inhábil para el puesto porque lee versos, o los hace, y usa el cabello largo, y sabe del hombre antiguo y de monedas, y se suele quedar, ¡pensando precisamente en los rufianes políticos!, con las manos cruzadas, mirando chisporrotear en la chimenea, los leños encendidos!

Y en el informe de Lamar, que tiene 90 páginas, como cuarenta, y las primeras, están consagradas al estudio del problema indio.

Ya es hora, según él, de que los Estados Unidos resuelvan este problema, que está hoy en su punto crítico. Ni se defiende siquiera de que lo acusen de filántropo; todo el mundo pone hoy atención privilegiada en la cuestión india.

El salvaje vive, y, aunque en diversos grados de civilización, vive,

como salvaje. Ya no está como antes en tierras lejanas, de donde podrá huir, y de las que se le podrá sacar: está en las tierras mismas que el gobierno le dio a cambio de las suyas, que le fue quitando, y estas no se las podría quitar sin cometer infamia y violar sus contratos. Las comarcas cultivadas de los blancos rodean ya de todas partes el territorio y las reservas indias.

¿Qué se ha de hacer pues?

¿Exterminar al salvaje? ¿Corromperlo, como un medio de exterminarlo? ¿O pagarle en cuidados civilizadores, que él no rechaza y solicita, la libertad fiera en los montes nativos, el placer de la raza, la vida grata de la tribu, el rincón materno donde sus madres los tuvieron con dolor, y sus abuelos fueron señores y felices?

Pues que las tierras son suyas, según contrato con el gobierno, el gobierno debe mantenerlos en ellas. Si los agentes los compelen a arrendar sus tierras a los ganaderos a mal precio, o sin precio, hay fraude en estos arriendos, y la ley no debe autorizarlos.

Si hay en algunas comarcas, como la de los pintes, como la de los apaches, un centenar de indios tercos y nómades que se resisten a ser mudados de lugar y a vivir sometidos a la gente, esta no es razón para que se trate como vasijas de barro a las cinco tribus civilizadas, los cherokees, los choctaws, los chickasaws, los creeks y los bravos seminoles de la Florida: los apaches son la forma excesiva de la venganza india: ¿qué idea justa no tiene sus fanáticos?, ¿qué justicia no engendra exageraciones?, ¿a qué extrañar en hombres cercanos aún a la naturaleza pecados inherentes a la naturaleza humana?

Bien puede ser que acabe el gobierno por llevarse a las islas del Pacífico los 200 apaches que mantienen en zozobra constante el estado de Arizona,—y decida recoger con las tropas a los pintes en alguna reserva cercana al lugar nativo que aliciente alguno ha bastado a hacerles abandonar—pero ya, de una vez por todas, es necesario tratar de traer, por modos graduales, a una civilización definitiva a los 200 000, nada más que 200 000 indios, muy adelantados ya muchos de ellos, que viven enclavados entre los estados blancos que adelantan, costando al gobierno nacional, por el actual sistema de tutela, de cuatro a siete millones de pesos al año por gasto de agencias.

El Secretario Lamar sugiere que se eduque a los indios por medio de los indios; que en vez de enviarlos, contra la voluntad de sus padres, a escuelas lejanas de la nación, se les envíe a las escuelas excelentes de los cheyennes, donde son indios casi todos los profesores, donde los indios, y no el gobierno, fueron los que fundaron y los que pagan la enseñanza, donde la enseñanza iguala, en sus ramos, y en el cuidado con que se estudian, a la de las escuelas superiores de la Nueva Inglaterra:—el secretario Lamar lo dice.

En cuanto a tierras, ya los sioux poseen las suyas, por separado, y están contentos con ellas; pero como los indios han sido tan traídos y llevados y los contratos del gobierno con ellos violados tantas veces;

como es tanto su miedo natural de que toda promesa nueva sea olvidada, y es tan vivo y legítimo su apego a las tradiciones de su raza, más ardiente mientras más amenazadas las ven, y menos tradiciones les quedan; la posesión de la tierra en común es uno de sus hábitos más arraigados y queridos, el Secretario indica que la tierra ha de dividirse, pues no hay otro modo de elevar al hombre que hacerlo creador de sí y propietario de algo, pero eso ha de hacerse de manera que ni choque mucho al principio con las costumbres de la raza, ni luego de que esté repartida la tierra en lotes individuales, se apoderen de ella los contratistas rapaces o los colonos blancos que se las envidian.

Divídase en haciendas personales parte de la tierra que hoy posea por contrato cada tribu: compre el gobierno a los indios a buen precio y resérvela para su adelanto, la tierra sobrante: prohíbase a los indios, por un plazo que baste para que entiendan el valor de su propiedad, que enajenen o hipotequen su tierra, o que la arrienden a cualquiera que no sea un indio de su propia tribu.

Propone un sacerdote, y recomienda el Secretario para la tribu de los umatillas, que como no conocen aún las ventajas y goces de la propiedad individual, y no la ven hasta hoy sino como una revolución temible en sus costumbres, que les viene del blanco engañador, se divida la tierra en lotes individuales de a ochenta acres; se elija un grupo de diez a quince indios jóvenes, se les enseñe a cultivar y dirigir sus fincas, trabajando los diez o quince en común en las fincas de todos, bajo maestros prácticos a un costo de $7 000 al año; y cuando este año preparatorio esté acabado, se ponga cada hacienda aislada en manos de su dueño preparado ya para hacerla prosperar, en tanto que se comienza de nuevo al año siguiente con otro grupo: y así hasta que quede enseñada toda la tribu.

No parecen bien al Secretario los agentes fijos, que obran sobre tribus en distintos grados de civilización con un sistema igual para todas. No: el Secretario cree que a cada caso ha de resolverse en acuerdo con sus especiales exigencias: que el indio de la reserva de los pueblos, que apenas tiene carne que comer y algo que vestir, tiene razón para resistirse a pagar las cargas públicas de una ciudadanía de que no goza, y de unas leyes escritas en una lengua que no entiende; mientras que los cheyennes, que de mucho tiempo atrás se gobiernan con innegable sabiduría, no solo no se eximirían mucho de las cargas urbanas, sino que voluntariamente se las imponen, y sin expolio ni soplo ajeno, han determinado dar $6 000 al año de la anualidad que por contrato les paga el gobierno, para contribuir a los gastos de las escuelas de la tribu.

En 1886 se recomienda, pues,—¡oh hombres vanidosos!—para resolver el problema indio—lo mismo que recomendaba, en la lengua sana y nueva de aquellos tiempos, la ordenanza de 1787; lo mismo que decía en su informe en 1822 aquel hombre de gran frente que dio el Sur, John Calhoun: «el sistema de educación, que es la base de todo, la reducción de su comarca, y la división de la propiedad territorial». Ya

entonces decía Calhoun, también Secretario: «Todas las tribus, no solo no resisten, sino que solicitan la educación de sus hijos. Los informes de los maestros son unánimemente favorables. El progreso de los niños indios es enteramente igual al de los niños blancos de la misma edad; y parecen tan capaces como ellos de adquirir hábito de trabajo».

Y acaba Lamar recomendando que no se les aparte de los lugares en que hoy viven; porque no podrán entonces, con el miedo de ser expelidos de la tierra que hubiesen cultivado, entregarse con fe a la labor a que se quiere aplicarlos definitivamente. Ni podrán las compañías ferrocarrileras pasar por las tierras indias sin compensar cumplidamente la ocupación que usurpan.

Y las nuevas haciendas individuales serán registradas como cualquiera otra propiedad de un ciudadano de la república y asignadas por el título respectivo a su dueño indio.

Así, educado por maestros de su propia raza, encariñado con su labor productiva en tierra definitivamente suya, y ayudado, en vez de burlado sangrientamente por sus conquistadores, podrá, con paz segura, con los placeres de la propiedad, con la conciliación de la vida de su raza y la vida civilizada, con la elevación de la mente instruida, permanecer el indio como elemento útil, original y pintoresco del pueblo que interrumpió el curso de su civilización y le arrebató su territorio.

No acaba el mensaje de Lamar sin una sugestión que ha sido muy celebrada: ¡esas son las cosas que los hombres romancescos, que saben de versos y monedas antiguas, descubren cuando miran con los ojos fijos en las llamas elocuentes del leño que chisporrotea en la chimenea!

Washington, Madison, Jefferson, Adams, todos habían sugerido ya lo que hoy, por razones que discretamente calla, sugiere de nuevo el Secretario. Todos recomendaron, como él, la creación de una universidad nacional. Bien se ve, aunque él no lo dice, que sufre por esta rudeza general de espíritu que aquí aflige tanto a las mentes expansivas y delicadas. Cada cual para sí. La fortuna como único objeto de la vida. La mujer como un juguete de lujo. El amor de la mujer, como un capricho de la fantasía o como una necesidad de acomodo social. El hombre, máquina rutinaria, habilísimo en el ramo a que se consagra, cerrado por completo fuera de él a todo conocimiento, comercio y simpatía con lo humano. Ese es el resultado directo de una instrucción elemental y exclusivamente práctica. Como que no hay alma suficiente en este pueblo gigantesco: y sin esa juntura maravillosa, todo se viene en los pueblos, con gran catástrofe, a tierra.

Los hombres, a pesar de todas las apariencias, solo están unidos en este pueblo por los intereses, por el odio amoroso que se tienen entre sí los que regatean por un mismo premio. Es necesario que se unan por algo más durable. Es indispensable crear a los espíritus aislados una atmósfera común. Es indispensable alimentar la luz, y achicar la bestia.

Fuera de negocios y de cierto círculo privilegiado, salta acá a los ojos que los hombres no tienen nada que decirse, ni pensamientos finos con que complacerse y elevarse en común: ni modo siquiera, aparte del instinto y la costumbre, de retener en sí el alma volandera e imaginadora de sus mujeres.

De leer, escribir y contar no se pasa en la escuela pública. Y de la escuela pública, a la faena, al espectáculo del lujo, al deseo de poseerlo, a la vanidad de ostentarlo, a las angustias crueles e innobles de rivalizar con el del vecino.

De este empequeñecimiento es necesario sacar estas almas. En el hombre debe cultivarse el comerciante,—sí; pero debe cultivarse también el sacerdote.

Un hombre no es una estatua tallada en un peso duro, con unos ojos que desean, una boca que se relame, y un diamante en la pechera de plata. Un hombre es un deber vivo; un depositario de fuerzas que no debe dejar en embrutecimiento, un ala.

La lectura de las cosas bellas, el conocimiento de las armonías del universo, el contacto mental con las grandes ideas y hechos nobles, el trato íntimo con las cosas mejores que en toda época ha ido dando de sí el alma humana, avivan y ensanchan la inteligencia, ponen en las manos el freno que sujeta las dichas fugitivas de la casa, producen goces mucho más profundos y delicados que los de la mera posesión de la fortuna, endulzan y ennoblecen la vida de los que no la poseen, y crean, por la unión de hombres semejantes en lo alto, el alma nacional.

Clama el Secretario por una educación general superior como una inmediata necesidad nacional; cree que no basta la seca escuela de elementos meramente prácticos; pide una gran universidad nacional, que organizándose sobre la base de las diversas corporaciones científicas que hoy mantiene separadas el gobierno, complete este espectáculo de las fuerzas de la tierra sorprendidas y puestas a servir, con los conocimientos que se derivan del hombre que ama y aspira sobre ella, y no ha de saber sólo qué es lo que tiene bajo sus pies, sino lo que lleva en sí.

Un pueblo no es un conjunto de ruedas; ni una carrera de caballos locos; sino un paso más dado hacia arriba por un concierto de verdaderos hombres.

José Martí

La Nación. Buenos Aires, 18 de febrero de 1886.
[Copia digital en CEM]

EL GENERAL HANCOCK

Muerte súbita del contendiente de Garfield para la presidencia.—El general hermoso.—Su carrera y carácter.—Su casa.—Muere pobre.

New York, febrero 12 de 1886.

Señor Director de *La Nación:*

Parece que en los Estados Unidos se muere de desear. No se hace lo que Horacio aconsejaba a Leuconoe: no se contiene la esperanza en límites estrechos. De las grandes esperanzas se cae [como] de las grandes alturas: muerto. Acá, muchos de los que han aspirado en vano a la presidencia pagaron sus aspiraciones con su vida.

Horace Greeley, que no ha tenido igual en lo enérgico de su voluntad y lo brillante del ingenio, murió de eso: aspiró a la presidencia y lo venció Grant. El vicepresidente Hendricks, hecho todo a lo abogado, sedoso y temible, y a más muy amigo de sí, murió de eso; aspiró dos veces a la Presidencia, y lo venció Tilden en 1876, y Cleveland en 1884.

Hancock, que llevó dentro de sí la pena de no ser llamado a regir su nación, como quien lleva dentro del pecho una montaña, ha muerto ayer al fin de eso: contendió con Garfield por la Presidencia en 1880, y fue vencido. Ya no se le vieron más aquella seguridad y brío con que arremetió en Williamsburg contra los confederados que lo perseguían, y detuvo con su espada en Gettysburg la rueda de la fortuna que se iba camino de los confederados.

Cuidaba en silencio en la linda isla del Gobernador, a la entrada de New York, de los jardines y canteros que allí embellecen la morada del mayor general del ejército del Este; respondía con su propia mano a cuanta carta le escribían, aunque fuera nimia, engañando así con las puntualidades de la cortesía la actividad loca del alma; trataba cada vez a los que le rodeaban con mayor blandura, lo que es signo fijo de muerte cercana; pero el pie en el estribo, no lo volvió a poner jamás como lo ponía antes. Detrás del ánimo se le iban las carnes; ya cuando presidió el entierro famoso del general Grant, que fue su jefe, tuvo que dejar el caballo a media procesión, porque las fuerzas no le igualaban la voluntad; al fin, de pronto, la pena se hizo carbunclo maligno: y esta correspondencia se escribe, frente a un gran arco de pórfido, a la sombra de la bandera a media asta que toda la ciudad enarbola por la muerte del soldado querido, y desafía la lluvia y el viento.

Los escándalos, las genialidades, las intrigas políticas, las noticias menores, los periódicos, todo ha cedido por un momento el paso al caballero inmaculado y clemente que «peleó tan bien en la guerra, que cuando la acabó se quedó satisfecho»: estas cosas épicas dice acá todos los días la gente sencilla. Esa es una frase recogida al pasar en una

entrevista con uno de los enemigos de Hancock en la guerra, con el que paseó toda Virginia hace meses seguido de procesiones de amazonas, con Fitzhugh Lee.

Dos cosas culminantes se ofrecían a la pluma al empezar esta correspondencia: un gran escándalo, y un hombre bueno. Pareció mejor dejar el escándalo para después, y hablar primero del hombre bueno.

Y un instante antes de seguir.

Hay algo que hacer notar en la muerte de ese noble soldado, del «general hermoso». General fue, y de los que vencen: militar, desde que le apuntó el bozo, hasta morir con el bigote blanco: jefe, casi toda la vida.

Pero el respeto a los demás, que pierden casi siempre los hombres acostumbrados a mandar y es la mejor y verdadera medida de la grandeza del alma, Hancock no lo perdió nunca. *Sir* suele llamar el inglés a su hijo: *gentlemen* llamaba este general a sus soldados.

Cuando en Williamsburg, que fue una de las grandes batallas de la guerra del Sur, fingió que huía, se dejó perseguir por los confederados, y se volvió de pronto contra ellos, bayoneta en brazo, ni se acaloró, ni juró, ni dijo cosas napoleónicas, sino esto: «*We must give them the bayonet, gentlemen*.»

Tuvo desde el principio de la vida satisfechos los deseos; por lo apuesto del cuerpo y lo claro de la mirada se prendó de él un hombre de afectos vivos, que lo hizo cadete.

Era bello; se mostraba seguro de sí; tenía ya la mirada inquietante y seductora, de los que sienten en sí la capacidad de vencer—la mirada que turba y disgusta a las gentes vulgares. ¿Adónde quieres ir? le preguntaron cuando salió ya de teniente de la escuela.—¡Tan dentro del Oeste como pueda! ¡donde el búfalo vive, donde se derriba y se avanza, donde todavía luce el indio al caer, donde se entreabre lo grande y lo nuevo!

Después vino la guerra contra México, una guerra infame; pero el soldado es el único hombre que puede cometer crímenes sin deshonrarse; y dentro de la maldad se crean virtudes relativas.

Hancock peleó bien en Molino del Rey; volvió laureado; gustó la dulcísima paz de la casa; vino la guerra del Sur; organizó bien las tropas que le dieron; le hicieron brigadier general; no se le vio la ambición, pero sí muchas veces la bravura; no se le ofuscaba la hermosa cabeza, amada de sus soldados; cuando su jefe Meade iba a plegar en Gettysburg banderas, en aquel Gettysburg donde habló luego Lincoln, él tomó las banderas de la mano, y metió el regatón en el estribo, y se ganó por sus consejos la pelea; después de vencer, le sacaban del muslo una bala y un clavo.

No murmuró de nadie, ni pidió puesto, ni envidió el ajeno. Le dieron luego de la paz puestos altos, y no se aprovechó de ellos.

No cayó en el amor de la riqueza, que pervirtió el carácter de Grant,

ya descompuesto con el amor del mando.

Muere pobre. Pero sí tuvo, por la decorosa bondad con que trató siempre a sus subordinados, mucho admirador leal entre ellos; sí gozó del respeto creciente de su pueblo, que se sentía de él respetado. Sí le embelleció la vida, una digna señora a quien quiso tanto que, cuando tuvo un hijo, no le puso nombre de general, como a él le pusieron, Winfield Scott, sino el nombre de su mujer, que la ley quita y él devolvió: Russell era de apellido ella; y el niño se llamó Russell Hancock. ¡Russell, antes de Hancock! Van siendo ya muy raras estas galantes noblezas.

Tuvo la fuerza, porque tuvo la paz de la casa. Nadie pregunte el secreto de tanta existencia desperdiciada, desviada, frustrada, incompleta: es el desarreglo del hogar.

Sólo saca de sí su fuerza entera el que vive en la arrogancia interior de ser querido.

El país, cuya opinión en masa es siempre justa, quería acá de veras a este noble hombre. Ya le hacen una suscripción a su familia, que queda sin fortuna. No le enterrarán con pompa.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 26 de marzo de 1886.
[Copia digital en CEM]

UN GRAN ESCÁNDALO

El Secretario de Justicia culpable de soborno.—Una compañía de teléfonos en que el Secretario tiene $500 000.—El Departamento de Justicia procura anular en nombre de los Estados Unidos la patente de una compañía rival.—El Presidente y sus ministros.—Examen de este escándalo: la Pan Electric contra la compañía de Bell.—La patente de los teléfonos de Bell acusada de fraude.—¿Qué es diputado y qué es soborno?—Garland.

New York, febrero 12 de 1886.

Señor Director de *La Nación:*

El escándalo es donde no pudo sospecharse que tan pronto sería: en el gabinete de Cleveland. Soborno se llama en castellano el recibir paga por abusar de un cargo público en beneficio del que remunera el abuso. El diputado electo por el país para cuidar de sus intereses, no tiene el derecho de servir con su puesto a compañías privadas sino cuando de ellas resulta claramente un bien general e indiscutible para el país a quien debe su puesto, y de quien cobra paga.

No tiene el derecho de valerse en servicio de Juan del empleo que ocupa por la voluntad de Pedro, y por el cual le paga Pedro. Y si recibe el diputado dinero, o cosa que lo valga o pueda valerlo, por poner su investidura pública y los influjos que vienen con ella al servicio oculto de una compañía que compra al diputado para sí el poder que este solo tiene legalmente para las cosas de la nación; si el diputado esclaviza a una compañía, su influencia, su juicio y su libertad, que necesitan permanecer desentrabados, y se vale a escondidas de su carácter nacional para favorecer un interés personal de que recibe paga, el diputado es culpable de soborno.

Ese fue el colosal escándalo que se dio aquí cuando el *Crédit Mobilier* en que el mismo Garfield apareció envuelto: representantes y senadores recibieron paga, en dinero o acciones, de la compañía, por determinar con sus votos en el Congreso la legislación favorable a la empresa;—por distribuir en provecho de los que los sobornaban las tierras, los fondos y los derechos públicos, para guardar los cuales habían sido nombrados y se les pagaba sueldo! para robar, so capa de legislar, al erario público, y lo que importa más, al erario de los derechos de la nación, vendido por los mismos que reciben sueldo para custodiarlo!

Ese fue el escándalo de Blaine, de quien es fama que tuvo que poner las rodillas por el suelo para obtener de su acusador las cartas en que se probaba que había vendido su influencia como presidente de la Cámara a la empresa de un ferrocarril que se lo había comprado con acciones!

Y eso, y no más, a bien que era bastante, le impidió ser Presidente de la República.

Ese es ahora el escándalo de Garland, el Secretario de Justicia en el gabinete de Cleveland.

Está probado de un modo absoluto que cuando era Garland senador, recibió quinientos mil pesos en acciones de una compañía nueva de teléfonos, la *Pan Electric*, y, según se demuestra por sus propias cartas, empleó su influjo como senador en beneficio de la compañía, cuyas acciones solo tienen hoy un valor nominal, en tanto que no se invalide la patente de la compañía de teléfonos de Bell que excluye toda otra empresa de teléfonos; pero tendrían grandísimo valor desde que, en virtud de los esfuerzos de Garland y otros como él, se anulase la patente de Bell, que se dice fraudulenta, y pudiera la empresa rival *Pan Electric*, sacar patente nueva por sus inventos telefónicos.

Garland hizo, pues, lo que Blaine y lo que los del *Crédit Mobilier:* puso su carácter nacional al servicio de una compañía privada, y recibió una compensación, que puede resultar enorme, por sus servicios fraudulentos.

¿Le pagaba la nación para que le sirviese a la *Pan Electric?*

Así las cosas, sube Garland al gabinete.

A poco de subir, se presenta, con buenas razones es verdad, la compañía *Pan Electric* a pedir a la Secretaría de Justicia que litigue, en nombre de los Estados Unidos defraudados, contra la compañía de teléfonos Bell, y use su legítimo poder para anular una patente de invención que fue obtenida del gobierno por sorpresa y con engaño por el que no era el inventor legítimo.

La compañía de Bell, que con los provechos del monopolio del teléfono ha acumulado un caudal considerable, ha vencido doce veces en los tribunales a los que niegan a Bell la invención del instrumento; a pesar de que es válida en el público la opinión de que no fue él el inventor, ni se soporta en lo general con calma el abuso que hace la compañía de su privilegio, cobrando altísimo precio por el uso del teléfono.

Garland, que posee una décima parte del capital en acciones de la *Pan Electric*, se reconoció en carta pública privado del derecho de establecer en nombre de los Estados Unidos un litigio en cuya decisión estaba personalmente interesado. Pareció muy bien este acto honrado. Pero a los pocos días, salió de verano el Secretario, y a las calladas, aunque en virtud de las atribuciones de su empleo, el «abogado público», el *solicitor general,* dio permiso para que se promoviera en nombre del gobierno el pleito de nulidad de la patente de la compañía de Bell.

No lo promovía el Secretario, es verdad; pero lo promovía su subordinado inmediato, lo promovía la Secretaría.

¿Cómo se puede suponer, sea cualquiera la ficción legal a que se acuda, que el jefe de un departamento no influye en un litigio de su departamento, en el que le va una colosal fortuna? ¿Cómo, siendo una en la mente pública las personas del jefe del departamento y el

empleado menor que está bajo él, no ha de suponerse que la Secretaría de Justicia ha accedido a entablar el pleito porque el Secretario sacará de él, si lo gana, una inmensa fortuna? ¿Cómo no ha de parecer indecoroso que uno de los más altos empleados de la república use el poder y las cajas de la nación en un litigio en que le espera conocidamente provecho personal? ¿Cómo ha de ser imparcial en el caso, como es su deber, el que tiene en él tan conocida y valiosa parcialidad?

La compañía de Bell puso enseguida en juego sus resortes, que son acá, como todo, gigantescos: periódicos que se leen por centenas de miles, amigos personales de Cleveland que se prestan «por una consideración» a darle consejos, representantes que obligan a la Casa a pedir cuenta de las sumas gastadas por el erario nacional en entablar contra la compañía de Bell la acción que solicita la *Pan Electric*. Una tormenta de injurias fue la prensa, y lo es aún ahora. Cuando se ensalza aquí, el mundo entero lo oye; pero cuando acá se lapida, las piedras son montañas: y se visten de tal dignidad de argumentación los diarios comprados, que da grima creer que pueda haber criaturas con luz en la frente y canas en la barba que por dinero abran a los paseantes, como la mujer de la *Biblia,* esta arca santa de los pueblos, que debe ser la prensa. No hay monarca como un periodista honrado.

El Presidente, a las primeras acusaciones, pidió cuenta a su Secretario. «Es verdad, dijo Garland, que poseo esas acciones de la *Pan Electric;* pero el 'abogado público' ha dado permiso para el litigio sin mi aprobación, ni mi conocimiento».—«Mejor será, dijo el Presidente al abogado público, que su permiso se recoja, e informe sobre los méritos de este caso, el Secretario de lo Interior».

Lamar es el Secretario de lo Interior, Lamar, una especie de caballero Bayardo, a quien nadie jamás ha puesto tacha. Lamar vio el caso fuera de Garland, y en lo que daba de sí genuinamente.

Hay razones reales para creer que la patente de Bell es fraudulenta. Ni la *Pan Electric,* ni ninguna otra empresa privada, puede combatir con éxito en los tribunales—¡acá también!—contra el influjo y recursos cuantiosos de la compañía de Bell, acusada de fraude y despotismo por la opinión pública. Denunciado el fraude en una patente, el gobierno de los Estados Unidos, que la dio, tiene la obligación de investigar si el derecho de privilegio de que es depositario le fue hurtado. Decidió Lamar que procedía el litigio.—¿Quiso ayudar a su amigo, a su antiguo compañero en la guerra de la confederación, al Sur en quien recaería apenas vuelto al poder el descrédito de uno de los hijos que tiene en el gabinete? De eso le acusan; pero esa no es la opinión pública.

Se reconoce, por una parte, que el gobierno tiene derecho a exigir la prueba de la validez de la patente denunciada. Todo inventor tiene en la oficina de patentes un depósito nato: su privilegio de invención. Si la Oficina de Patentes da el privilegio a quien no sea el inventor real, da lo que no es suyo, y defrauda al inventor verdadero. Si este reclama su

derecho, la Oficina de Patentes tiene que procurar recobrarlo para volverlo a su dueño legítimo.

Tal es el caso legal. Pero, por otra parte, aun cuando sea cierto, y bajo Cleveland parece que lo es, que el gobierno no permitiría que se usase de ninguna influencia ilícita para torcer la opinión del tribunal en este asunto, siempre resulta que está hoy a la cabeza del Departamento de Justicia un hombre, Garland, que vendió a cambio de las acciones de una empresa su influencia de senador para hacerlas valer. Vendió un puesto público.—Y ¿por qué no ha de querer aprovecharse de su influjo mayor como jefe del Departamento de Justicia, en un caso de su propio departamento, el que se prestó a aprovecharse, y se aprovechó de su puesto de senador en el mismo caso?

¿De qué le vale ser ahora imparcial por la fuerza de la opinión, si tiene aún en sus manos el precio de la venta de su cargo público? ¿No se ve desde allí la tormenta, que acá ha levantado, de gozo entre los republicanos, de tristeza entre los demócratas, este bochornoso descubrimiento? Bien se entiende que Cleveland muestre generosidad a Garland, y lo mantenga, aun con daño suyo, bajo su amparo; porque si sale Garland de esta manera del suceso, a no tener la vitalidad pasmosa de Blaine, se quedará con las acciones de la *Pan Electric,* pero sin honra pública.

Y los republicanos dicen, echando al aire gozosos sus gorros de fiesta: «¡Lo mismo, lo mismo que nosotros, vuestros demócratas!»

La persona de Garland se oscurece: a la de Lamar nadie toca, ni a la de Cleveland. La justicia del caso quita mucho de su fealdad al interés probado del funcionario público. Y el hecho, frecuente en los círculos de negocios, de recibir acciones de las empresas nuevas a cambio de servicios, entumece el sentido moral, que no entiende que el negociante es dueño de sí, y no goza de sueldo de la nación por defenderla, mientras que el diputado ya no es nada en sí, sino la nación misma, y no puede ponerse sin desvergüenza a la paga de quien busca su autoridad para el propio provecho, y acaso contra el de la nación misma. ¡Los depositarios de los derechos, de las tierras, de las arcas, del porvenir de la República, recibiendo dinero, o cosas que lo valen, para venderlos, torcerlos y comprometerlos!—Vale más ser honrado.

José Martí

La Nación. Buenos Aires, 28 de marzo de 1886.
[Copia digital en CEM]

EL SENADO Y EL PRESIDENTE

El buen secretario Bayard.—Hechos menores.

New York, marzo 12 de 1886.

Señor Director de *La Nación:*

Este acontecimiento, que llena aquí ahora los aires, ha dejado un tanto en la sombra los debates del Senado sobre el proyecto de exigir al Presidente que explique las razones de cada una de las vacantes de empleos que ha ido creando, y de los nombramientos con que las ha ocupado. La Constitución manda al Presidente que someta al Senado los documentos que este le pide sobre remoción y nombramientos de empleos; pero no que le dé cuenta de sus razones, porque ya esto no sería tener el derecho que la Constitución le reserva, de remover y nombrar. El Senado solo tiene derecho constitucional a confirmar o rechazar los nombramientos del Presidente, y a examinarlos para actuar a sabiendas sobre ellos. Pero se quería escandalizar, aterrorizar a Cleveland, forzarlo a confesar que él también ha dado empleos en pago de servicios políticos. Cleveland no se aterroriza, y se niega a ceder su prerrogativa al Senado que no ve cómo salir del lance. Pero ¡qué cartas se han leído a propósito de esto! ¡qué abyecta se vuelve por el pan fácil la persona oficinesca! ¡cómo quiebra la honra la larga posesión de un beneficio público! ¡cómo debilita la costumbre de los empleos la energía de los hombres! «¡No me saque de mi puesto, señor,—decía uno de estos menguados al Presidente—que por lo mismo que me tienen por republicano, yo serviré mejor a los demócratas!»—Si no estuviesen, a la verdad, cerca de un presidente de república, caballeros como Lamar y Bayard, sería cosa de que el Presidente llegase a creer que esta tierra es un gran pudridero. Bayard no: ahora le respetan en su gran aflicción amigos y enemigos. Perdió a su hija, que ponía toda el alma en ser atenta, y sabía cosas serias, y fue generosa, y era vehemente en sus afectos, y ¡murió de todas esas enfermedades! Sobre la hija, murió la madre, que se miraba en ella; y el hombre afligido, que lo está de veras, no desertó su puesto público, sino que aún encuentra en su corazón roto fuerzas para cumplir con su deber. ¡En la hora de la vejez, írsele a la tumba la casa!

Hormiguean, como siempre, los hechos menores.—Todo un pueblo japonés trabaja en sus industrias en un circo: se les ve tejer, pintar, peinar, bordar, teñir, cocer la porcelana. Las óperas de Wagner, aderezadas con grandísima riqueza, tienen lleno el teatro.—Un actor de poca nariz y buena fama, Lawrence Barret, representa con trajes brillantes el *Hernani*.—Unos quieren que haya aquí un Westminster,

donde en la casa de la religión nacional se sepulten los grandes muertos: otros, sacerdotes por cierto, sugieren que sea un Walhalla, donde no haya culto religioso alguno, por tenerlos este país todos, sino una casa libre para los muertos nacionales: los más están porque no haya Walhalla ni Westminster, sino porque cada héroe repose en paz donde el corazón le llamó en vida, con lo que, en este pueblo tan grande, no habrá lugar a celos, ni se separará tanto el muerto del lugar que le era grato.—Los escritores de más nota se juntan para pedir que se ajuste al fin entre Inglaterra y los Estados Unidos, un tratado mutuo de propiedad literaria; porque no es justo, como dice Mark Twain, que el que inventa un nuevo ojo de aguja pueda perseguir por sobre toda la tierra al que le robe los provechos de su invención, y el que de padecer o de observar, saca una verdad moral o física al mundo, o una obra que lo deleita y maravilla, sea robado de sus provechos en Inglaterra, por el delito de escribir en los Estados Unidos.

La legislatura de New York, azuzada por la queja pública, trata de saber si fue por acaso entre los miembros del ayuntamiento neoyorquino donde cayeron unos millones de pesos que aparecen gastados por la empresa de tranvías de Broadway, cuando los libros rezan que solo unos $160 000 se gastaron en el camino, lo cual parece confirmar la opinión de que el resto hasta unos tres millones, fue distribuido entre los munícipes y demás caballeros para obtener en una sesión apresurada de última hora, la suspirada franquicia de establecer «por 1 000 años» un tranvía en Broadway.—Un gremio de tipógrafos multa a un periódico en $50 por cada semana que tarde en despedir de sus talleres a los cajistas de otro gremio que hoy lo ocupan.—Francis Ellingwood Abbot que piensa hondamente, delinea con mano segura en un libro notable: *El teísmo científico*—los contornos, cada día más claros, de aquella espaciosa religión venidera que va saliendo a voces, cada vez con más brío, del conocimiento científico del mundo.—Y señoras muy cultas, una de las cuales ha desenterrado ruinas en Yucatán en traje de hombre y habla lenguas indias, se han reunido, en virtud de que acá no hay la noble ley que da a la esposa la mitad de las ganancias del matrimonio, para discutir la justicia de esta proposición: «el marido debe pagar a la mujer un salario semanal por los trabajos de la casa». ¿Dónde estará el aroma de las rosas?

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 1ro. de abril de 1886.
[Copia digital en CEM]

LA REVOLUCIÓN DEL TRABAJO

Grandes huelgas.—La reforma de la tarifa en el Congreso.—Proyecto de educación federal.—La colección de cuadros de Morgan vendida en $2 000 000.—Un vaso en $18 000.—Huelga y motín de los empleados en los tranvías.—Escenas de la huelga.

New York, marzo 25 de 1886.

Señor Director de *La Nación:*

Mucho problema hay en pie ahora en los Estados Unidos; mucho libro nuevo, porque parece que también la inteligencia, fecundada como la tierra por el frío, da flor cuando se acerca la primavera; mucha batalla política hay ahora.

¿Quiénes vencerán en el Congreso: los que quieren la reducción de la tarifa de aduanas, para ir rebajando el costo general de la vida y sujetando la producción al consumo legítimo,—o los que quieren mantener alta la tarifa, con la esperanza de que una legislación amiga les permita imponer a la nación inquieta y pobre la compra de los artículos de uso a un precio extraordinario?

¡Es la batalla de siempre!: todos los poderosos aliados con los que viven de sus migajas, contra los previsores, amigos de los débiles.

¡Es la batalla de siempre!: todos los glotones de hoy, Don Tierra y Don Panza, contra los espíritus desinteresados y fervientes, sin más sueldo que el placer de hacer bien, que es una sabrosísima paga.

Dicho sea con dolor: aunque las estadísticas del trabajo en 1885 revelan el hecho temible de que un 7½ por ciento de las industrias de los Estados Unidos han estado sin empleo durante el año por falta de consumo; aunque el malestar y la ociosidad forzosa que esta penuria crea entre los trabajadores, enconan sus males y precipitan sus quejas, sin que se paren a pensar que una parte de sus sufrimientos viene de abusos que indignan, y otra de la mala condición de las industrias;—aunque, con la vehemencia mística de los apostolados, se esparce por la nación, como fuego en campo seco, la Orden de los Trabajadores, la noble orden de los Caballeros del Trabajo,—parece que va a quedar vencida en el Congreso la proposición de rebaja de la tarifa: así extreman los comerciantes sus fiestas y banquetes cuando están prontos a declararse en quiebra: así alardean los gobiernos de autoridad cuando sienten que se estremecen y vienen a tierra.

Sin querer se van saliendo de la pluma estas reflexiones: porque la mente está repleta, en este aire de batalla, de los ecos del magno combate que en todo el mes están librando en diferentes partes del país las organizaciones de trabajadores.

No se trata de una huelga aquí, y otra allá, y otra mañana. Se trata del

estupendo crecimiento de una asociación de obreros de toda labor, coaligados por un sistema fácil bajo un tribunal supremo, para arbitrar las diferencias entre los capitalistas y los trabajadores, dirigir y mantener huelgas, hacer leyes en acuerdo con una distribución justa de los productos del trabajo, y suspender en un día dado todo el trabajo de la nación, en tanto que haya un solo abuso que enderezar, un empleado despedido sin razón, un salario odioso que no alcance para comprar pan, una muestra de persecución a los obreros que defienden sus derechos o los de su clase.

¿Qué importa ante esto la bravura con que en un imprevisto mensaje echó en cara el Presidente al Senado que le mueva guerra por cambios de empleos honradamente meditados, cuando muchos de ellos fueron hechos a instancias secretas de los senadores republicanos que en público, arrogándose un derecho que no les da la Constitución, afectan luego ponerlo en berlina porque se niega a presentar a los senadores los documentos privados que para su mejor información mediaron con ocasión de estos nombramientos?

¿Qué importan los sucesos menores del mes:—que en la opinión pública triunfa Cleveland:—que no cede a los demócratas interesados, y estos, sintiéndolo fuerte, buscan pretextos decorosos para irle cediendo; —que el Presidente, reconociéndose impotente para dominar la agitación contra los chinos en el Oeste, esquive en un mensaje al Congreso la responsabilidad pecuniaria de la nación en los últimos asesinatos y expropiaciones de chinos en California, so pretexto de que, en lo visible y aparente, el gobierno acudió con sus fuerzas y recursos a remediar el conflicto; lo cual es verdad, si se añade que ni acudió a tiempo, ni lo remedió, ni anduvo tan de prisa como pudo, ni hay modo ni voluntad de castigar a los agitadores?

Nada son, junto al asunto mayor que hoy conmueve la atención pública, ni el proyecto de Blair, muy sonado y ya casi vencido, de repartir entre los estados una suma anual de los fondos federales para ayudar a los gastos de la educación, cosa que se tiene aquí por viciosa, ocasionada a fraudes y atentatoria a la virilidad e independencia de cada estado,—ni la opinión creciente de que ha de tratarse de buena fe a los indios, sacarlos de su condición abestiada de páuperos a sueldo, y repartirles por cabeza sus tierras propias;—ni importa siquiera ya el colosal rendimiento de la colección de cuadros, porcelanas y otras obras de arte de la Sra. de Morgan, que entre lo que le llevaban los vendedores de oficio, los cavantiguallas y chupapintores, los que pagan en hambre lo que venden en fortunas, compró tales maravillas y rarezas de pinturas y cerámica que la venta de ellas ha producido a la testamentaría dos millones de pesos.

Un Jules Breton,—una procesioncilla, sentida y suave, de niñas de pueblo que van a recibir la primera comunión,—se vendió en más que los cuadros de Gérôme, que tienen la consistencia y brillo del acero; de Millet, que halló lo hermoso de la fealdad y la tristeza; de Delacroix, que

pintaba sus tigres como si él lo fuese; de Fromentin, el caballero del espíritu y de la pintura; y de Fortuny, el sabio de la gracia, una orla de oro! ¡En 45 500 pesos se vendió el cuadro de Jules Breton; linda cosa, es verdad, pero no más que linda!

Y el cuadro que alcanzó segundo precio, no fue tampoco cuadro de fantasía o historia muerta; no fue un bufón de Zamacois, que saca la cabeza a casi todos los pintores modernos; no fue un oficial de Detaille, un oficial abanderado, de cuello enjuto y ojos secos, que es todo él triste y grandioso como la derrota de la Francia; sino un cuadro de Vibert, que pinta cardenales picarescos y canónigos de buen vivir, mucho rojo en mucho blanco, mayordomos que saben el pescado que place a monseñor, sotanas negras que sonríen mientras hacen como que oyen lo que platican en la sala vecina las sotanas encarnadas. Ah; pero este cuadro, si no merecía todo su precio, era por lo menos, una lección profunda!: todo lleno de heridas, bello como una luz que sube al cielo, contaba un sacerdote misionero su campaña de almas a las túnicas lisas y relucientes de los sacerdotes de ciudad, que le oyen distraídos y de mal humor, como oyen al deber siempre los que no cumplen con él.

De esta misma colección era un vaso de porcelana que parecía hecho de nube y se vendió en 18 000 pesos: un *ou-tsai-khi* legítimo, que es mucha maravilla; uno de aquellos pocos que se hicieron, de caolín molido y remolido en todo un año, cuando Tch'inghose y Tching-Te regían en China, y luego cuando Kangxi, en los tiempos de la «Alegría Serena»: ¡y toda la paz imperial parece emerger del vaso!

Por delante de las salas en que se exhibía la colección iban y venían grupos de curiosos, y obreros en traje de fiesta, que querían ver cómo acababa la huelga de conductores de carros con que empezó este mes memorable en las batallas del trabajo.

Adentro, vanidades disputando precios, y aficionados de corazón de artista, mohínos porque se les iban de los ojos las maravillas que se los aliviaron un momento. Afuera, las aceras repletas de gente de labor endomingada: porque, para el que padece, todo día en que se luce el derecho es domingo;—y se visten en sus días de huelga los obreros para recibir el derecho que esperan, como las niñas de Jules Breton iban vestidas para recibir en el templo al Señor.—¿Vamos afuera?

Hay huelgas injustas. No basta ser infeliz para tener razón.

La justicia de una causa es deslucida muchas veces por la ignorancia y el exceso en la manera de pedirla. Es verdad que al que se cría para toro, no puede exigirse que salga ángel: y el obrero, no educado en finezas mentales ni dispuesto por lo que sufre y ve a dulzuras evangélicas, cuando tiene que decir o hacer, lo dice o hace a manera de obrero; si es conductor de carros, con guantes de cuero; si es zapatero, con lezna; si es herrero, con martillo.

Ese es el vicio que daña a casi todas las contiendas de los trabajadores: el pensador los excusa, y en lógica es justo; pero en la

acción social es peligroso, y el gobernante tiene que reprimirlo: de ahí los gloriosos fracasos de los hombres de pensamiento en el gobierno.

Pero la huelga de los conductores era justa. De mala alma se necesita ser, para no sentir cariño por estos pobres soldados de la vida, de pie día y noche en la plataforma de sus carros, azotados por la nieve, empapados por la lluvia, arremolinados en la ventisca, salpicados de fango, y a cuyo tesón y resistencia deben los habitantes de la ciudad el poder ir de un lado a otro, cómodos y con buen calor, a ganar la olla de la casa.

Se tiene natural afecto por el cartero, que nos trae señales de que alguien nos recuerda, aunque sea para mal; por el sereno, que nos guarda el hogar en las horas negras y húmedas; por los bravos conductores de los carros, que nos ayudan en la faena de ir de prisa, a amasar nuestro pan.

De modo que cuando se supo que, mes sobre mes, venía pidiendo la gente de los carros dos pesos al día por trabajar en pie doce horas, a lo cual las compañías ahítas de dividendo contestaban aumentando las horas y disminuyendo el sueldo, no hubo apenas quien no aplaudiese la determinación que, fatigados al fin, tomaron los empleados de una de las compañías, de desertar carros y establos hasta que se accediese a pagarles su precio, que no es más que lo bastante para abrigar y dar mal de comer a una familia muy humilde: ¿Pues qué,—decía uno de los empleados:—tengo hijos, y nunca puedo verles a la luz del sol? Pero los establos no los dejaron completamente desiertos los huelguistas: el carrero ama sus caballos, que entienden su amor; dejaron hombres que dieran de comer y beber a los caballos.

En un instante, se vio en aquella región de la ciudad un espectáculo notable. Es barrio de trabajadores, aunque toca por todas partes, y sirve de vía, a los mejores lugares. Cuantos estaban libres, inundaron las calles. Las mujeres pasaban hora sobre hora acodadas en sus ventanas. Hombres, mujeres y niños se mostraron dispuestos a impedir que la compañía moviese un solo carro, si había quien la sirviera,—¡que siempre hay! De todas partes, como obedeciendo a orden mágica, vinieron carros cargados de carbón, de piedra, de ladrillo, que vaciaban sobre los rieles. Las mujeres de las casas de vecindad, a quienes el carbón cuesta caro, salían con baldes de él, y también los vaciaban.—Y la huelga fue creciendo, y ramificándose a otras líneas.

A una hora se detenía el tráfico en una vía. Un instante después se detenía en otra. Venía un carro; saltaba a la plataforma un hombre desconocido; hablaba al conductor; y el conductor desuncía los caballos dejando el carro vacío sobre la vía; ¡todos por uno!: «una injuria a uno es una injuria a todos»: ese es el lema de la noble orden de los Caballeros del Trabajo.

Y como los conductores son miembros de ella, y los empleados de los ferrocarriles elevados también, hubo un instante de verdadero pánico,

en que la ciudad sintió como que se le encogía el aliento, y se notó en los rostros la inquietud y el trastorno, cuando se temió fundadamente que, en obediencia a la disciplina de la asociación, los empleados de los «elevados» se negarían a trabajar, hasta que a los de los carros se hubiesen reconocido sus derechos.

En esto, ya estaban las avenidas de la compañía henchidas de gente. Ni un carro habría de pasar. Toda la policía de la ciudad y la de reserva, fue llamada para proteger el viaje de un carro. La muchedumbre toda se dispuso a cerrarle el camino. Apareció el carro, rodeado de 750 policías. Ya no eran solo cargas de carbón, piedra y ladrillos: era un vagón de cerveza, torre ambulante, cuyos barriles vacíos dejó el carrero de buen grado amontonar sobre los rieles: eran vagones de las líneas transversales, que a hombros sacaban de sus vías los amigos forzudos de los huelguistas, y reclinaban suavemente sobre la vía bloqueada, como se reclina en la cuna a un niño.

La muchedumbre, que hacía masa a un lado y a otro de la calle, desde las paredes a los bordes de la línea, esperaba colérica la llegada del carro, que por sobre la gente, con difícil prudencia, hacía adelantar la policía.

De las ventanas mostraban los puños cerrados y vociferaban las mujeres. Silbidos, gritos e injurias acogían a los policías y su carro. Hubo en un instante un grito tal, tan sostenido y fuerte, un grito de diez mil criaturas a la vez, que se oyó al otro lado del río. Al fin, un adoquín fue lanzado por alguien sobre la policía y las piedras empezaron a llover sobre los carros.

Cargaron los policías sobre la turba, con las porras en alto, y la multitud aterrada se entró por las calles y casas dejando en paz el carro por pocos momentos, pues al cabo de ellos ya otra vez estaban las ventanas llenas de puños y la calle de hombres y mujeres.

Así el día entero. Así la noche.

Tenía el Bowery, el Broadway de los pobres, un aire de campaña: y tanto hombre robusto y sombrío, inspiraba respeto, pero daba miedo: no por lo que era aquello en sí, aunque fue el motín mayor de trabajadores que ha habido en New York, sino porque el instinto público presiente los grandes riesgos, y hay en cada hombre, aun en el más burdo, una especie de inteligencia involuntaria, que obra a despecho de él y sin su conocimiento, y le avisa anticipadamente, en revelaciones bruscas, de lo que va a ponerle en alegría o en peligro.

Venció la huelga: el trabajador de los hijitos, podrá abrazarlos alguna vez al sol; pero New York entrevió con visible recogimiento, en qué extremos podría hallarse si se coaligaran por fin todos los trabajadores hasta conseguir la mejoría de condición y seguridad de empleo a que aspiran. Se sintió que aquel reconocimiento del poder que les da su organización, podría precipitar sus demandas en las comarcas descontentas, y adquirir proporciones tales que detuvieran, o sacudieran, la vida de la nación.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 7 de mayo de 1886.
[Copia digital en CEM]

LAS HUELGAS EN LOS ESTADOS UNIDOS

Los Caballeros del Trabajo.—Causas y aspecto de la huelga ferrocarrilera. —Jay Gould y los trabajadores.—El lenguaje de los Caballeros del Trabajo.—Atentados de los huelguistas.—«¡Todavía eres buena bandera!».

New York, marzo 25 de 1886.

Señor Director de *La Nación:*

Hoy, todo es huelga, huelga formidable. Estados enteros hay en huelga; regiones enteras de trabajo, que abarcan dos o tres estados. De asamblea en asamblea, o sea, de gremio en gremio, ha ido extendiéndose la orden de los Caballeros del Trabajo desde su cuna en Philadelphia por toda la república, en las manufacturas del Este primero, luego en las grandes ciudades, después en los ferrocarriles que van al Oeste, al fin entre los campesinos y mineros de los estados del Pacífico.

Lo que empezaron junto a una mesa de cortar ropa hace veinte años unos cuantos sastres de brava voluntad, es hoy asociación técnica, organizada como vastísima masonería, por medio de la cual, si en un ferrocarril de Tejas despiden a un obrero sin razón, ya están los herreros de Pittsburg, los zapateros de la Nueva Inglaterra, los cigarreros de New York disponiéndose a ayudar con su cuota a la huelga de los ferrocarrileros de Tejas, hasta que el obrero despedido sin justicia sea vuelto a su puesto.

Si los trabajadores en las minas de carbón creen que se les paga un salario ruin por su trabajo casi sobrehumano, los Caballeros del Trabajo los defienden, los representan, los ayudan; y hace seis meses que en Monongahela hay poca carne y poco pan, pero las minas están desiertas: unos días ha, quisieron algunos volver a las minas, y sus propias mujeres les salieron al encuentro, y les vaciaron sobre la cabeza las cestas de los desechos de la casa.

Si en la Nueva Inglaterra se resisten los manufactureros a dar cuenta de sus provechos al tribunal de la orden, que los inquiere sinceramente en son de paz, para saber si es cierto que no pueden pagar a los obreros el salario que reclaman, sin obreros se quedan las colosales zapaterías, con gran utilidad de las que, por no parar en la ganancia, han reconocido a los trabajadores como regla de salario, una parte en los productos de la fábrica.

Crece este sistema. Acaso sea el que predomine, como único medio justo de dar en la producción de la obra su porción correspondiente al dueño y a los operarios:—¡que como se está hoy, el obrero, después de halar mal toda la vida y cavar cincuenta años, tiene que vivir de una limosna, que no siempre halla!

Y si una gran compañía de ferrocarriles, como la que por el sudoeste del país dirige el hábil millonario Jay Gould, falta de propósito a sus acuerdos en conflictos anteriores, y contra lo estipulado en ellos, rebaja sueldos sin anuncio anticipado de un mes, despide hombres, aumenta horas, y deja sin compensación las horas aumentadas; si una y otra vez piden en vano a los directores de la compañía que se examinen sus casos de queja, y se cumpla el acuerdo; si el desafío y desdén, como sucedió por desdicha en este caso, responden a la moderación y la paciencia,—en masa se levanta el gremio ofendido del ferrocarril, y poco después, uno tras otro, todos los gremios que trabajan en la empresa, ahora los fogoneros, luego los maquinistas, los guardafrenos enseguida, enseguida los guardagujas, diez mil hombres en fin, el ferrocarril entero.

No salen trenes. Apílanse en enormes montes las mercancías.

Día sobre día aumenta la huelga.

Ni los productos van, ni su importe vendrá cuando se calculaba, ni las ventas serán las que hubieran sido.

Un ferrocarril detenido en semejantes comarcas es una plétora en la aorta.

Así se está hace ya quince días en los estados de Missouri y Kansas.

La labor continua de los que preparan a los trabajadores para un alzamiento general y pacífico, por el que se venga a una reforma esencial en la condición del trabajo, se revela prematura e inevitablemente por estos grandes movimientos precursores, que estallan de su propia fuerza allí donde son más vivos los abusos que se intenta remediar, o donde el influjo apaciguador de las cabezas más prudentes no puede ejercerse con tanta eficacia como en las comarcas que están más a su alcance.

Hace un año por esta misma fecha, solo había dieciocho mil obreros alzados: este año hay, en estos instantes, fuera de las huelgas menores, más de sesenta mil. Apenas hay un minero trabajando en las regiones de carbón de Pensylvania, Marilandia y Ohio: están desiertas las fábricas de clavos de los Allegheny: pasan de diez mil los huelguistas en las grandes fundiciones, telares y zapaterías de Massachussets.

Se asedia, se boicotea menos que el año pasado a las fábricas que se niegan a dar al operario el sueldo o estimación que él cree justo, lo cual la «asamblea local» castiga publicando el hecho en su periódico, para que los trabajadores o sus amigos no compren los productos de la fábrica.

Se boicotea menos; pero, mirando atentamente en la revuelta y voluminosa masa de noticias de las comarcas alzadas, se distingue menor sumisión, más determinación, mayor unidad que en las contiendas anteriores. No han esperado a tanto para levantarse. Piden sin arrogancia, pero con más energía; y en cuanto piden, en el Este como en el Oeste, se nota el mismo tino de resolución y de batalla.

Leyendo a la vez las manifestaciones de los lugares más distantes, salta a la vista esta igualdad de intensidad, de resolución y de lenguaje.

Es el lenguaje constante de las resoluciones de la gente llana: infantil y terrible a veces, puerilmente retórico, a veces de apostolar elocuencia.

Si no se viera a la asociación que aconseja o dirige estas huelgas, surgir por todas partes, triunfar en unas, e inspirar respeto en todas; si no se la viese esparcirse, concentrarse, ubicuarse, atender con energía y prudencia a todo; y acá reprimir, y allá azuzar, por un lado retener a los fanáticos, someter por otro a los que los tratan con desdén; si por la fuerza que mueven, y la habilidad con que la guían hasta ahora, no hubiesen atraído sobre sí la atención del país entero, y de fuera de él, donde se le proclama «la más notable de las asociaciones obreras conocidas»,—pudiérase decir por el tema general del lenguaje de sus documentos, que aún no le llegaba la seriedad a donde le llega el entusiasmo.

Pero esto es cuando se mira solo a la retórica: porque en el hueso de los documentos se ven precisamente toda esa exaltación y concentración, todo ese fuego erguido y desbordante, toda esa incapacidad de ver más que aquello a que se tiene dada el alma, todo ese desdén de la manera social, que echan a un lado con cólera, como capas de duende, los reformadores convencidos de su justicia.

«Somos idiotas, que no podemos ver, ni leer, ni sentir, ni saber lo que las palabras significan. Durante meses enteros nos hemos sometido en paciencia a esa humillación: durante meses enteros hemos pedido, esperado, suplicado que se nos oyera amigablemente.

«Meses enteros hemos deliberado, en la esperanza de que los directores del ferrocarril nos diesen al fin razón. ¡En vano! Cada día las violaciones han sido más rudas. ¿Qué podemos hacer? ¿Qué haríais vosotros? ¿Someteros? No puede tanto la naturaleza humana. Los hombres que lo son, no se someten. Abandonaríamos el trabajo; y lo volveríamos a abandonar en circunstancias iguales, aunque la miseria nos diera en el rostro.»

Esto dice una asamblea. Otra dice así, al apelar a la *orden* y al *país* del intento mostrado por Jay Gould de llevar a los Caballeros del Trabajo ante los tribunales como conspiradores:

«Bien puede ser que prendan en los tribunales, que él domina, los ardides de la ley; y que no vean los jueces más derechos que los de la riqueza, a través de los lentes de oro que él sabe ponerles ante los ojos; pero a aquel tribunal superior y más alto, aquel cuyo veredicto es definitivo y supremamente recto, a aquel apelamos; he aquí nuestro caso».

Y cuenta los abusos de la compañía. La proclama, aludiendo a los que por necesitados o traidores sirven a un ferrocarril, que son muy pocos, prorrumpe de este modo:

«Los cobardes atrás, los bribones al enemigo; los hombres al frente».

¡Los traidores, o los infelices! ¡Los de alma baja, nacidos para adular; o los de espíritu pobre, a quienes la rebelión y la miseria aterran!

¿Quién no ha conocido, en los bancos del colegio como en los de la vida, al que hace la ronda, como gallina enamorada, al maestro, al rico, al poderoso, y al mísero de corazón que, sin ser malo, va por miedo donde los malos lo llevan?

Y puede ser también ¡quién sabe! que sea el amor de la casa, y el espanto de su escasez, lo que a algunos de los obreros del ferrocarril, cincuenta entre diez mil, haya movido a continuar sirviendo a la compañía. Pero de este hecho ha surgido el conflicto mayor, y el que pone en peligro a la Orden de los Caballeros de perder mucha parte de la simpatía respetuosa con que visiblemente se la saluda, acaso porque, con justicia, se vea más en ella la resolución del problema del trabajo, que la convulsión sangrienta que otros temen.

Ni el que tiene un derecho, tiene con él el de violar el ajeno para mantener el suyo: ni el que se ve dueño de una fuerza, debe abusar de ella. El uso inspira respeto: el abuso indigna.

El país acompaña con sus votos, fuera de los muy interesados, a las asambleas locales de la orden que decidieron con razón aparente la huelga del ferrocarril, y los estados mismos que padecen de ella no lo echan en cara a sus instigadores: los gobernadores de los estados han actuado como mediadores voluntarios entre los representantes supremos de la orden que ha reconocido y tomado a su cargo la huelga, y los directores del ferrocarril que se niegan a tratar con ella.

Pero cuando, con la violencia que la orden rechazó, han impedido los huelguistas que la compañía mueva sus trenes; cuando han saltado al paso de las locomotoras, y apagado sus fuegos; cuando han vuelto a la fuerza al depósito los trenes que emprendían camino; cuando, con toda la furia de una horda, que al fin se detuvo por sí misma, corrieron a atacar los talleres; cuando se apoderaron de una locomotora de la compañía, y fueron en ella, por la vía que no es suya, a hacer un recado de su huelga,—ni el público lo sostiene, ni la prensa los alaba, ni la milicia se está quieta.

Los gobernadores han declarado hoy su intento de hacer respetar el derecho de la compañía a correr sus trenes, si tiene empleados que la sirvan.

Convenzan los huelguistas en buen hora a los empleados; y niéguense en buen hora, sean cualesquiera los resultados para el país, a dar su trabajo por precio y condiciones menores de los que estiman justos,—que a eso tienen derecho. Mas si atentan a la propiedad y libertad ajena, la milicia del estado caerá sobre los perturbadores.

Grande es la agitación; pero no se esperan, sin embargo, armas de ella.

En la ciudad de San Luis, ese aire de fiesta de las revoluciones en todo se muestra,—en la gente que ocupa las calles, en los corrillos donde se discute acaloradamente, en las mujeres vestidas de gala. De pronto las calles se vacían: ¡es que han ido a silbar un tren que pasa!

Un hombre está junto a la línea con una bandera americana en la

mano. El tren se acerca lentamente, y el hombre agita la bandera, tiene el rostro arrugado y barbudo: las manos velludas: va en camisa de franela, calzón holgado y corto, y botas.

—«¿Pasarás por sobre esta bandera?» le grita al maquinista,—y pone el pabellón sobre el riel.

El tren pasa y lo rompe.

El hombre lo levanta y vuelve a enderezarlo, y en el silencio profundo de la muchedumbre, dice:

—«¡Rota estás y caída; pero todavía te respetamos: ayer te cortaron tus estrellas, y hoy te cortan las listas; pero todavía eres buena bandera!».

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 9 de mayo de 1886.

[Copia digital en CEM]

LAS HUELGAS EN LOS ESTADOS UNIDOS]

New York, marzo 25 / 1886.

Señor Director de *La Nación:*

Hoy, todo es huelga, huelga formidable. Estados enteros hay en huelga; regiones enteras de trabajo, que abarcan dos o tres estados. De Asamblea en Asamblea, o sea, de gremio en gremio, ha ido extendiéndose la Orden de los Caballeros del Trabajo desde su cuna en Philadelphia por toda la República, en las manufacturas del Este primero, luego en las grandes ciudades, después en los ferrocarriles que van al Oeste, al fin entre los campesinos y mineros de los estados del Pacífico. Lo que empezaron junto a una mesa de cortar ropa hace veinte años unos cuantos sastres de brava voluntad, es hoy Asociación técnica, organizada como vastísima masonería, por medio de la cual, si en un ferrocarril de Tejas despiden a un obrero sin razón, ya están los herreros de Pittsburg, los zapateros de la Nueva Inglaterra, las cigarreras de New York disponiéndose a ayudar con su cuota a la huelga de los ferrocarrileros de Tejas, hasta que el obrero despedido sin justicia sea vuelto a su puesto.

Si los trabajadores en las minas de carbón creen que se les paga un salario ruin por su trabajo casi sobrehumano, los Caballeros del Trabajo los defienden, los representan, los ayudan; y hace seis meses que en Monongahela hay poca carne y poco pan, pero las minas están desiertas: unos días ha, quisieron algunos volver a las minas, y sus propias mujeres les salieron al encuentro, y les vaciaron sobre la cabeza las cestas de los desechos de la casa.

Si en la Nueva Inglaterra se resisten los manufactureros a dar cuenta de sus provechos al tribunal de la Orden, que los inquiere sinceramente en son de paz, para saber si es cierto que no pueden pagar a los obreros el salario que reclaman,—sin obreros se quedan las colosales zapaterías, con gran utilidad de las que, por no parar en la ganancia, han reconocido a los trabajadores como regla de salario, una parte en los productos de la fábrica. Crece este sistema. Acaso sea el que predomine, como único medio justo de dar en la producción de la obra su porción correspondiente al dueño y a los operarios:—¡que como se está hoy, el obrero, después de halar mal toda la vida y cavar cincuenta años, tiene que vivir de una limosna, que no siempre halla!—Y si una gran compañía de ferrocarriles, como la que por el sudoeste del país dirige el hábil millonario Jay Gould, falta de propósito a sus acuerdos en conflictos anteriores, y contra lo estipulado en ellos, rebaja sueldos sin anuncio anticipado de un mes, despide hombres, aumenta horas, y deja sin compensación las horas aumentadas; si una y otra vez piden en vano a los directores de la compañía que se examinen sus casos de queja, y se

cumpla el acuerdo; si el desafío y el desdén, como sucedió por desdicha en este caso, responden a la moderación y la paciencia,—en masa se levanta el gremio ofendido del ferrocarril, y poco después, uno tras otro, todos los gremios que trabajan en la empresa, ahora los fogoneros, luego los maquinistas, los guardafrenos enseguida, enseguida los guardagujas, diez mil hombres en fin, el ferrocarril entero. No salen trenes. Apílanse en enormes montes las mercancías. Día sobre día aumenta la huelga. Ni los productos van, ni su importe vendrá cuando se calculaba, ni las ventas serán las que hubieran sido. Un ferrocarril detenido en semejantes comarcas es una plétora en la aorta. Así se está hace ya quince días en los estados de Missouri y Kansas. La labor continua de los que preparan a los trabajadores para un alzamiento general y pacífico, por el que se venga a una reforma esencial en la condición del trabajo, se revela prematura e inevitablemente por estos grandes movimientos precursores, que estallan de su propia fuerza allí donde son más vivos los abusos que se intenta remediar, o donde el influjo apaciguador de las cabezas más prudentes no puede ejercerse con tanta eficacia como en las comarcas que están más a su alcance. Hace un año por esta misma fecha, solo había dieciocho mil obreros alzados: este año hay, en estos instantes, fuera de las huelgas menores, más de sesenta mil. Apenas hay un minero trabajando en las regiones de carbón de Pensylvania, Marilandia y Ohio: están desiertas las fábricas de clavos de los Alleghanies: pasan de diez mil los huelguistas en las grandes fundiciones, telares y zapaterías de Massachussets. Se asedia, se boicotea menos que el año pasado a las fábricas que se niegan a dar al operario el sueldo o estimación que él cree justo, lo cual la «asamblea local» castiga publicando el hecho en su periódico, para que los trabajadores o sus amigos no compren los productos de la fábrica. Se boicotea menos; pero, mirando atentamente en la revuelta y voluminosa masa de noticias de las comarcas alzadas, se distingue menor sumisión, más determinación, mayor unidad que en las contiendas anteriores. No han esperado a tanto para levantarse. Piden sin arrogancia; pero con más energía; y en cuanto piden, en el Este como en el Oeste, se nota el mismo tino de resolución y de batalla. Leyendo a la vez las manifestaciones de los lugares más distantes, salta a la vista esta igualdad de intensidad, de resolución y de lenguaje. Es el lenguaje constante de las resoluciones de la gente llana: infantil y terrible a veces, puerilmente retórico, a veces de apostolar elocuencia. Si no se viera a la asociación que aconseja o dirige estas huelgas, surgir por todas partes, triunfar en unas, e inspirar respeto en todas; si no se la viese esparcirse, concentrarse, ubicuarse, atender con energía y prudencia a todo; y acá reprimir, y allá azuzar, por un lado retener a los fanáticos, someter por otro a los que los tratan con desdén; si por la fuerza que mueven, y la habilidad con que la guían hasta ahora, no hubiesen atraído sobre sí la atención del país entero, y de fuera de él, donde se la proclama «la más notable de las asociaciones obreras

conocidas»,—pudiérase decir por el tono general del lenguaje de sus documentos, que aún no le llegaba la seriedad a donde le llega el entusiasmo. Pero esto es cuando se mira solo a la retórica: porque en el hueso de los documentos se ven precisamente toda esa exaltación y concentración, todo ese fuego erguido y desbordante, toda esa incapacidad de ver más que aquello a que se tiene dada el alma, todo ese desdén de la manera social, que echan a un lado con cólera, como capas de duende, los reformadores convencidos de su justicia. «¿Somos idiotas, que no podemos ver, ni leer, ni sentir, ni saber lo que las palabras significan? Durante meses enteros nos hemos sometido en paciencia a esa humillación: durante meses enteros hemos pedido, esperado, suplicado que se nos oyera amigablemente. Meses enteros hemos deliberado, en la esperanza de que los directores del ferrocarril nos diesen al fin razón. ¡En vano! Cada día las violaciones han sido más rudas. ¿Qué podemos hacer? ¿Qué haríais vosotros? ¿Someteros? No puede tanto la naturaleza humana. Los hombres que lo son, no se someten. Abandonaríamos el trabajo; y lo volveríamos a abandonar en circunstancias iguales, aunque la miseria nos diera en el rostro.»—Esto dice una Asamblea. Otra dice así, al apelar a la Orden y al *país* del intento mostrado por Jay Gould de llevar a los Caballeros del Trabajo ante los tribunales como conspiradores: «Bien puede ser que prendan en los tribunales, que él domina, los ardides de la ley; y que no vean los jueces más derechos que los de la riqueza, a través de los lentes de oro que él sabe ponerles ante los ojos; pero a aquel tribunal superior y más alto, aquel cuyo veredicto es definitivo y supremamente recto, a aquel apelamos; he aquí nuestro caso»: y cuenta los abusos de la Compañía. La proclama, aludiendo a los que por necesitados o traidores sirven aún al ferrocarril, que son muy pocos, prorrumpe de este modo: «Los cobardes atrás, los bribones al enemigo; los hombres al frente».

¡Los traidores, o los infelices! ¡Los de alma baja, nacidos para adular; o los de espíritu pobre, a quienes la rebelión y la miseria aterran! ¿Quién no ha conocido, en los bancos del colegio como en los de la vida, al que hace la ronda, como gallina enamorada, al maestro, al rico, al poderoso, y al mísero de corazón que, sin ser malo, va por miedo donde los malos lo llevan? Y—puede ser también ¡quién sabe! que sea el amor de la casa, y el espanto de su escasez, lo que a algunos de los obreros del ferrocarril, cincuenta entre diez mil, haya movido a continuar sirviendo a la Compañía.—Pero de este hecho ha surgido el conflicto mayor, y el que pone en peligro a la Orden de los Caballeros de perder mucha parte de la simpatía respetuosa con que visiblemente se la saluda, acaso porque, con justicia, se vea más en ella la resolución del problema del trabajo, que la convulsión sangrienta que otros temen. Ni el que tiene un derecho, tiene con él el de violar el ajeno para mantener el suyo: ni el que se ve dueño de una fuerza, debe abusar de ella. El uso inspira respeto: el abuso indigna. El país acompaña con sus votos, fuera de los

muy interesados, a las Asambleas locales de la Orden que decidieron con razón aparente la huelga del ferrocarril, y los estados mismos que padecen de ella no la echan en cara a sus instigadores: los gobernadores de los estados han actuado como mediadores voluntarios entre los representantes supremos de la Orden, que ha reconocido y tomado a su cargo la huelga, y los directores del ferrocarril que se niegan a tratar con ella. Pero cuando, con la violencia que la Orden rechazó, han impedido los huelguistas que la compañía mueva sus trenes; cuando han saltado al paso de las locomotoras, y apagado sus fuegos; cuando han vuelto a la fuerza al depósito los trenes que emprendían camino; cuando, con toda la furia de una horda, que al fin se detuvo por sí misma, corrieron a atacar los talleres; cuando se apoderaron de una locomotora de la compañía, y fueron en ella, por la vía que no es suya, a hacer un recado de su huelga,—ni el público los sostiene, ni la prensa los alaba, ni la milicia se está quieta. Los gobernadores han declarado hoy su intento de hacer respetar el derecho de la compañía a correr sus trenes, si tiene empleados que la sirvan. Convenzan los huelguistas en buen hora a los empleados; y niéguense, en buen hora, sean cualesquiera los resultados para el país, a dar su trabajo por precio y condiciones menores de los que estiman justos,—que a eso tienen derecho. Mas si atentan a la propiedad y libertad ajena, la milicia del estado caerá sobre los perturbadores.—Grande es la agitación; pero no se esperan, sin embargo, armas de ella. En la ciudad de San Luis, ese aire de fiesta de las revoluciones en todo se muestra,—en la gente que ocupa las calles, en los corrillos donde se discute acaloradamente, en las mujeres vestidas de gala. De pronto, las calles se vacían: ¡es que han ido a silbar un tren que pasa! Un hombre está junto a la línea con una bandera americana en la mano. El tren se acerca lentamente, y el hombre agita la bandera. Tiene el rostro arrugado y barbudo: las manos velludas: va en camisa de franela, calzón holgado y corto, y botas.

—«¿Pasarás por sobre esta bandera?» le grita al maquinista,—y pone el pabellón sobre el riel.

El tren pasa, y lo rompe.

El hombre lo levanta, y vuelve a ondearlo, y en el silencio profundo de la muchedumbre, dice:

—«Rota estás y caída; pero todavía te respetamos: ayer te cortaron tus estrellas, y hoy te cortan las listas; pero todavía eres buena bandera!».

JOSÉ MARTÍ

[Ms. en CEM]

LAS GRANDES HUELGAS
EN ESTADOS UNIDOS

Aspecto del problema social.—Causas de la depresión industrial.—Las angustias del gran Tío Samuel.—Martin Ivons, un fanático.—Trabajadores contra trabajadores.—Motines y muertos.

New York, abril 27 de 1886.

Señor Director de *La Nación:*

No ha abierto esta vez la primavera con lilas y heliotropos, sino con rosas rojas; ni están de acuerdo los cielos claros y las mentes inquietas.

Este mes ha visto el planteamiento, aún burdo y desordenado, del problema social con que, en este lado del mar como en el otro, parece quiere cerrar sus angustias el siglo en que vivimos;—como se cierra la noche, en cuyas entrañas negras relampaguean los ojos de las fieras: con el alba.

Es lícito deducir de movimientos simultáneos universales en una misma vía, la existencia de un malestar universal. El buen vivir y el ligero pensar son cosa grata y cómoda; pero no bastan a espantar los problemas de los tiempos, que se sientan mal de nuestro grado en el festín como el fantasma de Banquo.

El siglo tiene las paredes carcomidas, como una marmita en que han hervido mucho los metales. Los trabajadores, martillo en mano, cuando no Winchester al hombro, han comenzado ya a palpar las hendiduras, y a convertir en puertas anchas los agujeros, por donde entren a gozar en paz, aunque se les manchen los vestidos de la sangre propia, o ajena, de un estado nuevo en que el trabajo sea remunerado a un precio suficiente para sustentar la casa sin miseria y amparar la vejez, sin esa dependencia de la avaricia o capricho extraño en que ahora viven.

En los Estados Unidos se presenta el problema, como acá se presenta todo, y como lo da el país: colosal y súbito.

Acá, cuando hay fuerza, hay mucha; cuando hay hambre, hay mucha; ¡ah y cuando hay ignorancia, hay mucha. Ni están aquí los excesos que esos tres elementos acarrean, templados por aquel amor arraigado y tradicional al propio país, que como voz de madre detiene en las entrañas de los más justicieros o coléricos, los malos hechos; porque esta población revuelta, ya se sabe, solo tiene de americana la última capa, la última generación, y en muchas partes ni esa tiene,—de modo que, sin los frenos del patriotismo que aun en los ruines puede tanto, esta mezcla de irlandeses, de escoceses, de alemanes, de suecos, de gente que come carne y bebe cerveza, y tiene espaldas y manos atlánticas, va rápida y sin bridas, sin más bridas que las de su miedo o instinto de conservación, a conquistar lo que cree suyo: su derecho a una parte mayor en los productos de una riqueza de que se estima el

principal factor y no es el aprovechador principal.

Pudiera detenerse, en muchos casos con justicia, a esa masa que adelanta. Pudiera hacérsele pensar en que si ella es una parte indispensable a la producción de la riqueza, lo es de otra parte la acumulación del capital contra cuyos abusos odiosos justamente se coaliga. Pudiera traérsela a entender que no es solo un mal ajuste de la distribución de los productos de la industria lo que en muchos casos tiene sin empleo, o en empleo de poco salario a los industriales; sino lo enorme de la producción por el trabajo acelerado de las máquinas, el exceso de lo producido sobre lo necesitado, la competencia entre los países rivales que es mortal para aquellos que como los Estados Unidos cobran por sus importaciones derechos altos, y los errores de esa misma industria que alimenta a la masa obrera, la cual, con el miedo de ser invadida en su propio mercado, por los frutos de los países de importación libre, aboga por la continuación de los derechos altos de entrada, que le impiden producir con baratura suficiente para salir a competir con éxito en los mercados rivales.

Este gran Tío Samuel se aprieta los tirantes, se mesa la barbilla, se pasa de mano en mano el sombrero de copa alta, se enjuga con su pañuelo de algodón el sudor de la frente, que ya empieza a dar gotas de sangre y a fuerza de haberse protegido tanto a sí mismo, se halla en frente de este problema formidable.

El Tío Samuel se lo fabrica todo, montes de fábricas de toda especie tiene el Tío Samuel, pero tiene que comprarse él mismo todo lo que fabrica; ¿y dónde lo pone? ¿y qué hace con tanto? ¿y con qué dinero seguirá alimentando sus fábricas? ¿y qué hará con sus millones de trabajadores, que no se paran a ver este problema, sino que ven a las empresas ricas, y se ven pobres, y quieren más salario, más seguridad y más respeto?

El Tío Samuel, la nación americana, se revuelve inquieto, y ya con señales de mucho malestar, entre sus fábricas de tejidos de lana, que hoy no se venden en la cuarta parte de lo que costaron,—de armas, montadas para hacer mucho más de lo que los ejércitos naturalmente consumen,—de máquinas, que por lo caro del hierro, o por producir más de lo que se necesita, yacen en ocio, o disimulan su pobreza o trabajan con pérdidas, tristes y descompuestas como cíclopes con hambre.

Ese es el problema: hambre de cíclope. Y ese malestar industrial, cuyas causas,—exceso de producción, exceso de población obrera,—no son todas remediables, tiene en zozobra al país, y sin sus recursos y fe habituales, en los momentos en que, sintiéndose ya por la fortaleza de la hermandad más poderosa la gente trabajadora, ha decidido trancar su fuerza.

Eso pudiera decirse a la masa obrera para contenerla, o demorar para ocasión más propicia sus demandas de reorganización industrial. Pero como ellos se han hecho ya su código de derechos, que tienen muy cimentados en razones; como ellos ven que sus males provienen en

parte visible de la insolencia y desdén del capital organizado, de las combinaciones ilegítimas de este, del sistema de desigual distribución de las ganancias que mantiene al trabajador en un perpetuo estado de limosnero; como ellos no hallan justo que los salarios de los trabajadores de ferrocarril no pasen de un mendrugo y una mala colcha, para que puedan repartirse entre sí dividendos gargantuescos los cabecillas y favorecidos de las compañías, que por cada mil pesos de gasto real en la empresa emitieron veinte mil en acciones, de modo que como los provechos están naturalmente en relación al capital empleado, nunca hay bastante con el producto de los mil para pagar los dividendos de los veinte mil; como el santo veneno de la dignidad humana ya no quiere salirse de las venas de los hombres, y los hincha e impulsa,—resulta que con una justicia acá, y allá una violencia, los trabajadores se han puesto en pie, decididos a no sentarse sino mano a mano con el capital que los emplea.

Y más resulta, y esa es la desdicha: nadie más que los siervos sienten la necesidad de ser señores; y como la gente trabajadora ha tenido tanto que sufrir del señorío de los que la emplean, le han entrado veleidades de déspota, y no se contenta con hermanarse con los que la han hecho penar, sino que, yendo más allá de toda razón, quiere ponerse encima de ellos, quiere sujetarlos a los términos que impedirían a los empleadores la misma dignidad y libertad humana que los empleados para sí reclaman.

Ahí está su debilidad, en su injusticia: y, por esta vez al menos, ahí está su derrota.

Eso que va dicho a manera de comentario, no es comentario solo, sino la esencia y resultado real de los gravísimos sucesos que se han venido amontonando acá en este mes de huelgas, y dominando la atención, y conmoviendo todas las fuerzas del país, y paralizando el tráfico, y provocando la acción misma de la Presidencia.

Contados, uno a uno a la distancia, esos sucesos, interesantísimos todos, algunos terribles, parecerían tediosos: sobre que puestos uno encima de otro, harían de esta carta un monte.

En estas cartas decimos los hechos, no en su osamenta ponderosa, sino en su jugo: de modo que cuando razonamos, vamos contando, pero en tal manera que el cúmulo de sucesos no fatigue, y reciba el lector de ellos el beneficio mental y la experiencia que sacaría de presenciarlos. Pero estos sucesos han sido tales que, en índice al menos, hay que darlos.

Con rosas rojas abrió esta primavera; con manchas de sangre sobre la yerba verde; con obreros muertos y alguaciles muertos; con acciones de armas entre los obreros del ferrocarril Missouri Pacific ocultos en la yerba, con el Winchester encendido, y los alguaciles empeñados en hacer andar por la vía una locomotora, contra la voluntad de los obreros.

¿Quién no se imagina lo que son diez mil hombres del Oeste, del hierro, de la fragua, de la máquina, de la naturaleza, después de un mes de rebeldía sin paga, apoyados por una hermandad de quinientos mil trabajadores avivados, encendidos, fustigados por un fanático de lengua de acero, un escocés que ve murciélagos ventrudos y hediondos, y brujos con alas del tamaño de locomotoras en los capitalistas?

Los cabezas de la hermandad de los Caballeros del Trabajo no son así, sino gente que hacen resplandecer su justicia con su prudencia; pero ese terco escocés, que tiene la fe y el ímpetu de los apóstoles, no ve el problema con la mente que endereza, sino con la indignación que ofusca, y con tal de sacar a su ídolo, que es el decoro y la supremacía del obrero, por sobre todos sus oprobios, ni se para en llamas, ni respeta propiedades, ni cuida de telégrafos, ni entiende de paces y esperas, ni de derecho ajeno. Es de los desventurados que solo ve el derecho suyo.

Este egoísmo es sublime, pues en semejante persona llevaría a la pérdida de la propia vida en holocausto de la dignificación del hombre; pero la grandeza moral absoluta, que es cosa del cielo, suele ser justamente crimen en la historia, que es cosa de los hombres. Todo aquel que no mira tanto por el derecho ajeno como por el propio, merece perder el propio.

La huelga de los ferrocarrileros del Sudoeste, del Missouri Pacific, ha sido en su marcha y acción reflejo del carácter de su caudillo. Fue premeditada con poca cordura; decretada sin suficiente razón visible; mantenida contra la voluntad de los directores de la orden de Caballeros del Trabajo, y contra sus métodos; afeada por asaltos, incendios, violencias y muertes.

Que el trabajador se niegue a dar su trabajo por menos del precio en que lo estima; que diez mil trabajadores ejerzan a la vez este mismo personalísimo derecho; que procuren, por el bienestar general de las clases humildes, que las empresas abusadoras no hallen trabajadores que los sustituyan, y se vean forzadas a comprar el trabajo que necesitan en el precio a que este se estima, así como el trabajador compra los artículos de su uso al precio en que los estima el que los vende,—eso está bien, y tiene acá en la conciencia pública, profundo apoyo, por más que lleguen a ser grandes las inconveniencias de industria y tráfico que resultan del ejercicio de esos derechos.

Pero no es de este modo escolástico y meramente racional como la gente de trabajo ve su problema.

No lo ven como un argumento sino como una batalla.

De buena voluntad no se les ha dado nada: ella ha tenido que irlo arrebatando todo: por la organización, por la huelga, por el asedio—que llaman ahora «boicot»—siempre por un medio violento. Mientras pedían, mientras esperaban, mientras no se erguían, sus tristezas no hallaban favor. Asociados en pequeño, comenzaron a obtener victorias tímidas, que les dieron ánimos para mayores acometimientos y para afrontar sin

desbandarse considerables derrotas.

No dotados de aquella superior paciencia que viene del pensamiento, por cuanto la vida no prepara a los ganapanes para catedráticos de filosofía, no ven ellos las causas hondas y los efectos finales de su problema, sino las causas directas y los efectos inmediatos.

Conforme se van presentando los males, van discurriendo los remedios.

El primer mal era la miseria, la agonía permanente, la casa sin un ahorro para caso de médico o de muerte, el salario más bajo que las necesidades. Pues cesando a una vez de trabajar para el dueño, este perderá indudablemente más con la suspensión de su empresa que cada uno de los obreros, que solo pierde su salario. Huelga, pues, y el más testarudo o el menos necesitado gana.

Mucho ha crecido el problema, y mucho más saben ahora los trabajadores que antes; pero para la gran masa de ellos, ese es el estado de su caso, y esa ha sido la huelga del Sudoeste. «El ferrocarril no podrá trabajar sin nosotros, pues mientras no acceda a lo que queremos de él, huelga».

Sí; pero hay muchos hombres sin trabajo, que andan de rodillas pidiendo qué hacer; hay mucha empresa ociosa; hay mucho inmigrante hábil: ¿de qué sirve la huelga, si por donde salen los huelguistas entran a miles, en los términos que ellos rechazan, otros obreros que cubren sus puestos?

Si sus clamores son justos, alega la empresa, ¿cómo esos obreros nuevos no los sienten, y están satisfechos con su empleo, y con sus relaciones con la empresa?

El huelguista, ya fuera de su empleo por una causa que cree santa, no puede forzar a la empresa a que reconozca su demanda, si aquella halla obreros que lo reemplacen; ni quiere que otro ocupe su lugar, pues siente que no es de ley moral que la empresa deje sin trabajo a los que en la hora del apuro se prestaron a servirla. El huelguista, que desde hace años oye a predicadores, asiste a reuniones y lee libros, cree que todo obrero que se presta a ocupar su lugar es un traidor, un traidor a «la causa santa del trabajo», y no estima que viola un derecho cuando pretende impedir que el obrero nuevo lo reemplace, sino que castiga a un infame y cumple una justicia.

Los huelguistas del Sudoeste decidieron, pues, impedir por la fuerza, que la empresa moviera sus trenes, y utilizara las manos nuevas.

¿A qué contar los innumerables conflictos? Máquinas desventradas, talleres asaltados, trenes vueltos atrás, trenes quemados, trenes que adelantan entre tempestades de silbidos y descargas cerradas, la muchedumbre que acomete a los alguaciles, los alguaciles o la milicia que vacían sus fusiles sobre la muchedumbre, la empresa que va llenando los fuertes vacíos, ocho mil hombres que reemplazan a los diez mil huelguistas, una paz de rabia que sucede a una quincena de frenesí, una mezcla de razones e injusticias que a estas horas hace difícil saber

de quién fue la culpa primitiva, un sacudimiento nacional en suma, que ha obligado al Congreso a nombrar a toda prisa una junta de arbitramiento con poderes oficiales de investigación y dictamen en los conflictos que puedan poner en peligro el libre comercio entre los estados, y ha movido al Presidente mismo, a quien prudencia y costumbre mandan ser cauto en el ejercicio de su derecho de recomendar al Congreso la adopción de medidas oportunas, a aconsejar el nombramiento de una comisión de trabajo, compuesta de tres miembros de oficio permanente, para el estudio y arbitramiento de los casos de disputa entre los obreros y sus empleadores.

Ya el año pasado se nombró un comisionado de trabajo, cuyo informe ha sido de mucha luz, y ha puesto en claro lo que tienen de injusto y peligroso las relaciones actuales de empleadores y empleados, y lo que suelen tener de excesivo las demandas de los trabajadores. Conocer un problema es ya más de la mitad de su resolución: la mente humana, por esencial virtud, acude con súbita revelación al remedio de un mal tan pronto como lo conoce.

JOSÉ MARTÍ

(Concluirá)

La Nación. Buenos Aires, 4 de junio de 1886.
[Copia digital en CEM]

(CONCLUSIÓN)
[LAS GRANDES HUELGAS EN ESTADOS UNIDOS]

Elementos, métodos y fines de los Caballeros del Trabajo.—Los elementos del conflicto ante el juicio público.—Jay Gould, el millonario.—Powderly, obrero y hombre de Estado.

Nueva York, Abril 27 de 1886.

Señor Director de *La Nación:*

Lo que hay de notar en esta condición del problema del trabajo, no es esa huelga aislada del Sudoeste, que, en sí, solo es una huelga más; sino su relación con las asociaciones de obreros, esparcidas con una u otra denominación por el país, con capacidad de acudir a la vez, como están acudiendo ahora, a dos huelgas considerables, y de reunir de cinco a ocho mil pesos diarios para alivio de los huelguistas del Sudoeste.

Aquella huelga que en la carta pasada fue descrita, y que a pesar de sus violencias retuvo por su fundamento de justicia la simpatía pública, encendió las esperanzas, esponjadas y vaporosas como la estopa, de las muchedumbres obreras del país. Caballeros del Trabajo eran los que triunfaron en Nueva York, y todos los obreros, engolosinados con aquella redonda victoria, quisieron ser caballeros del trabajo.

Se les tiene ofrecido un Mesías, que habrá de sacarlos de su suerte triste, y creyeron el Mesías venido.

La casa pequeña de ladrillo donde se reúnen los directores de la orden en Filadelfia no daba espacio para los quehaceres crecientes de las asociaciones parciales: hubo que nombrar un verdadero ejército de «organizadores»; a estos «organizadores» no alcanzaba el tiempo para explicar a las nuevas «asambleas locales» que el objeto de la orden no es favorecer a diestra y siniestra las huelgas, sino impedirlas, o dirigirlas en paz, siendo su mira principal ir a la vez tendiendo su red de asociados por la república, e instruyéndolos en los elementos verdaderos y dificultades de problemas del trabajo, para que un día lleguen a ser sus demandas de reforma industrial incontrastables; por su justicia, por su oportunidad, por su moderación, y por el orden y cohesión de los demandantes.

Le entró en la orden de súbito un elemento distinto del que ha contribuido a su formación y prosperidad. La orden vio desde el principio que solo en la educación reside la fuerza definitiva y fue ejerciendo influjo entre los obreros, ya por lo secreto de sus labores, ya por el éxito desusado que la superior cultura de sus miembros lograba dar a contiendas industriales en que los obreros habían sido antes vencidos.

En vez de huelga, argumento; en vez de amenaza, exposición, examen y arbitramiento. Los fabricantes veían a un obrero nuevo, firme y conocedor de sus derechos, y cedían el derecho a la sorpresa.

Pero la popularidad obtenida por estas victorias de la prudencia, y el agigantamiento que da el secreto a todo lo que se envuelve en él, hicieron de la orden en estos últimos meses el representante único de los intereses del trabajo; y la orden se vio en el extremo de prohijar a las asociaciones fanáticas o turbulentas, con la esperanza de irlas enseñando y conduciendo antes de que estallasen, o de perder, si las rechazaba, el súbito influjo de que por unánime consentimiento se veía investida: ¿quién que ha andado en cosas públicas no sabe que en toda corporación hay dos alas, una de canas, otra de pelo negro, y en medio un cuerpo infeliz que padece de ellas y las balancea?: a veces se tiene que ser cómplice, por el crédito de la idea general y superior, de detalles parciales que se miran como crímenes.

Los huelguistas del Sudoeste fueron de esos recién llegados que rompieron la brida, antes de que esta pudiera asegurarse de ellos.

No ha tenido todavía tiempo la orden para ir reduciendo los privilegios locales de las asociaciones a la disciplina general de los Caballeros, que tiende más a preparar a los obreros para la batalla definitiva que a ir comprometiendo sus fuerzas en batallas menores.

Las asambleas locales retienen su poder de reclamar las huelgas, la junta ejecutiva solo tiene el de declarar la huelga buena o mala, para darle o no el auxilio de la orden, si se somete a su aprobación.

Como que quieren escapar de una tiranía, los obreros son celosos en el delegar su autoridad, y gustan de ejercerla por sí, como todo el que no ha tenido mucha ocasión de mandar.

La fuerza embriaga. Embriaga a los de mente fuerte y educación suma; ¿qué mucho que ponga fuera de sí a los que están hartos de padecer, y sedientos de justicia, y sin mucha mente de que disponer, ven su fuerza como un medio justo y sagrado de reparación, de entrada en el goce de sí mismo, del supremo deleite de sentir en sí y por sí triunfante la persona humana?

¡Ese es el gigante escondido que hace dar al mundo sus tremendos vuelcos: el sentimiento divino de la propia persona, que es el martirio cuando se ejerce aisladamente, y es Jesús, y es Abelardo, y es Lutero, y es Revolución Francesa cuando se condensa en una época o en una nación!

Ahora también se está innegablemente condensando.

Quedábamos, pues, en que los obreros del ferrocarril del Sudoeste, ansiosos de hacer sentir a la empresa del ferrocarril su fuerza nueva, declararon con un pretexto ligero, una huelga prematura, y pusieron de relieve, para ventaja acaso de la Orden de los Caballeros, los defectos que aún hay en la organización de esta, los elementos diversos, radical y moderado que contienden en el seno de ella por el predominio en la

orden y la esencial diferencia de método entre los miembros primitivos de ella, que quieren traer por pasos naturales e inevitables el problema del trabajo a una solución pacífica, y los miembros nuevos, que quieren ir sin orden a victorias despóticas e inmediatas por recursos violentos.

¿Cómo quedan después de ese choque estos elementos varios: la empresa arrogante que no quiere reconocer a los Caballeros del Trabajo como asociación, y se niega a tratar con ellos: la junta ejecutiva de la orden, que saca incólume, con gran sentido, el espíritu de unidad, de la gente obrera, aun cuando desapruebe los métodos violentos: los huelguistas del Sudoeste, a quienes las armas de la milicia, la reprobación pública y el influjo de la junta ejecutiva de la orden ha logrado reducir a la paz?

Quedan como después de un juicio salomónico: ¡qué admirable en sus resultados es esta costumbre, brutal e inconveniente en apariencia, de decirlo todo en público! La mente, hecha a lo pulcro y universitario, se subleva a veces: esta revelación parece un atentado: aquella otra una alevosía: la otra una imprudencia; pero, en fin de cuentas, esa es la única salvaguardia de los pueblos, ese es el taller de la paz, ese es el trabajo de pesa y juzgamiento: la publicidad absoluta.

A cada parte ha ido dando el público su merecido. La empresa, que puede haber dado razones para el descontento de sus empleados, se ve de súbito, favorecida con la opinión que le era contraria en principio, por ser esa una manera anticipada con que protesta el país contra la repugnante y desastrosa condición en que le pondría la entrega del manejo de sus industrias a los obreros, que ni son sus dueños, ni son más que uno de los factores de ellas, ni llevarían a ese triunfo la cultura y la paz de ánimo que podrían hacerlo menos temible: una cosa es que el triste suba, y cada cual goce de todo su derecho, y otra que se dé el gobierno del mundo a los tristes rabiosos.

Así se ha visto que al punto del peligro, se han formado, aparte de las de la ley, asociaciones de ciudadanos dispuestos a afrontarlo. Una junta de ciudadanos de lo mejor de San Luis, intervino largamente como mediadora entre los obreros y el ferrocarril.

En los lugares más amenazados se han formado asociaciones de ley y orden, con el fusil al hombro, uno de los diarios de más séquito en Nueva York, *The Evening Post,* llama con clarines de guerra a una liga activa de propietarios y gente de orden para contener los acontecimientos de los obreros. En Nueva York, en una de las avenidas donde hay huelga de *tramways*, caballeros de sombrero alto se han prestado a hacer de cocheros y conductores en los carros asediados, y los han llevado triunfantes de uno a otro extremo del camino:—y una brava panadera, a quien querían obligar los panaderos asociados a que no empleara a hombres que no fuesen de su asociación, le han enviado de todas partes por su firmeza, regalos en dinero, y pedidos de pan; y el juez ha multado uno sobre otro a los asociados que sitiaban, o boicoteaban la panadería.

Le han visto, pues, a una el peligro y el remedio. El peligro está en la absorción de los derechos públicos por los obreros exigentes, y rencorosos: no quieren que se emplee sino a los que a ellos les place, y son sus asociados; niegan a las empresas el derecho de despedir a sus empleados, pretenden imponer como capataces de las fábricas a obreros que son desagradables a los dueños de ellas; casi no quedaría derecho alguno a los dueños y empresarios en sus fábricas y compañías si se accediese a todo lo que piden los obreros.

El remedio está en la vivacidad con que se ha entrevisto el peligro, y en la disposición que muestra la gente de paz a rechazar mano a mano la invasión obrera. Mas si de una parte se levanta ese espíritu contra los excesos de los trabajadores, se reconoce de la otra que para muchos de ellos, si no para todos, se les ha dado razón; y a pesar de las deficiencias probadas de su organismo, y de su incapacidad para reprimir en los comienzos esta huelga, se alaba el sentido superior y magnánimo de la Orden de los Caballeros del Trabajo, y se entrevé que en los formidables conflictos que se avecinan, solo la cultura de los obreros y soluciones profundas y conciliatorias por que aboga, pueden salvar al país de una insurrección sangrienta.

Porque la verdad es que si el programa de demandas de los obreros en huelga está todo en puntas, como un erizo, no hay una sola extravagancia en él que no haya sido urdida en revancha o en defensa de un ataque público o encubierto de las compañías, que quieren «quebrar la médula» a las asociaciones. Ahora todavía puede una empresa de *tramway,* con todos los policías de la ciudad, mover de un extremo a otro de una calle un carro; pero si para mover un carro se han necesitado 750 policías, si en lo mejor de la huelga, los policías mismos tienen que ser los conductores de los carros, ¿quién reprimiría a los obreros, quién movería los vehículos públicos, quién habilitaría a las empresas para salvar sus concesiones que las obligan a movimiento diario, el día no lejano en que todas las industrias, o la mayor parte de ellas, suspendiesen sus labores, hasta ver reconocido su derecho en un punto indiscutible del interés de toda la clase trabajadora, en que les acompañase la simpatía pública?

Por eso quieren las compañías quebrantar a este enemigo terrible, a esta orden que ya es capaz en un día dado de dejar sin *tramway* a las ciudades de Nueva York, New Jersey y Brooklyn, a tres inmensas ciudades; y de levantar a una voz cien mil pesos para el socorro de una huelga, y advertir a sus miembros que se preparen para otras diez colectas más.

Las avenidas quedan tomadas a los primeros peligros, y las bases se están sentando para ir resolviendo en paz los que vengan.

De todos estos movimientos resulta un adelanto indiscutible, que como es en el camino de la justicia, lo es también en el del orden. No son solo demagogos y filántropos, no son solo fanáticos y teorizantes los que abogan por el estudio inmediato y la reforma eficaz de las

relaciones entre los elementos de la producción industrial, entre las empresas y sus empleados.

Prensa, púlpito, Congreso, Presidente, país, todo aboga a la vez por la justicia y urgencia de atender a la reforma de la organización industrial, a la moralización del sistema interior de las empresas, a la purificación del sistema de compañías por acciones, a la distribución equitativa de los productos de la industria, al establecimiento de tribunales de arbitramiento, que ahora se miran como recurso salvador.

Lo serían, si pudiera compelerse, ya a los obreros, ya a las empresas a que depusiesen ante ellos sus derechos civiles y personales, en cuya virtud, en tanto que no violen el derecho ajeno, pueden resistirse a acuerdo alguno. Pero así y todo los tribunales de arbitramiento, con poder oficial para investigar, son un recurso de salvación, porque si un tribunal respetado, que no es de empresarios ni de obreros, presenta al país un caso y enseña de quién es la culpa, puede estarse seguro de que el clamor público compelerá al culpable a reconocer el derecho ofendido, y a dejar de ser obstáculo a la seguridad de la nación.

Ni cabe ya ir atrás en lo que se ha andado. Hay industrias enteras que tienen reconocida la Orden de los Caballeros del Trabajo y están distribuyendo en paz sus productos conforme a su sistema de repartición equitativa: para el capital empleado, un tanto por ciento de las ganancias; para los obreros que la hacen producir, otro tanto por ciento, ajustado el todo en contrato formal con arreglo a las condiciones económicas de cada industria. En cuanto a huelgas y a asedios, ya se ve que el país reconoce sus razones, pero no soportará mucho tiempo sus excesos.

Y para bien de la gente de trabajo, queda probado que la Orden de los Caballeros, que quiere hacer de los trabajadores un ejército temible por su organización y cultura, abomina las huelgas y condena las violencias que en ellas se provocan, si bien tiene entereza bastante para mantenerse al lado de los que las deciden, cuando en esto se ofende por las empresas aquella dignidad humana que los hombres siempre estiman, hasta en los mismos crímenes que engendran.

Así, vayan por donde vayan las huelgas presentes, quedarán por ahora las líneas generales.

No parece que venza la de los ferrocarrileros del Sudoeste, ni la de los *tramways* de Nueva York, por el pecado capital de haber sido dictadas sin razón bastante en relación a su importancia y consecuencias, y por el error de haber querido violar a mano armada, la propiedad y el derecho de las compañías, y el derecho al trabajo de los nuevos empleados de ellas.

La Orden de los Caballeros, fortalecida moralmente, a pesar de su derrota, por el unánime encomio de sus principios y métodos, verá probablemente reorganizada con mayor fuerza su constitución en las nuevas elecciones de la asociación.

El elemento fanático, entre los trabajadores, quedará, por algún

tiempo al menos, sometido al elemento prudente.

Senadores, diputados y gente de pensamiento parecen sinceramente decididos a abrir anchos caminos de paz a las dificultades posibles. En Washington la comisión de arbitramiento está oyendo, en interesantísimas sesiones, a todos los prohombres de la huelga del Sudoeste, y a Jay Gould, el millonario duro y desdeñoso que preside en el ferrocarril, mas no en el cariño público; a Powderly, el gran maestro de la Orden de los Caballeros, que puede, con las herramientas del trabajador componer, acostado sobre tierra, una máquina rota, y, con la augusta serenidad del hombre de Estado, reprimir en el pecho robusto las oleadas de la indignación, para que no se perturben en la mente los pensamientos de justicia. Solo el que se manda, manda.

La comisión irá luego al lugar de la huelga, investigará en ella, y dirá al país de quién fue esta vez la culpa.

Por lo pronto, ya son oídos a la par, sin diferencia alguna de respeto, el Gould, el buhonero de genio que ha olvidado en la prosperidad las miserias con que empezó su pasmosa fortuna, y el Powderly, el mecánico generoso, que ha preferido a su adelanto personal la consagración a la defensa de los derechos de la gente humilde.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 6 de junio de 1886.
[OC, t. 10, pp. 417-424]

PRIMAVERA

Los quehaceres de la cuaresma.—La mujer en los Estados Unidos.—La hermana del Presidente.—El Presidente se casa.—La hermosura de Miss Folsom.—Cleveland en lo doméstico.—Cómo recibe Cleveland.—Cleveland y el Congreso.—Los proyectos de ley.—Acuñación de la plata.—Reforma de la tarifa.—Derrota de un proyecto para aumento del ejército.—Obreros y soldados.—El Senado de barba blanca.

New York, mayo 2 de 1886.

Señor Director de *La Nación:*

Está mayo al romper, y ya pasados los ardores primaverales de las huelgas, se ve la sangre nueva en las mejillas de las damas, en la energía de las diversiones, en la asiduidad del Congreso, en los ramos de rosas.

Hasta una asociación ha traído la primavera, una asociación de señoras, para que no se usen más como adorno de los sombreros de mujer los pájaros muertos: ¡oh, si en una tierra de gigantes como montañas, usasen las señoras como adorno a nuestros hijos!

No sé qué tiene la luz, que llena el alma de afectos compasivos: se deshielan en el alma, a los primeros estremecimientos del calor, la fantasía, la bondad, el brío heroico.

Parece toda la ciudad un árbol de mañana, donde juega la luz y pían los pájaros. Todavía no ha muerto la fiesta pagana. El hombre es pagano.

La cuaresma ha acabado, y acá es de notar la cuaresma por el febril ardor con que en ella se consagran las señoras a diversiones recatadas y piadosas.

No les deja la piedad un momento de reposo.

Bailes no hay, porque no es de buen tono: y como no se reúnen para bailar, se reúnen para coser, para tomar un tentempié, para ensayar cuadros plásticos, para estudiar los simpáticos atrevimientos de los pintores impresionistas, que acá han mandado este año sus obras mayores, y tienen ya de su lado mucha opinión: y lo que les queda de noche a las piadosas damas, lo emplean en ir a ver carreras griegas y juegos de elefantes en el circo de Barnum, o galas de domador en otro circo donde un profesor Gleasen hace maravillas en eso de sujetar caballos viciosos y corregir resabios: mucho sombrero de pompones, y mucho traje liso y ajustado, se ve en el circo del profesor Gleasen, porque acá gustan las cosas de fuerza, y es en la mujer innata la afición a quien la muestra o la doma: aún en los Estados Unidos, el alimento natural de la mujer es lo extraordinario.

Visten ahora las damas, pasadas las exhibiciones de invierno, unos trajes ingleses sin paramentos ni pomposidades, que respetan la

perfección de la naturaleza y la realzan: solo son bellos, en hombre y en mujer, los vestidos que siguen la línea humana.

A la hermana del Presidente parecerán bien sin duda esos modestos trajes: y sí que fue curiosa una carta que escribió hace poco a una amiga suya, respondiendo a otra en que un clérigo anciano la acusaba de envalentonar con su ejemplo maneras de vestir que no son decorosas: ni con el natural deseo de parecer hermosa, ni con el encanto aún mayor de la honestidad riñe la opinión de Miss Rosa Cleveland, para quien no es deshonesto el traje que deja al desnudo el cuello y los brazos, armonía viva que no hay por qué esconder, sino aquel traje que muestra el busto: «siempre hay una línea entre el cuello y el busto—dice la señorita Rosa—que el recato enseña, y toda mujer conoce: y la mujer de sociedad que pasa de ella, pasa porque quiere, porque no lo necesita para parecer elegante y hermosa».

Como una circular paseó esta carta por todos los diarios de los Estados Unidos, así como pasea ahora, con mucho enojo del novio, la noticia de que en junio, a los primeros rayos vivos del sol, se casa el Presidente con una hermosa señorita de educación segura y gustos castos y serios: es una Miss Folsom, de rostro claro y bello, sin esos enrejados sobre la frente que en Venezuela llaman «pollina», y encubren lo mejor del rostro y del alma: dicen que es de tez blanca y pelo castaño, y que sus dos grandes ojos reposan en sus anchas cuencas, como dos huevos de paloma en sus nidos.

No es de esas señoritas doradas, señoritas huecas, barnizadas de escuela normal y de París, sin más alma por dentro que una bolsa de seda o un gusano: sino ese otro tipo de mujer de esta tierra, que ya se va acabando, y viene de los puritanos en vía recta, esa mujer de lo que llaman acá Nueva Inglaterra, para quien la pasión es un extravío, pero en quien es raíz el deber, y la falta imposible.

Tienen esas mujeres una majestad sobria, que no sería mal comparar a la de las estatuas griegas: el pie es ancho, pie de «sentido común»: la mano es larga y remata en punta, como la de las razas que se afinan: llevan sobre el cuello blanco la cabeza bien torneada, que no invita al pecado, no, sino al saludo.

Jamás se visten de colores recios: parece el negro su traje natural.

Saben, de veras, de cosas altas y teológicas, y de literatura patria e inglesa: poco de arte: poco de la desvergonzada y odiosa avaricia de la neoyorquina moderna, que cuando se la toca, como esos maniquíes de ladrones llenos de campanillas, suena toda a moneda.

De aquel arrogante tipo dicen que es Miss Folsom, que ahora pasea en Europa con su madre, para evitar acaso curiosidades y hablillas, que al Presidente Cleveland sacan de quicio.

Él parece ser, en lo privado, persona de gran bondad real y de hábitos bruscos, que no llegan a romper con la cortesía, ni le dan más que lo que es muy de menester. Con los humildes, el Presidente es afectuoso: con enviados diplomáticos y gente de esta pro, es burdo y

descompuesto; como quien se pone una pieza de vestir que no le asienta, y quien desdeña lo meramente formal: con los platicadores de oficio no tiene paciencia, y dicen que lleva siempre en la cara el número de minutos que ha de durar cada entrevista.

Por ingenio y sutileza no se distingue ciertamente, ni por la voluntad de asegurarse amigos con zalamería.

Es verboso cuando viene al caso, y lo muestra en sus cartas privadas, donde da vueltas en párrafos tirados al rededor de una idea, que al fin halla modo de concretar en una frase tersa; pero en lo usual no dice más palabra que la que es estrictamente necesario decir; y cómo rumia mucho cada uno de sus pensamientos, parece que no gusta de verlos discutidos por los que cree él que deben acatarlos: su extraordinaria honestidad le retiene las simpatías de los mismos a quienes trata secamente, o acaso maltrata; pero esto no lo hace, por de contado, con quien tiene ideas que darle, y derecho que representar, sino con aquellos que viven recomendándose, o recomendando a otros, y absorben el tiempo público en pretensiones interesadas o en parvedades personales.

En cambio, no ha habido Presidente que atienda más por sí propio a sus labores: en lo que él da voto, se lo tiene estudiado: pesa la voluntad ajena, pero no cede un ápice de la suya: tiene vanidad en su industria y fortaleza, y se hace un mérito de su capacidad de resistir el pensamiento ajeno, que le ha echado encima muchos apodos iracundos y mucha enemistad.

Conoce que su Congreso no le quiere muy bien, por no haber dejado ocasión a los representantes para que distribuyeran amablemente entre sus electores los puestos que antes les daba el uso; y de esta falta de simpatía apela indirectamente al público, iniciando ante el Congreso con más frecuencia que otros presidentes las medidas públicas que en los casos graves la opinión reclama.

Es un hombre nacido de esta tierra, con sus asperezas y su ímpetu.

Quien se pliegue menos, no se ha visto. Parece increíble que con una médula tan recia haya subido a tanto: porque los hombres cierran el paso a los que no se les encorvan.

La Casa de Representantes y el Senado han querido esta vez rivalizar en novedades y energía con el Presidente, ya acudiendo con medidas originales e inesperadas a los casos graves que se han ido presentando durante las sesiones, ya discutiendo proyectos de ley sobre los asuntos vitales del país, y conciliándolos de manera que hasta ahora, con positiva ventaja pública, hay paz entre ambas alas del bando demócrata.

Y una de las pruebas del influjo de Cleveland, a pesar de la entereza con que se resiste a entrar en complicidades e intrigas con los representantes y senadores, es que estos, en lo que pudieran darle en cara, no le dan, sino se inclinan a las medidas que él públicamente favorece.

En dos causas debe buscarse esa influencia: o en una habilidad superior, que no es habilidad de cortesano, para sujetar y atraer a aquellos mismos a quienes no se complace ni solicita, o en el hecho de estar Cleveland en casi todo lo que desea del lado de la opinión pública.

Parece, pues, que en política se puede una que otra vez ser sincero y honrado.

No siempre es menester comprar el triunfo personal a cambio de compadrazgos repugnantes, y de concesiones secretas o disimuladas de los bienes públicos.

El que está con el país, bien puede afrontar que no lo quieran muy bien en el Congreso, pues este ha de cuidar, por su bien propio, de ponerse del lado del país.

De esta manera se van salvando, en sentido reformador y librecambista, los proyectos de ley de más alcance.

Para la acuñación de la plata, a que el Presidente es hostil, había dos proyectos: el de los amigos de los que la producen, que pedían su acuñación ilimitada: el de los economistas vigilantes que querían su suspensión total: ¿por qué ha de estar comprando la nación cada mes a precio de oro dos millones de plata en barras, que luego nadie le compra en moneda, o solo le compran a precio de plata? ¿A qué ruinosa depreciación no llegará al fin la moneda de plata el día que el gobierno se vea obligado a sacar del tesoro los millones ociosos que allí tiene guardados, solo para que los mineros del oeste puedan ir saliendo de su producción excesiva? ¿Qué sistema de protección es este, que consiste en imponer a la nación una gran pérdida en sus fondos, que viene a ser como una contribución general indirecta, en beneficio de unos pocos poseedores de minas?

Pero estos son muy perversos aún para ser vencidos: trae en sí la plata el secreto de vencer; tiene muchos amigos la plata.

No se pudo, pues, lograr la suspensión del cuño; pero tampoco pudieron lograr sus amigos la acuñación ilimitada.

Otro proyecto importantísimo que va adelantando con probabilidades de éxito, es el de la reforma de la tarifa. Se ha probado que el lino y la lana, protegidos con fuertes impuestos interiores, no pueden cultivarse al precio del mercado, a pesar de haber una demanda excesiva por los artículos de lana.

Los fabricantes de artículos de lana están al cerrar sus telares porque como el material primo que cuesta acá tan caro entra libre en Inglaterra, los fabricantes ingleses inundan este mercado de sus productos buenos y baratos a pesar de lo altísimo de los derechos.

Los fabricantes del país no pueden pagar, por lo mucho que les cuesta la producción y lo poco que venden, el precio que a los criadores de ovejas les cuesta la lana.

¿Cómo se quiere mantener, si no por un miedo torpe, un derecho de importación que tras largos años de tarifa protectiva no permite criar las ovejas ni tejer su lana sino con una gran pérdida de criadores y

tejedores, y una gran presión sobre los compradores generales del país?

El proyecto quiere que entre libre la lana, libre el lino, libre la sal, libre la madera, libres o casi libres casi todos aquellos artículos de importancia para el abrigo, el vestido y el alimento de los habitantes del país, aunque teniendo en cuenta todas estas reducciones lo muy crecido de los gastos públicos, y la mitad de la deuda de la guerra que está aún por pagar, por lo cual la tarifa necesita ser todavía alta por algunos años, para ir afrontando las expensas legítimas de la nación, a la vez que se va poniendo en capacidad a las industrias, entumecidas hoy por una protección desatentada, de producir en precios que les permitan llevar sus frutos a los mercados extranjeros, sin forzar a toda la nación por el interés de unos pocos fabricantes, a comprar caros los artículos de uso.

El problema de la industria, que se ve amenazada acá de muerte por producir demasiado y caro, necesita urgentemente esa reforma, que, conservando lugares de trabajo y posibilidad de buen salario y vida barata a los obreros, ayuda además a resolver el problema del trabajo.

No hay que decir que los fabricantes poderosos, que tienen aún ganancias antiguas acumuladas, se oponen con encono y éxito a un sistema de rentas públicas que, por lo pronto, mermará el actual consumo de sus frutos.

No quieren ver que es un consumo innatural y violento: que no puede mantenerse con justicia un sistema económico que, después de una época larga de prosperidad asombrosa, viene a parar en que el siete y medio por ciento de las fábricas del país están sin empleo.

No quieren ver que con la marea del trabajo que sube, con la cólera y el descontento de un pueblo de pobres sin qué hacer, o con qué hacer a precios ruines, no es ni prudente, ni posible, sostener a precios altos los artículos necesarios para la vida que la nación sabe que puede comprar baratos.

Ni la justicia ni la previsión se imponen; sino el miedo a problema amenazante, y como el gobierno colecta hoy por derechos anuales casi fijos $335 000 000, y a todo gastar solo necesita para los expendios públicos 305 000 000 de pesos, ni el país, ni los proteccionistas, se atreven a oponer gran resistencia a una reforma en la tarifa que solo producirá en total unos $25 000 000, de rebaja en la renta y traerá las ventajas de ir abaratando la vida en una época en que escasea el trabajo, de ir suavizando la existencia de los pobres en momentos en que parecen poco dispuestos a la resignación, y de ir poniendo al país, por el principio de una reforma gradual, en condiciones de una producción racional, remunerativa y permanente.

Fue vencido otro proyecto de ley muy importante. El general Logan lo propuso: Logan, que figuró como segundo de Blaine en la última candidatura republicana, y ahora se enseña de todas maneras, y se vale de las artes sociales de su culta esposa, y no pierde ocasión de presentarse ante el país con medidas de bulto, para ver si consigue,

como pudiera ser que consiguiese, el primer puesto de la candidatura en las próximas elecciones.

El proyecto en sí no era muy grave, sino en lo que significaba, y en lo que hizo decir. Logan es general, y pretendía que se aumentase el ejército permanente en cinco mil hombres, y se reorganizasen las cuatrocientas treinta compañías de ahora, con cincuenta más.

«¿Para qué se quieren esos soldados?, dijeron dos o tres senadores: ¿para tener preparada una fuerza que contenga por las armas las demandas justas de los obreros? Bondad es menester, y atención a su derecho, más que amenazas!»

«Pues yo, dijo en el debate el general Hawley, como obrero siento, y al lado de muchas huelgas me he sentado; y por honor y bien de los obreros mismos, si hay bribones que se valen de sus revueltas para tomarse lo ajeno y asaltar la paz pública, y si hay demagogos que so pretexto de servirlos les encienden la sangre con declaraciones violentas, si obreros o bribones destrozan lo que no es suyo, no permitiría yo que así me engañasen y pusieran en descrédito, y con las armas haría cumplir la ley a los que la violasen, y tendría a los demagogos por mis mayores enemigos!»

El proyecto de ley fue rechazado; y otro que reduce los 25 000 hombres de las 430 compañías a 320, lleva camino de ser tomado en consideración.

Los senadores son todos personas de barba blanca. Es verdad que los obreros tienen sus demagogos, y muy viles que son y muy dignos de la picota; pero también tienen su demagogia las clases altas y para nadie es misterio, desde los tiempos de Grant, que las gentes de dinero, iglesia y milicia se preocupan más en acumular medios de ataque contra los humildes que van subiendo, que en descabezar sus iras poniendo honrado remedio a sus legítimas angustias.

El Senado de barba blanca ve que este pueblo está amasado con trabajadores,—que en la hora de los recuentos no hay aquí castas bastante numerosas para afrontarlos,—que nada excita tanto a la violencia como el desafío y la preparación prematura contra la justicia. La prudencia ha estado, pues, de parte de los que abren los brazos, y no de los que han querido armarlos.

José Martí

La Nación. Buenos Aires, 17 de junio de 1886.
[Copia digital en CEM]

Los trabajadores se apaciguan.—Los prudentes van venciendo a los fanáticos.—Las calles en Pascuas.—Exhibición de pintores impresionistas.—Un *Estudio* de Roll, el *Marceau* de Laurens, el *Hamlet* de Manet, la *Carrera de caballos.*

New York, mayo 2 de 1886.

Señor Director de *La Nación:*

Cuando los mismos trabajadores dan el ejemplo del comedimiento, no toca a las gentes magnas de la república ser menos comedidas que ellos. Porque la enseñanza de estas huelgas no ha sido vana: tanto en Nueva York como en el sudoeste, pasados los primeros desaciertos, las riendas parecen ya estar en manos de la junta ejecutiva de la Orden de los Caballeros.

La junta está presente en el teatro de las huelgas, y no permite acto ilegal, así como no deja, con habilidad de floretista, ataque de las empresas sin respuesta.

Da gozo verlos disponer por artes de paz su pelea: las empresas pueden resistir las huelgas porque tienen su capital acumulado: los trabajadores han aprendido la lección, y han imaginado modos de acumular su capital.

No hay miseria entre los diez mil huelguistas del ferrocarril: la junta recibe de todas partes caudales ordenados, por miles de pesos al día, y los reparte con orden: la huelga, que en el primer momento se escapó de las manos de los directores, ha vuelto a ellas; no esperan vencer «matando» locomotoras, descarrilando trenes, quemando corrales de heno, agujereando a balazos los pechos de los alguaciles: esperan vencer ante el tribunal de la opinión, ante las legislaturas de los estados, ante los tribunales de la ley.

Las compañías de ferrocarril con la complicidad de legisladores y jueces venales, han falseado las leyes públicas, y poseído y distribuido de mal modo su riqueza.

Herirlas en su riqueza mal ganada, someterlas a la confesión de su organismo interior, ir desintegrando poco a poco el caudal enorme que han amontonado por la fusión ilegal de empresas contendientes, privar de empleados nuevos a las compañías por el medio sencillo de pagarles con el fondo de la Orden, lo que les va a pagar la compañía, reducir a la empresa a no tener quien le arregle las locomotoras, ni le rehaga las piezas, ni atienda a los múltiples quehaceres de los caminos férreos con el cuidado diario que requieren: esos son los medios que la Orden de los Caballeros del Trabajo propaga y ejecuta para reducir a la empresa del ferrocarril a tratar a los obreros unidos como corporación necesaria y respetable.

En New York se ve aún mejor, hoy mismo, la manera con que obran estas asociaciones. En una empresa de *tramways* hay 1300 trabajadores en huelga. Los empleados unidos de las empresas de *tramways* de las tres ciudades, New York, New Jersey y Brooklyn, son unos 12 000. Cada uno de ellos conviene en dar a la semana su sueldo de un día, $1,50, para los gastos de la huelga.

La huelga, pues, puede repartir a sus obreros ociosos $18 000 cada semana entre 1300 trabajadores. No les da mucho más que eso su mismo salario.

La compañía, mientras tanto, pierde caballos y pierde crédito, pierde sumas grandes importando de ciudades vecinas conductores inútiles, y atrayéndose con dádivas desusadas gente nueva. Véase de qué manera práctica y temible se empeñan ya estas batallas, cuya significación viene de tan hondo, y va tan lejos, que los graves excesos que han señalado estos movimientos de la gente obrera no han bastado a apagar la simpatía que inspira la convicción general de su justicia.

En estos días de Pascua, andan por las calles remozadas, y como vestidas de luz, ramilletes de niñas que estrenan sus ajuares nuevos,—ramilletes de hombres azules, que son las patrullas que la huelga mantiene para que no se cometan desórdenes en su nombre,—ramilletes de señorines de cara a lo Enrique III que van del brazo de damas suntuosas a ver los montes lilas, los trajes colorados, los paisajes hermosos, los desórdenes en verde y azul de los pintores impresionistas.

Durand-Ruel es su apóstol en París, y ha mandado a New York una exhibición lujosa.

Entremos. Todo el mundo entra. Acá se ama lo japonés y extravagante, que han sacado de sus quicios de razón a la buena escuela de los pintores al aire libre.

¿Por qué afean su santo amor a lo verdadero con el culto voluntario de lo violento o lo feo? Manet es grandioso; Laurens admira; Roll, Lerolle, Huguet enamoran. El modo es crudo; pero la idea es sana, y el efecto fuerte y bello; pero ¿a qué rebuscar, como hacen los neoimpresionistas, esas brutalidades de la naturaleza, donde a manera de lámina china, los planos se superponen sin sombra que los ligue y ablande, y sobre una agua escamosa se aboca como una hoja de cuchillo una playa verde sin gracia y sin nobleza?

Pero ¿a qué hablar de lo malo? ello se cae solo. No hablar, ya es hablar mal. Solo en los casos de reincidencia en el delito, deja de ser la crítica una pedantería. Admirar hace bien y da salud.

Lo que se lleva primero los ojos es el *Estudio* de Roll: una mujer desnuda, en los secretos de la selva, abraza medio desmayada a un ternero robusto. De cerca, manchas, pastas, corrientes de color, atortamientos, edificios de pintura. De lejos, parece que se sale del lienzo iluminado el belfo del ternero, un belfo admirable, apretado, como de quien concentra en sí lo que le place: el ojo satisfecho, a medio

cerrar, lánguido, misterioso, pleno, tierno. La mujer, medio caída, rojizo el rostro, la boca sonriente, con la mano izquierda aprieta el belfo grueso contra su cabeza inclinada, con la derecha se sujeta de un ijar: la luz se entra por el cuerpo desnudo a grandes manchas y saca en relieve su belleza humana, amplia la cintura, breves los ornamentos del busto, cumplidas las treinta gracias latinas. El fondo, verde y espeso, con unas cuantas flores de selva, blancas: el suelo, revuelto, herboso, estropeado.

¿Quién no conoce el *Marceau* muerto de Laurens? Allí no hay dolor barnizado, sino vivo: aquellos son hombres que lloran, y gloria que se va,—no vestidos de alquiler sobre modelos de Academia! Todo el mundo conoce el escorzo atrevido de Marceau: el adorable rostro tiene aún las sombras de las alas del alma: vestido verde, con trencillas blancas, faja rosa, botas; la mano calzada de guante amarillo, tiene en los dedos rígidos la empuñadura del sable corvo, con luz en la punta. No hay lujo en la camilla: sobre la sábana, una colcha lacre con rosas blancuzcas: sobre la colcha un paño rojo: bajo la cabeza, una almohada blanca; detrás, haciendo fondo y cabecera, un cancel amarillo.

¡Qué viejo, el que llora sentado en el sillón blanco que está junto a la camilla! No se le ve la cara; pero cuentan su dolor la mano que se la cubre y lo ajado de sus vestidos.

¡Qué otro triste, el que llora apoyado sobre la cabecera de la camilla! Casaca azul, peluca blanca: ¡Qué desconsuelo irremediable el del soldado de la capa gris! ¡qué terrible pena, pena de esas que abaten y atraen el cuerpo a tierra, la del caballero de casaca blanca de galón dorado, espadín de puño de oro, y faja verde! Viendo el cuadro, el grito sale a los labios: ¡qué grande debió ser ese muerto!

Ahí está Faure vestido de Hamlet. Lo pintó Manet. Es Hamlet de veras, no de esos Hamlet de caverna, que parecen emanaciones de antro, sino un alma tierna, que en el terror de la indignación concibe venganzas que la mente culta no se atreve a cumplir: con una mano tendida, en que le arrastra la capa, expresa su duda: con la otra empuña la espada a medio embestir: anima el negro de la ropilla una gola corta de ribete azul: el ojo es fijo, como de quien quiere saber lo inmenso y no lo sabe: el muslo es delgado: la pantorrilla llena: no hay línea que separe el suelo del ambiente: la figura sobresale en fondo gris.

Otro Manet, es una *Carrera de caballos:* allí está en su poder y en sus desaciertos. Manet tuvo dos padres; Velázquez y Goya: en *El bebedor de ajenjo,* en *El mendigo,* en *El filósofo* todavía no ha salido de Velázquez; en el *Fifre de la Garde,* un beso en traje de soldado, un picolín que toca con empeño su pífano, es Manet propio, que destaca sin sombras la figura, con soberana lealtad de efecto y atrevimiento de color.

En esta *Carrera de caballos,* como en otros cuadros suyos, Manet es el Goya de los castigos y las profecías, el Goya de los obispos y los locos que por ojos pinta cuevas, y remordimientos por caras, y harapos por miembros, todo a golpes y a manchas.

Pero en la fantasía cabe ese exceso, porque allí se ve todo deforme y

en bruma, y aquella orgía de formas añade al efecto mental de los lienzos. En lo humano, como esta carrera, solo una belleza cabe al cuadro, que la tiene en eso suma: con pintas, con motas, con esfumos, con montículos de color, sin una sola línea, se ven carruajes, caballos, parejas sueltas en mucha amistad, las tribunas cargadas de gentes, las oleadas de sombreros, cintas y sombrillas: detrás el cerro, casas, arbolillos, grietas, y el sol, que lo inunda y baña todo: por el borde del cuadro, junto al espectador, bruñidos, como figuras de Alma Tadema, pasan dos magníficos caballos, de ojos redondos e hinchados, que flamean como los de las quimeras.

No hay tiempo para más; ni para la gran pintura del órgano, de Lerolle; ni para la bailarina española, de Manet; ni para los paisajes árabes de Huguet, que son agua de mar, caballos vivos, color de cielo. Ni para una admirabilísima criatura de Renoir, en que se deja el alma presa, como en los ojos de la maja de Goya.

Los impresionistas menores, con las furias de la mocedad, son un frenesí de azul, verde y violeta.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 19 de junio de 1886.
[Copia digital en CEM]

CORRESPONDENCIA PARTICULAR
PARA *EL PARTIDO LIBERAL*

Sumario.—El alzamiento de los trabajadores en los Estados Unidos.—Motivos y antecedentes del alzamiento.—Aspectos originales del problema obrero en los Estados Unidos.—Nacionales y extranjeros.—Peligros de la inmigración.—Angustia de las industrias norteamericanas.—Lo que los alemanes se trajeron: Schwab, Spies, Most.—Escena de los motines de Chicago.—Una bomba de dinamita: casas asaltadas: tiendas despedazadas: batallas en las calles.—«¡En fila, hombres!».—Métodos de Europa y métodos de Norteamérica.—Los Caballeros del Trabajo condenan a los anarquistas.—Orígenes, composición y tendencias de la orden de los Caballeros del Trabajo.—El anciano Uriah Stevens.—Programa y medios legales de la orden: cómo creció y cómo lucha.—El fin del siglo.

New York, 15 de mayo de 1886.

Señor Director de *El Partido Liberal.*
México

Poner los acontecimientos de estos días en una correspondencia de periódico, es como recoger la lava de un volcán en una taza de café. Los problemas políticos, la reforma de la tarifa, la colocación de la plata, el establecimiento de un sistema nacional de instrucción, el Congreso de pueblos americanos se empequeñecen de repente ante la aparición sangrienta de la cólera de las masas trabajadoras. La batalla formidable de los dos grandes trágicos, Booth frío y silbante, Salvini tempestuoso; la pintura enérgica y desordenada de los impresionistas de París, que acá tienen ahora en exhibición sus cuadros de figuras bruscas y borrosas, sus campos lilas, sus montes amarillos, sus árboles azules; la indiscreción con que los diarios cuentan cómo va a casarse pronto el presidente Cleveland, ponderoso y de poco cabello, con una arrogante niña, una Miss Folsom, de cabellera castaña, que arranca en ondas de la frente limpia, de dos ojos grandes y serenos que parecen dormir sobre sus cuencas como dos huevos de palomas sobre sus nidos, todo, teatros, artes, chismes, juicio público de un general ladrón, prisión y juicio de un Ayuntamiento entero sobornado, todo ante los tremendos acontecimientos de Chicago palidece. La gente trabajadora se ha puesto en pie, ha comprado pañuelos rojos, se ha metido por túneles oscuros a practicar en el blanco el modo de no errar en el tiro, y con toda la variedad de los elementos diversos que la componen, mesurada en los obreros americanos, nacidos y desarrollados en el goce de la libertad, arremetedora y frenética en los obreros europeos que traen del otro continente mucha ira amasada, ha dado esta primavera una súbita

muestra de sus ímpetus, que acá contenidos, allá sueltos, se escapan de quien los quiere sujetar, como si las manos del hombre, a semejanza del pobre aprendiz de conjurado de que habla Goethe, no fueran capaces de enfrentar los monstruos que crean.

Los sucesos tremendos han sido en Chicago; pero el alzamiento es en toda la nación. En los Estados Unidos, culpables de haber traído al país por falsas doctrinas económicas un número mayor de obreros del que sus industrias pueden naturalmente alimentar, se prepara desde hace años, con celeridad y firmeza, la misma contienda justa y espantable que en los demás pueblos de industria disponen los obreros contra los que mantienen un sistema social que han decidido echar abajo. Las razones son las mismas. Las cosas no están bien cuando un hombre honrado e inteligente que ha trabajado con tesón y humildad toda la vida, no tiene al cabo de ella un pan en que reclinar la cabeza, ni un peso ahorrado, ni el derecho de pasear tranquilo al sol, tan necesario a los viejos! Las cosas no están bien cuando el que en las ciudades «agua las acciones» de los ferrocarriles, que es como aguar el vino, haciendo aparecer más vino del que hay, vive en consideración y holganza que exasperan al minero, al cargador, al guardagujas, al maquinista, a tanto mísero que tiene que contentarse con sesenta y cinco centavos al día, en lo crudo del invierno, para que la compañía pueda pagar a sus accionistas dividendos pingües sobre un capital falso, mucho mayor que el que realmente emplearon. Las cosas no están bien cuando, para que una mujer desgreñada y sus chicuelos amarillos puedan vivir en un rincón de casa de vecindad fétida, tienen que salir los hombres antes del alba, con sus vestidos de hule manchado y sus capotes rotos, con su merienda de poco peso en la tinilla de lata, a cavar, a edificar, a levantar monumentos en los lugares de aire puro y hermosas cercanías, de donde emprenden su viaje al caer la noche a sus casas lejanas, hambrientos, agrios, soñolientos, a comer, a beber, a crear de prisa y en las sombras, entre vapores de cerveza y boqueadas de odio, una generación de anémicos que nace ebria.

Las razones son las mismas. La concentración rápida y visible de la riqueza pública, de tierras, de vías de comunicación, de empresas, en una casta acaudalada que legisla y gobierna, ha provocado la concentración rápida de los trabajadores, quienes solo apretándose en liga formidable, que a un tiempo deje apagar los fuegos en los hornos y crecer yerba en las ruedas de las máquinas, puede oponer con éxito sus derechos a la altivez y descuido con que los miran los que derivan toda su riqueza de los productos del trabajo que maltratan. Las tierras públicas van cayendo todas en manos de ferrocarriles y magnates, dejando poco espacio para que mañana, cuando estos globos industriales estallen, cuando la producción excesiva de las industrias se reduzca a las necesidades reales, puedan los obreros sin empleo ocupar la tierra, industria sabia que nunca se cansa! Las corporaciones,

compuestas de príncipes de la Bolsa, que viven a lo monarca, hallan en su capital acumulado modo cada vez más fácil de compeler a los obreros a trabajar por la pitanza mísera que la empresa requiere, para poder repartir sendos millones a sus caballeros principales. Si eso sigue, pronto no habrá tierras en que refugiarse, ni modo de resistir a las corporaciones, que por la virtud de sus caudales sacan triunfantes en las contiendas del sufragio a los que hacen las leyes para su provecho, y las aplican en beneficio de los que los encumbran o pagan. Esto avivó en los pensadores de la clase obrera el deseo de remediar sus males.

Pero como en cada país se dan los problemas en consecuencia del carácter propio del país de los elementos que lo forman, este problema del trabajo se da aquí con elementos originales; y por esa magnífica virtud de la Libertad, que retiene siempre al borde del abismo a sus hijos, parece presentarse en los Estados Unidos, a pesar de sus últimos alardes sangrientos, con una mano llena de heridas y otra llena de bálsamos. Pues qué ¿cien años de ejercicio libre del hombre, habían de ser perdidos?

En el actual problema del trabajo en los Estados Unidos se reflejan todos los elementos que han entrado en la formación de su clase trabajadora. Del propio país fueron naciendo las injusticias y la indignación, que es la sombra de ellas, pero los obreros del país, que las sufrían, y los que han crecido en el ejercicio de los hábitos republicanos, hechos a mudar y hacer mudar cada cuatro años los oficios públicos, y a discutir y ver sucederse en paz las leyes, no pensaron en buscar fuera de ellas sino en ellas, el cambio de organización industrial que se requiere para que el obrero tenga en su pueblo la independencia y goces a que le da derecho su utilidad.

De muchas partes a un tiempo fueron surgiendo a la vez las mismas tentativas infantiles. Un maestro o pequeño capitalista, se resistía a pagar a los obreros el salario en que estos estimaban su labor: pues todos los obreros de la fábrica se coaligaban para abandonar a una el trabajo y obligarlo por esta fuerza indirecta a lo que no lo obligaba la justicia: y si aún resistía, como que todos los obreros saben de sufrir y se sienten hermanos, rogaban a los demás obreros que no comprasen los artículos de la fábrica asediada. Así nacieron las huelgas, los gremios, los asedios que llaman *boycott* ahora, aunque ya en 1830 hubo aquí boycoteadores, que castigó la ley, por cierto. En cada ciudad se fueron agremiando los obreros de cada ejercicio contra los empresarios y fabricantes rapaces que les trataban mal en su salario o su decoro; y pronto estuvieron llenos los Estados Unidos de estos gremios, de *trade-unions*. Ellos discutían, trataban, daban y oían razones, vencían o eran vencidos. Los de una ciudad se iban uniendo a otra. La unión de fines llevaba a la comunidad de métodos. Se empezó a hacer entre los obreros una cadena de dolor. Los que tenían trabajo se complacían en ayudar a los que no lo tenían a resistir, aunque siendo pobre la condición

de todos, y las batallas muchas y frecuentes, las bolsas no llegaban por lo común a donde las voluntades.

En esto se iban acentuando las condiciones más peligrosas hoy del problema. El afán de producir y la necesidad de emplear los caudales que levantaron las cosechas, las minas de oro y plata, y el crédito, habían puesto en pie en los Estados Unidos, protegidos por una tarifa alta de entradas que hace la producción cara, una muchedumbre de industrias, que con un pueblo rico y envanecido a la mano, tuvo al principio, mientras fue creciendo, un mercado generoso que, como que poseía caudales de sobra, no se negaba a pagar caros artículos de fábrica americana que sin la tarifa alta de derechos hubiera podido introducir baratos de los países europeos. Con la decadencia de las minas, con la imitación y falsificación en Europa de los artículos útiles de fábrica americana, con el exceso de producción agrícola en todo el universo que trae naturalmente la baja de los precios, con el desarrollo del arte, la vanidad y el lujo, que aumenta la importación de los artículos que los satisfacen, fue poco a poco reduciéndose la industria americana al extremo en que está ahora y la sofoca: al extremo de tener que producir caro, en cantidades enormes, productos inferiores o iguales a lo sumo, a los de igual clase que se hacen en los países europeos.

¿Qué hacer con estos pueblos de talleres? ¿Qué hacer con estos ejércitos de inmigrantes? ¿Qué hacer con estas vías de comunicación, creadas para trasportar más productos de los que en las actuales condiciones puede vender el país naturalmente? Lo racional hubiera sido rebajar la tarifa, abaratar la vida del obrero con la introducción libre de los artículos de abrigo y alimento, ir reduciendo sin sacudidas la producción industrial a aquellos artículos y cantidades que de un modo normal y constante puede el país producir con provecho, sacrificar al bienestar nacional y a la conservación de las industrias permanentes, las industrias ficticias, que son aquellas que solo pueden mantenerse merced a leyes protectoras que imponen a toda la nación, en forma de precio alto, una contribución injusta en provecho de un ramo que al fin, como todo lo violento, tiene que dar en tierra.

Pero eso no se hizo, porque pudieron mucho, como aún pueden, los industriales coaligados. No se restringió la producción. No se procuró abaratar la vida, para poder mermar sin daño el salario del obrero, ni abrir los puertos a las materias primas, para poder producir baratos los artículos de fabricación europea. Empezó la merma de salarios. Empezó la importación de trabajadores baratos. Con muchos trabajadores, habría siempre para reponer a los que se rebelasen. La depresión lenta de las industrias continuaba. Ya las ganancias antiguas no bastaban a afrontar las obligaciones presentes. El consumo no crecía y crecía el pueblo de trabajadores. No se abrían nuevas fábricas, sino que se cerraban muchas o rebajaban sus salarios o el número de sus obreros. Al malestar de los que ya estaban aquí, se venía uniendo el de los que llegaban.

¡Ay, y los que llegaban, alemanes en su mayor parte, polacos infelices,

polacos y alemanes criados en miseria y trabajados en su tierra por la necesidad de sacudirla, no traían en los bolsillos de sus gabanes blancos, en sus botas de cuero negro, en sus cachuchillas, en sus pipas, aquella costumbre y fe en la libertad, aquel augusto señorío, aquella confianza de legislador que persuade y fortalece al ciudadano de las Repúblicas: traían el odio del siervo, el apetito de la fortuna ajena, la furia de rebelión que se desata periódicamente en los pueblos oprimidos, el ansia desordenada de disfrutar de una vez la autoridad de hombres, que en vano les comía el espíritu, buscando salida, en su tierra de gobierno despótico. Lo que allá no estallaba, venía a estallar aquí. Lo que allí se engendró, aquí está procreando. ¡Por eso puede ser que no madure aquí el fruto, porque no es de la tierra!

Esos trabajadores que venían, en su mayor parte alemanes, se trajeron esa terquedad rubia, esa cabeza cuadrada, esa barba hirsuta y revuelta que no orea el aire y en que las ideas se empastan. Se trajeron a sus anarquistas, que no quieren ley, ni saben qué quieren, ni hacen más que propalar el incendio y muerte de cuanto vive y está en pie; con un desorden de medios y una confusión tal de fines que les priva de aquella consideración y respeto que son de justicia, para toda especie de doctrinas de buena fe encaminadas al mejor servicio del hombre. Se trajeron estos alemanes a Most, a Schwab, a Spies: Spies, parecido a Guiteau, un hombre chupado, un hombre mal hecho, en quien la masa no fue batida a punto para que por entre las fieras naturales saliera con toda la luz de la razón el hombre verdadero.

Most, con una lengua grandaza, como su barba, gordo, fofo, mirada de sargento enamorado, orador que en días pasados habló en New York a su auditorio con un rifle en la mano, invitando a voces a sus oyentes a que hicieran como él, y fueran a sacar de sus guaridas a todos los capitalistas, y a volar sus casas y riquezas con las bombas que él enseña en sus libros a hacer y manejar.—Schwab, persona torva y enfermiza, pelo y barba al descuido, ojos temibles bajo anteojos grandes, largo y seco. Todos hoy están ya presos. Pero estos hombres tienen tras de sí miles de adeptos, y cuando Spies, que ha sido amo de tienda, sube a hablar en un vagón, sacudiendo en la mano un fajo de los *Arbeiter Zeitung* que publica, doce mil hombres se echan por donde él va, sacan estandartes y fusiles de donde los tienen escondidos, se ponen como flor de sangre en la solapa una cinta roja, asaltan tiendas, despedazan cervecerías enemigas; empeñan batallas mortales con los policías en cuerpo, y echan sobre sus líneas una bomba de dinamita que, al estallar con infernal estruendo, deja en tierra tendidos a sesenta hombres. Es ya una batalla de siete días, que aún no termina. Quieren que el trabajo se reduzca a ocho horas diarias, y es su derecho quererlo, y es justo; pero no es su derecho impedir que los que se ofrecen a trabajar en su lugar, trabajen. No es su derecho apedrear a los fabricantes que cierran sus talleres, porque no pueden continuar produciendo con esta época de precios bajos, en condiciones que requerirían más gastos de producción.

No es su derecho perseguir con ese odio bestial de las muchedumbres a los infelices que se prestan un día a ocupar los lugares de algunos huelguistas: ¡infelices! los llevaban por las calles de vuelta a sus casas, dos cordones de policías: iban lívidos y como sin habla: las mujeres, con pañuelos encarnados en la cabeza, les enseñaban desde las ventanas sus puños cerrados y les echaban encima agua hirviendo: iban como quien se siente acabar: corría un viento de muerte, que les hacía temblar las rodillas: se escondieron en sus casas, como insectos que se entran en sus agujeros.

Los amotinados no eran ya doce mil, sino veinte mil. Cuarenta mil son los trabajadores en huelga. En Milwaukee, la ciudad de la cerveza; en Cincinatti, el palacio del cerdo, también a miles están amotinados los polacos y los alemanes; también quieren, como todos los obreros de los Estados Unidos, en huelga o no, que se reduzcan a ocho las horas de trabajo. Pero en Milwaukee la policía pudo refrenarlos. En Cincinatti el corregidor no se ha mostrado de paz, y anuncia que el que prive a otro hombre en su ciudad del menor de sus derechos de hombre libre, se verá, por la ley o por la fuerza, privado de los suyos. Solo en Chicago, donde Spies y Schwab escriben, donde incitan en las plazas públicas los oradores al incendio y a las armas, donde una mulata marcha a la cabeza de las procesiones ondeando con gesto de poseída una bandera roja, donde al sol y a la luz eléctrica, flotan día y noche de las ventanas de Spies dos pabellones anarquistas, mientras que en libros y talleres ocultos aprenden sus adeptos a manejar las armas y fabricar bombas, solo en Chicago, que es desde hace diez días un campo de batalla, se empeña a cada hora, entre la policía mermada y la muchedumbre frenética, una contienda de muerte, en que los cañones de los revólveres se disparan boca a boca, en que las mujeres ayudan desde sus ventanas a sus maridos que pelean, lanzando ladrillos, bancos, piedras, botellas, en que doce policías heroicos hacen frente, sin más cota de malla que sus blusas azules de botones dorados, a veinte mil hombres, que les disparan sin cesar, faz a faz, desde las ventanas y vagones, desde sus emboscadas, que se les echan encima y les rodean, que entran en miedo de su fuego certero, que al ver llegar en los carros de patrulla cuadrillas de refuerzo, huyen espantados por las calles vecinas, los veinte mil ante los doce! Se llevan en vagones a sus heridos. Un policía queda en la acera muerto. ¡Otra refriega a pocos pasos! Un policía muere sobre un huelguista: el huelguista le ha vaciado el revólver en el pecho: el policía con el pecho traspasado, con su enemigo por tierra, le dispara en la cabeza dos tiros de revólver. Una ambulancia llega. Está llena de pólvora la calle. Tienden en la ambulancia uno al lado de otro, a los dos desventurados. En el camino, chaqueta junto a blusa azul espiran.

¡Allá van desalados, bajo un fuego graneado de revólver, los vagones de patrulla, cargados de policías! Detienen a uno: los que van en el interior se apilan, con las cabezas bajas, para evitar los tiros, el que va

en el estribo, roto un hombro, se ase con una mano de la baranda del vagón y con la otra hasta que cae en brazos de sus compañeros, ya en pie y pistola al aire: dispara sobre los huelguistas que le atacan. Rompe a correr el carro: parece que el caballo entra en la pelea, y que el carro es su ala: los huelguistas se abaten, al verlo venir, ebrio ya el carro todo: las casas se los tragan.

Allá lejos ¿quién muere? Es un huelguista envenenado: otros más han llegado a casas vecinas. Se entraron a una botica a cuyo dueño acusan de haber llamado a la policía por el teléfono. Tiemblan allá arriba en un rincón el boticario y su mujer. La turba rompió a pedradas las ventanas, inundó la tienda, deshizo los mostradores, quebró y majó los pomos, se echó sobre las ropas los perfumes, se bebió cuanto le supo a vino.

Los que mueren del tósigo quedan detrás. Hombres y mujeres, ondeando al aire los pañuelos, arrebatando consigo a cuantos hallan, poniendo en fuga a un policía que les sale al paso caen sobre una cervecería, que han jurado devastar. En las gorras y en el hueco de las manos se beben la cerveza. Con hachas y a pedradas han abierto los barriles y hasta secarlos tienen en ellos las bocas. Caminan sobre la espuma. Ríen. Despedazan con sus manos, las alacenas y anaqueles. Todo es astilla en un minuto. Los policías llegan, y como no se les hace fuego, solo usan de su porra, una porra que tunde. Los huelguistas huyen. Pero los policías venían de otro encuentro, muchos de ellos manchados de su sangre. «¡En fila, hombres!» les dijo su capitán, al arremeter contra la cervecería. Después de vencer, tres vinieron al suelo.

Y en la noche de la bomba mortal, ¡ni uno solo se hizo atrás, ni huyó la muerte! La explosión los ensordeció; pero no los movió. ¿Qué sabían ellos si les arrojarían más de aquellas máquinas terribles? ¿No vieron venirse a tierra, como si el suelo hubiese cedido bajo sus plantas, todo el centro de su línea? ¿No oían quejidos desgarradores? «¡En fila, hombres!» Unos recogen a los muertos. Los demás, con las pistolas a la altura del pecho, avanzan descerrajándolas. Un fuego cerrado les responde. Guardan los revólveres vacíos y avanzan descerrajando los llenos. La multitud se desbanda aterrada. Sobre el suelo lívido aclarado por la luz eléctrica que fosforea en el silencio mortal, se arrastran los policías heridos, como gigantes rotos: uno cae muerto al quererse erguir sobre un brazo, con el otro vuelto al cielo, le resplandecían sobre el pecho como estrellas los botones dorados.

La indignación nacional ha sido súbita. De todas partes, de los gremios de trabajadores, de la prensa más liberal y generosa, se alza un brazo de hierro. No quieren merced para los que no merecen gozar de su libertad, puesto que atentan sin provocación contra la ajena. Esos hombres no son los verdaderos trabajadores americanos que se coaligan, que cometen errores, que ejercen presión violenta sobre las empresas que se niegan a reconocerlos como agremiados; que en las

horas de furia allí donde el frío azota más y sus angustias son mayores, vuelcan carros, incendian corrales, rompen las entrañas a las máquinas; pero no se reúnen en cuevas y agujeros a estudiar la manera más módica y sencilla de destruir al hombre, por el delito de haber creado.

Solo los que desesperan de llegar a las cumbres, quieren echar las cumbres abajo. Las alturas son buenas y el hombre tiene de divino lo que tiene de capaz para llegar a ellas; pero son propiedad del hombre las alturas, y debe estar abierto a todos su camino. Ese odio a todo lo encumbrado, cuando no es la locura del dolor, es la rabia de las bestias. Comete un delito, y tiene el alma ruin, el que ve en paz y sin que el alma se le deshaga en piedad, la vida dolorosa del pobre obrero moderno, de la pobre obrera, en estas tierras frías: es deber del hombre levantar al hombre: se es culpable de toda abyección que no se ayuda a remediar: solo son indignos de lástima los que siembran a traición incendio y muerte por odio a la prosperidad ajena.

En Alemania, bien se comprende, la vía secular, privada de válvulas, estalla. Allá no tiene el trabajador el voto franco, la prensa libre, la mano en el pavés: allá no elige el trabajador, como elige acá, al diputado, al senador, al juez, al Presidente: allá no tiene camino natural para reformar las leyes, y contrae el hábito de saltar sobre ellas: allá la violencia es justa, porque no se permite la justicia. Las reacciones serán tremendas, allí donde las presiones han sido sumas. Las justicias se van condensando de padres a hijos, y llegan a ser en las generaciones finales cal de los huesos y vicio de la mente. Estos burdos obreros de Alemania, azuzados por espíritus de odio, o por aquellos de su casta en quienes el dolor culmina en acción o palabra, vengan siglos, en su oscuro entender, cuando echan una bomba encendida sobre los guardianes de la ley, símbolo para ellos en su tierra del inquebrantable poder que los oprime. ¡De ahí la compasión de todo espíritu justo por los extravíos de esos tristes que vienen a la vida con las manos inquietas y el juicio caldeado!

Pero acá, los obreros no se han levantado como siervos, sino como hombres, puesto que tienen la práctica de serlo. Perderían en un país por largo tiempo los caracteres que lo engendraron; y tal como las rocas ígneas, quebrando las capas menores de la superficie, surgen de las entrañas del globo por entre ellas y se levantan en montes sobre la faz de la tierra, tal aquel espíritu tenaz y apostólico de los puritanos, ferviente, egoísta, armado, astuto, persiste en estos Estados Unidos en todas sus manifestaciones nacionales: él inició en John Brown, aquel loco hecho de estrellas, la guerra de abolición de la esclavitud: él produjo en un sastre de Filadelfia, en Uriah Stevens, el brío evangélico con que dio comienzo, ayudado de unos cuantos cortadores de oficio, a la lucha inspirada que con el fuego y la pureza de una iglesia nueva, entabla para la redención de la gente obrera la Orden Americana de los Caballeros del Trabajo.

Y esta Orden ha tomado sobre sí la tarea de unir en un solo cuerpo a todos los trabajadores de los Estados Unidos, para pesar con todos ellos en el gobierno y en la ley, y como que son los más, reorganizar la nación de modo que los más puedan vivir en ella libremente, sobre la tierra pública, en la paz de la cultura y en el goce modesto de la majestad del hombre. Abominan la injusticia. Sienten amor frenético por la entereza de la persona humana. Consideran como criminales a los que la merman en sus semejantes, y se sientan sobre ellos. Tienen un odio santo a los que acumulan masas enormes de riqueza pública, y a las leyes defectuosas que amparan el estancamiento en unas cuantas manos de la propiedad que debe circular entre todos, y principalmente entre los que las producen, de una manera más equitativa.

Uriah Stevens era de aquellos a quienes devora el alma, iluminándola, el sagrado bochorno de ver que hay hombres humillados y hombres que humillan. Meditó en el silencio, y tenía ya canas cuando comunicó a sus amigos su proyecto para levantar a aquellos, y abolir a estos. Rehágase, dijo, nuestro pueblo, de modo que no pueda descomponerse en castas enemigas, que no pueda envilecerse el hombre, ni siendo siervo, ni siendo señor, que aún envilece más; rehágase nuestro pueblo de manera que sea seguro el bienestar de todos, y no haya hombre que pueda abatir a hombre. Todos juntos, podremos. Es preciso comenzar por convencer a los humildes, a los débiles, a los trabajadores de que nada pueden si no están todos juntos. De una parte están los monopolios que acaparan: de otra parte tienen que estar todos los que sufren de ellos. Estando todos juntos, como que somos más, venceremos; pero no venceremos si no tenemos de nuestro lado la justicia, porque un solo hombre con ella es más fuerte que una muchedumbre sin ella. Para vencer en la realidad a nuestros enemigos, debemos haberlos vencido moralmente. El que convence a su enemigo de que no tiene razón, ya lo tiene vencido. Nada se hace sin el dios de adentro. Seamos inexorables con los que nos nieguen el producto legítimo de nuestro trabajo, y mantengan esta organización social viciosa en que un solo hombre puede tener en exceso lo que hace falta a muchos: pero seamos inexorables con nosotros mismos. El que abuse de los demás, el que negocie en los pleitos de los hombres por oficio, el que trafique con las leyes públicas, el que acumule ganancias inmorales en el cambio de manos de los productos de primera necesidad, la vil criatura que permite que el licor abuse de ella, esos no pueden entrar en nuestra orden. Estudiemos de paso y resolvamos los problemas en que podamos hacer bien a nuestros miembros, pero, por ahora, reunámonos para pensar, para saber lo que tenemos que pedir, para estudiar el problema que hemos de resolver, para enseñar a los trabajadores ignorantes sus necesidades y remedios, para afinar y acumular ideas, para que, cuando salgamos a la luz a batallar, salgamos para vencer y redimir, salgamos como una mole de justicia que se asienta; salgamos como un ejército invencible andando a pasos que resuenen en lo Eterno,

salgamos todos juntos! Así pensaba en su mesa de cortador el buen Uriah Stevens, que pudo ser rico y se quedó artesano. Cuando murió se notó que seguía viviendo. Queda del hombre la luz que infunde y el bien que hace. Hoy hay quinientos mil hogares de trabajadores donde, en las horas de sosiego, cuando hablan del porvenir de obreros dolientes, con sus hijos sobre las rodillas, vuelven los ojos con ternura al retrato de un anciano de frente espaciosa, ojos profundos, mejillas huecas y barba firme, y dicen a sus hijos: «Mira: ¡ese es nuestro Uriah Stevens!» Hay ya alrededor de él ese nimbo de luz que circunda a los hombres permanentes.

Nació él de padres ricos, y aprendió letras buenas y bellas, porque lo querían sus padres; que lo notaban puro y ardiente, para sacerdote; pero él quiso iglesia mayor, y meditó tanto en los tristes, que decidió pasar la vida entre ellos. Pensó sus hermosuras en Filadelfia, ciudad de casas y almas lisas, y de notable limpieza. En 1869 fundó la Orden con una asamblea primera de los sastres sus amigos, que se reunían con él los domingos a pensar. La virtud de aquellas ideas ganó pronto a otros gremios de la ciudad; pasó a otros pueblos: la aclamaron todos los trabajadores del Estado. Stevens creía en la eficacia del misterio, que retiene a los asociados por el placer de lo maravilloso, y aterra a los enemigos con el poder de lo desconocido. El secreto convida a la iniciación. La Orden fue al principio como una Masonería. Las palabras todas de la Orden tenían ese vigor de látigo que distingue el lenguaje de las grandes reformas. Cada Asamblea era una escuela de la ciencia del trabajo. Eduquémonos, organicémonos, movámonos. Nacieron oradores, escritores, administradores. La Orden tuvo Tesoro, celebró Congresos; se organizó en acuerdo con la organización de la República, se atrajo la voluntad de los cultivadores del Oeste por sus teorías sobre la nacionalización de la tierra, «que ha de ser para todos como la luz y el aire», y cuando, para evitar conflictos más que para provocarlos, terció en las diferencias de algunos de los gremios con sus empresarios, las razonó con tanta novedad y fuerza que en muchos casos los obreros que entraron en el trato como rebeldes, salían de él como socios de la fábrica.

Los detalles privados y los tratos con las empresas, fueron aconsejando a los cabezas de la Orden, soluciones prácticas nacidas de los mismos problemas y sazonadas con aquel respeto al derecho ajeno que hace sagrado el propio. Estas victorias dieron a la Orden vasta fama. Los gremios parciales se le unían por cientos. Todos creían llegada la hora de una victoria general. La Orden formó su mira en educar para después; los gremios, ofendidos en casi todas partes, la miraban como el medio de acelerar el cobro de sus ofensas. La Orden repudia, puesto que se tiene la razón y el modo legal de influir en la ley, todo recurso violento, los gremios menos inteligentes que la Orden, no bien se sentían miembros de ella se declaraban en huelga, ganosos de mostrar su nuevo poder: las huelgas, peligrosas siempre, solían ser prematuras e

injustas. Si las condenaba la Orden por completo, perdía una popularidad que necesita aún para su establecimiento y eficacia. Levantados los ánimos por los triunfos locales, por la fama creciente de la Orden misteriosa, por el influjo visible de sus ideas en los poderes públicos, por la recepción respetuosa que le acordaba la gente de pensamiento, vinieron a fustigar los ánimos sedientos de justicia los preparativos de resistencia de las empresas coaligadas, y las prédicas insidiosas de los socialistas europeos, que olvidan que ningún triunfo se logra definitivamente fuera del buen sentido y el equilibrio de los derechos humanos. Todavía era pequeña la casa de la Orden, una casa pobre de ladrillos que tiene alquilada en Filadelfia, para contener las impaciencias, las miserias, las iras, las demagogias abominables, las exageraciones que de todas partes se entraron con ímpetu por ella; y han amenazado echarla abajo antes de estar bien asentada!

Pareció por un momento que se le escapaba su obra de las manos: que tanto gremio nuevo colérico, ansioso como toda persona de poco alcance de soluciones inmediatas, daría de espaldas a la Orden prudentísima, que quiere explicar bien su derecho antes de demandarlo, y juntar sus cohortes antes de marchar a su conquista. La prudencia siempre fue un pecado a los ojos del fanatismo. El odio mira como a un criminal a la cordura. Pero la Orden no ha vacilado en poner su marchamo de reprobación sobre los que avivan en los espíritus atormentados de los obreros ignorantes los juegos del crimen. Condena las huelgas y los asedios, salvo cuando toda razón sea desoída. Quiere adelantar propagando. Quiere ir conciliando en su marcha, para que al llegar no sea necesario vencer. Quiere ir disponiendo un consorcio amigable entre los trabajadores que producen y los fabricantes que, con las ganancias acumuladas en trabajos anteriores, contribuyen a la nueva producción. Quiere anonadar con su justicia e inspirar fe por su templanza. Quiere fortalecerse, de manera que no sean posibles dentro de la Orden desmanes de extraviados ni desobediencias de fanáticos. Quiere hacer ir gradualmente por los caminos de la ley su ejército temible de quinientos mil hombres. Estos no son los del pañuelo rojo: estos van, pecho a pecho, guiados por un maquinista sin armas, con la palabra fuerte de Uriah Stevens en los labios. Tropiezan, caen, se levantan, han vencido muchas veces; ya tienen estados suyos: Legislaturas enteras convierten en leyes algunos de sus principios; el Congreso adopta otras; el Presidente mismo acaba de recomendar en un mensaje el medio de paz que enseñó a sus amigos el sastre de Filadelfia. Si la Orden vence en su contienda con los elementos coléricos a que resiste con aplauso nacional, el siglo acaso acabará en paz en los Estados Unidos; si el gran maestro trabajador Terencio Powderly es vencido, si predominan en los Consejos de la Orden los que no la quieren fuerte para mañana, sino agresiva para hoy, se echarán de un lado con miedo todos los que tienen qué perder y conservar, y se pondrán a[38]

hervir con nueva furia en el otro los elementos de una embestida gigantesca, que volcará sobre la tierra espantada llena de sangre la barba de oro, a este siglo sublime en que vivimos, grandes como una cordillera de montañas, desde cuyas cumbres celebran su persona triunfante, los hombres victoriosos.

JOSÉ MARTÍ

El Partido Liberal. México, 29 de mayo de 1886.
[Mf. en CEM]

GRANDES MOTINES DE OBREROS

Alzamiento unánime en favor de ocho horas de trabajo.—Los anarquistas armados.—Gran *meeting* en Nueva York.—Los policías y los anarquistas. —Espíritu y trascendencia del alzamiento obrero.—El obispo de la Iglesia Metodista conmueve al país con una plegaria por la reorganización social.—Fábricas de bombas.—Libros de crimen.

New York, mayo 16 de 1886.

Señor Director de *La Nación:*

Jefferson Davis, roído por el dolor de su vencimiento, acaba de pasear en triunfo, a la sombra de sus banderas y por calles alfombradas de flores, las ciudades del Sur que fueron hace un cuarto de siglo fortalezas de la gigantesca rebelión que lo eligió por presidente. Desde aquellos magnos años hasta hoy, no ha habido en los Estados Unidos acontecimientos más graves que los que han manchado de sangre las flores de estos mayos. Lo que se esperaba ha sido.

El problema del trabajo se ha erguido de súbito, y ha enseñado sus terribles entrañas. Se ha visto que, aunque de un modo todavía confuso, y con diversos métodos, están unidos en una misma tendencia y determinación los trabajadores norteamericanos. Es inútil ahorrar números: son 17 400 000.

So pretexto de reclamar la reducción de las horas actuales de trabajo a ocho, ha culminado en batallas campales en las plazas, y en una especie de intentona y alistamiento generales el malestar que empezó con las huelgas de los ferrocarriles y tranvías, no bien tendió a secar al sol de abril su manto lúgubre el invierno: ¡parece a veces que hay cierta fuerza moral en los rayos del sol!

Se ha visto que, en consecuencia de labores constantes, y sin necesidad de ninguna voz ni dirección fija, todas las ciudades obreras se levantaron en los mismos días con una petición unánime, y este primer estallido de una fuerza que es acaso demasiado vasta y heterogénea para que pueda echar toda por igual camino, ha revelado, como a la luz de un rayo, el tamaño de la casta triste y enorme que se viene encima, y la negrura de las minas hondas donde las criaturas de destrucción, que se acumulan siempre en las horas de tormenta, socavan con una cordura de locos, los descansos de la fábrica desequilibrada, fábrica de mármol sobre lodo, en que ocupados en la busca de oro viven hoy los hombres.

En Nueva York hubo procesiones, plazas repletas, casas henchidas de policías armados al rededor de las plazas, discursos más encendidos que las antorchas que iluminaban a los oradores, y más negros que su humo: Union Square, que tiene cuatro cuadras de cada lado, era una sola

cabeza la noche de la petición de las ocho horas: como un cinto, ceñía la gran plaza, oculta para no excitar los ánimos, una fuerza de policía, pronta a la carga: ¿cómo no, si se sabe que en New York los anarquistas leen como la *Biblia,* y compran como el pan, un texto de fabricar bombas, bombas grandes, redondas, bombas de lata, bombas cómodas, «graciosas y pequeñas como una pera», bombas de dinamita «que caben en la mano»?: ¿cómo no, si a la luz del día, porque no hay ley aquí que prohíba llevar un rifle en la mano, entran los anarquistas en los lugares donde aprenden el ejercicio de las armas las «compañías de rifleros trabajadores», y no se oye, en las horas libres y en todo el domingo, más que la marcha de pies que se clavan, la marcha terca, continua, firme, una marcha de que nadie se cansa ni protesta, una marcha de gente que se ha puesto en pie decidida a llegar?: ¿cómo no, si todo el este de la ciudad está sembrado de logias de socialistas alemanes, que van a beber su cerveza, y a juntar sus iras acompañados de sus mujeres propias y sus hijos, que llevan en sus caras terrosas y en sus manos flacas las marcas del afán y la hora de odio en que han sido engendrados?

Pero entre los que azuzan desde las tribunas a los trabajadores la noche de la reunión no hay solo alemanes, no, sino patriarcas americanos, hombres de buena fe y habla profética, ancianos encanecidos en la creencia y propaganda de una época más justa, apóstoles a lo John Brown, aquel loco hecho de estrellas.

En otros lugares, lo traído de Europa, violento y criminal, predomina en el movimiento obrero, y lo mancha y afea; pero en New York, como donde quiera que hay trabajadores, aunque los medios brutales repugnen a la gente de hábitos republicanos, se nota que el alzamiento viene de lo hondo de la conciencia nacional, y que la pasión y la voluntad de vencer están ya, para no dejar de estar, en el trabajador americano.

En la Plaza de la Unión hay grandes árboles, y de encima de todos ellos, como un cesto de lunas llenas suspendido en los aires, se vierte por entre las hojas, dibujando en la tierra fantásticos bordados, una atrevida claridad de mundo nuevo. Apiñados en ella, removiéndose, cuchicheando, ondeando, oleando, parecía aquella muchedumbre de gente ciclópea la gran taza encendida donde se transforma, en una noche luminosa, el universo.

Acá se acaba de ver, en el alzamiento general, en los arsenales anarquistas sorprendidos, en el desafío y locura de su prensa, en los motines y combates de Chicago, a la luz de los rifles y al estallido de las bombas, se acaba de ver que es colosal y viable el feto.

¿Qué quieren? Un día es más salario; otro día es más respeto; otro día, como ahora, quieren que las horas de trabajo no sean más que ocho, no tanto para que pueda entrar alguna luz por el alma en las horas de reposo, como para que se vean obligados los fabricantes a emplear a los obreros que hoy no tienen faena: pero todas estas demandas son formas

y peldaños: ha llegado ya a condensarse en acción la plenitud de amargura y encono en que su vida infeliz y desesperada tiene a la pobre gente de trabajo: ya han llegado los organizadores, los administradores, los filósofos y vulgarizadores, el ejército, en fin, que realiza las grandes reformas: unos empujan, otros maldicen, otros contienen, otros sujetan la acción mientras encuentran el remedio; pero ya todos obran.

¿Quiénes podrán más, los obreros moderados que con la mira puesta en una reorganización social absoluta se proponen ir hacia ella elaborando por medio de su voto unido las leyes que les permitan realizarlo sin violencia, o los que con la pujanza de la ira acumulada siglo sobre siglo, en las tierras despóticas de Europa, se han venido de allá con un taller de odio en cada pecho y quieren llegar a la reorganización social por el crimen, por el incendio, por el robo, por el fraude, por el asesinato, por «el desdén de toda moralidad, ley y orden»?

Ese es, en este instante, el problema trabajador, tal como queda deslindado, después de estos sucesos, en los Estados Unidos.

¿Las prácticas de la libertad habrán enseñado a los hombres a mejorar sus destinos sin violencia? Parece que sí: parece que el ejercicio de sí mismos, acá donde es perfecto, ha enseñado a los hombres la manera de rehacer el mundo, sin amenazarlo con su sangre.

Dos cosas hay que son gloriosas: el sol en el cielo, y la libertad en la tierra.

La verdad es que, por todo lo que se ve, esos motines de Chicago, esos voceos de socialistas, esos ejercicios en patios y túneles, esas odiosas violencias, son como salpicaduras de su fango ensangrentado que, con la rabia de los que mueren, echa sobre América triunfante, como una reina desdentada, la Europa iracunda. Acá se ve que la opinión en masa, la prensa misma de los capitalistas, ¡qué más, la iglesia misma, la iglesia protestante! acepta la revisión del sistema social de ahora, y va pensando en la manera de ir poniendo un poco del mármol que sobra en unas calles, en el lodo que sobra en otras.

El obispo de la iglesia metodista, una iglesia robusta y protegida por gente de caudales, envía a los templos de su credo una pastoral que causa en el país una emoción profunda:

«Basta,—dice: este edificio donde vivimos es un edificio de injusticia: esto no es lo que enseñó Jesús, ni lo que debemos hacer los hombres: nuestra civilización es injusta: nuestro sistema de salarios, asilos y hospitales ha sido sometido a prueba y ha fracasado.

«Repugna al orden de la razón que unos tengan demasiado y otros no tengan lo indispensable. Lo que está hecho así, debe deshacerse, porque no está bien hecho. Salgamos amistosamente al encuentro de la justicia, si no queremos que la justicia se desplome sobre nosotros. Por Cristo y por la razón, esta fábrica injusta ha de cambiarse. ¡Rico, tú tienes mucha tierra! ¡Pobre, tú debes tener tu parte de tierra!»

Esas palabras, que condensan las de la pastoral, han sacudido la atención, porque no vienen de filántropos desacreditados, ni de gente de

odas y de libros, sino de un gran sacerdote de mucho seso y pensamiento, que tiene una iglesia de granito con ventanas de suaves colores, y ha pasado una vida majestuosa en el trato y cariño de los ricos. ¡Bendita sea la mano que se baja a los pobres!

Pero esa bondad sacerdotal, que acá no ha sido oída ni con asombro ni con escarnio, ese sorprendente acercamiento del representante de una gran iglesia al reformador más sano e ingenuo que estudia hoy el problema del trabajo, a Henry George, no alcanza a excusar, sino que condena, como condena George mismo, a los que afean la marcha victoriosa del espíritu humano con violencias y crímenes innecesarios en un país donde hora a hora, desde todas las tribunas, pueden decir los hombres lo que quieren, y juntarse para hacerlo.

¿Que no puede la mayoría trabajadora convencer a la minoría acaudalada de la necesidad de un cambio? Pues no tiene la capacidad de gobernar con justicia, y no debe gobernar el que no tiene la capacidad de convencer. El gobierno de los hombres es la misión más alta del ser humano, y solo debe fiarse a quien ame a los hombres y entienda su naturaleza.

No: en eso ha estado la nación unánime. Se ha concedido el derecho a errar de las agrupaciones de obreros, que comienzan, desde su ignorancia y dolor, a organizarse: se empieza a conceder que el sistema de distribución equitativa de los productos de la industria debe reemplazar al sistema de salarios: se reconoce casi generalmente la necesidad de reconstituir la nación sobre bases que no impidan, como las de ahora, el desarrollo armonioso y mejorante de todos sus elementos: se confiesa que no es por cierto irrevocable un sistema social que, a pesar del pleno ejercicio de la libertad humana, lleva al odio, al desequilibrio creciente, y a la guerra entre los habitantes de un país libre, generoso y rico: se presiente sin miedo, y casi se saluda con cariño, la llegada de la era del trabajador: pero opinión, gobierno, prensa, clero, ¡qué! el trabajo mismo, se levantan contra las turbas de fanáticos que, en vez de emplear su fuerza en rehacer las leyes, fortalecen y justifican las leyes actuales con el espanto que inspiran sus crímenes.

Lo mismo artesanos que banqueros: lo mismo el gran maestre de los Caballeros del Trabajo que los capitalistas del club famoso de New York Union League: lo mismo los gremios aislados de obreros americanos que los diarios de los magnates de las bolsas, abandonan a la ira pública y a la ley a los que con su odio insensato a las instituciones que merecen, puesto que no las saben vencer en paz en un país libre, retardan la reforma de la constitución industrial, que entraña la del hombre mismo, por la alarma justa de la opinión pública sin la que es imposible la victoria.

Ni la policía, ni los jueces, ni el gran juzgado, que es la opinión general, perdona a los que han ensangrentado a Chicago, ni a los que

los imitan.

Los caudillos anarquistas están presos: a uno, a Most, lo halaron por los pies de debajo de una cama.

Las imprentas se niegan a poner en sus prensas los diarios anarquistas. Acá, donde hay flores para los asesinos condenados a morir, no ha habido una muestra de simpatía para los anarquistas presos. Los oradores y escritos que convocaron a las armas a la muchedumbre en Chicago, y presidieron a su crimen, serán probablemente acusados de homicidio ante el jurado.

La policía ha recogido en mucho antro, en casas arrinconadas, en cuartos oscuros que hacían de hospitales de sangre, en trincheras y cuevas subterráneas, vagones enteros llenos de fusiles, cajones de cápsulas, depósitos de dinamita y glicerina, moldes de bombas, bombas «graciosas y pequeñas como una pera», cerros de periódicos y circulares que llaman a crimen, libros anarquistas empastados en cuero rojo, pruebas de una red vasta de fábricas de dinamita y logias organizadas que la consumen, documentos que demuestran que una de sus prácticas es la de incendiar sus casas aseguradas para cobrar en provecho del tesoro anarquista el precio del seguro: mucha sustancia extraña se ha encontrado, que estalla al sol y al choque, mucho texto donde se enseña por diez centavos el modo de incendiar y de matar.

¡Al más noble de espíritu da arrebatos de ira esta perversión de la naturaleza humana!

Ha habido en todo el país, aún en la gente de alma apostólica, una conmoción semejante, a la que produce en una calle pacífica la aparición de un perro atacado de hidrofobia.

José Martí

(Concluirá)

La Nación, Buenos Aires, 26 de junio de 1886.
[Copia digital en CEM]

[CONCLUSIÓN] GRANDES MOTINES DE OBREROS

Los obreros de Alemania y los de Estados Unidos.—Lo que traen de Europa los obreros alemanes.—Most, Schwab, Spies.—Escenas de los motines de Chicago.—Huelguistas envenenados.—Explosión de una bomba de dinamita.

(Conclusión)
New York, mayo 16 de 1886.

Señor Director de *La Nación:*

Esos hombres no son los verdaderos trabajadores americanos, que se coaligan, que cometen errores, que ejercen presión injusta sobre las empresas que se niegan a reconocerlos como agremiados, que en las horas de furia, allí donde el frío azota más y sus angustias son mayores, vuelcan carros, incendian corrales, rompen las entrañas a las máquinas, pero no se reúnen, en cuevas y agujeros, a estudiar la manera mas módica y sencilla de destruir al hombre, por el delito de haber creado.

Solo los que desesperan de llegar a las cumbres, quieren echar las cumbres abajo. Las alturas son buenas, y el hombre tiene de divino lo que tiene de capaz para llegar a ellas; pero son propiedad del hombre las alturas, y debe estar abierto a todos su camino.

Ese odio a todo lo encumbrado, cuando no es la locura del dolor, es la rabia de las bestias. Comete un delito, y tiene el alma ruin, el que ve en paz, y sin que el alma se le deshaga en piedad, la vida dolorosa del pobre obrero moderno, de la pobre obrera, en estas tierras frías: es deber del hombre levantar al hombre: se es culpable de toda abyección que no se ayuda a remediar: solo son indignos de lástima los que siembran a traición incendio y muerte por odio a la prosperidad ajena.

En Alemania, bien se comprende, la ira secular privada de válvulas, estalla. Allá no tiene el trabajador el voto franco, la prensa libre, la mano en el pavés; allá no elige el trabajador, como elige acá, al diputado, al senador, al juez, al presidente; allá no tiene leyes por donde ir, y salta sobre las que le cierran el camino: allí la violencia es justa, porque no se permite la justicia.

Las reacciones serán tremendas, allí donde las presiones han sido sumas. Las justicias se van condensando de padres a hijos, y llegan a ser en las generaciones finales cal de los huesos y vicio de la mente: llegan a erguirse dentro del alma como un fantasma que no duerme. Estos burdos obreros de Alemania, aguzados por espíritus de odio, o por aquellos de su casta en quienes el dolor culmina en palabra o acción, vengan siglos, en su oscuro entender, cuando echan una bomba encendida sobre los guardianes de la ley, símbolo para ellos en su tierra de la hiel en que viven. ¡De ahí la compasión de todo espíritu justo por

los extravíos de esos tristes que vienen a la vida con las manos inquietas y el juicio caldeado! ¡Pero en ninguna alma honrada llega la justicia a precipitarse en crimen!

Importa mucho a los pueblos que se acrecen con la inmigración de Europa ver en qué ayuda y en qué daña la gente que inmigra, y de qué países va buena, y de cuál va mala.

Los Estados Unidos, que están hechos de inmigrantes, buscan ya activamente el modo de poner coto a la inmigración excesiva o perniciosa: viendo de dónde viene el mal a los Estados Unidos, pueden librarse de él los países que aún no han sido llevados por su generosidad o su ansia desmedida de crecimiento al peligro de inyectarse en las venas toda esa sangre envenenada.

Se sabe de cierto. Es de alemanes, de polacos, de suecos, de noruegos, la gran masa en que han prendido esas prédicas de incendios y matanzas. La ciudad de Milwaukee, es un ejemplo, y allí por poco, a no haber habido un gobernador enérgico, no queda de la ciudad más que pavesas: en Milwaukee, de cincuenta mil trabajadores, apenas diez mil hablan inglés: polacos y alemanes son en su gran mayoría.

En Chicago todos eran alemanes: un americano había, uno entre diez mil, un Parsons: ¿en qué país, no cría fieras el odio? Ese es aquí el elemento temible del problema obrero: esa Alemania y Polonia, esa Noruega y Suecia, toda esa espuma europea, se ha derramado por el país entero, y no se sabe si los trabajadores del país serán más poderosos que ella.

Esos alemanes, esos polacos, esos húngaros, criados en miseria y en la sed de sacudirla, sin más cielo sobre las cabezas que el tacón de una bota de montar, no traían, al venir a esta tierra, en los bolsillos de sus gabanes blancos, en sus cachuchas, en sus pipas, en sus botas de cuero y sus dolmanes viejos, aquella costumbre y fe en la libertad, aquel augusto señorío, aquella confianza de legislador que pervade y fortalece al ciudadano de las repúblicas: traían el odio del siervo, el apetito de la fortuna ajena, la furia de rebelión que se desata periódicamente en los pueblos oprimidos, el ansia desordenada de ejercitar de una vez la autoridad de hombres, que les comía el espíritu, buscando salida, en su tierra de gobierno despótico.

Lo que allí se engendró, aquí está procreando. ¡Por eso puede ser que no madure aquí el fruto, porque no es de la tierra!

Esos trabajadores, en su mayor parte alemanes, se trajeron esa terquedad rubia, esa cabeza cuadrada, esa barba hirsuta y revuelta que no orea el aire y en que las ideas se empastan. Se trajeron a sus anarquistas, que no quieren ley, ni saben qué quieren, ni hacen más que propalar el incendio y muerte de cuanto vive y está en pie, con un desorden de medios y una confusión tal de fines que les priva de aquella consideración y respeto que son de justicia para toda especie de doctrinas de buena fe encaminadas al mejor servicio del hombre. Se

trajeron estos alemanes a Most, a Schwab, a Spies,—Spies, parecido a Guiteau, un hombre chupado, un hombre mal hecho, en quien la masa no fue dispuesta a punto para que por entre las fieras naturales salieran con toda la luz de la razón el hombre verdadero;—Most, con una lengua grandaza como su barba, gordo, fofo, mirada de sargento enamorado, orador que en días pasados habló en New York a su auditorio con un rifle en la mano, incitando a voces a sus oyentes a que hicieran como él, y fueran a sacar de sus guaridas a todos los capitalistas, y a volar sus casas y riquezas con las bombas que él enseña en sus libros a hacer y manejar;—Schwab, persona torva y enfermiza, pelo y barba al descuido, ojos temibles bajo anteojos grandes, huesoso y ávido.

Pero estos hombres tienen tras de sí miles de adeptos: y cuando Spies, que ha sido amo de tienda, sube a hablar en un vagón, sacudiendo en la mano un gajo de los *Arbeiter Zeitung,* del *Diario de los obreros* que publica, doce mil hombres se echan por donde él va, sacan estandartes y fusiles de donde los tienen escondidos, se ponen como flor de sangre en la solapa una cinta roja, asaltan tiendas, despedazan cervecerías enemigas, empeñan batallas mortales con los policías en cuerpo, y echan sobre sus líneas una bomba de dinamita que, al estallar con infernal estruendo, deja en tierra tendidos a sesenta hombres.

Quieren que el trabajo se reduzca a ocho horas diarias, y es su derecho quererlo, y es justo; pero no es su derecho impedir que los que se ofrecen a trabajar en su lugar, trabajen. No es su derecho apedrear a los fabricantes que cierran sus talleres, porque no pueden continuar produciendo con esta época de precios bajos, en condiciones que requerirían más gastos de producción. No es su derecho perseguir con ese odio bestial de las muchedumbres a los infelices que se prestaron un día a ocupar los lugares de algunos huelguistas: ¡infelices! los llevaban por las calles, de vuelta a sus casas, dos cordones de policía: iban lívidos, y como sin habla: las mujeres, con pañuelos encarnados en la cabeza, les enseñaban desde las ventanas sus puños cerrados, y les echaban encima agua hirviendo: iban como quien se siente acabar: corría un viento de muerte que les hacía temblar las rodillas: se escondieron en sus casas como insectos que se entran en sus agujeros.

Los amotinados no eran ya doce mil, sino veinte mil. Cuarenta mil son los trabajadores en huelga en Chicago.

En Milwaukee, la ciudad de la cerveza; en Cincinnati, el palacio del cerdo, también a miles están amotinados los polacos y los alemanes.

Pero en Milwaukee el gobernador les puso freno, espantó a un alcalde polaco que fungía de bravo, y envió a la cárcel a prepararse para la penitenciaría, a unos cien cabecillas, expertos en manejar bombas y encender cabezas.

En Cincinnati el corregidor no se mostró de paz, y anuncia que el que prive a otro hombre en su ciudad del menor de sus derechos de persona libre, se verá, por la ley o por la fuerza, privado de los suyos: se puso en pie, y ordenó a la milicia que tuviese dispuestos los cartuchos.

Solo en Chicago, donde Spies y Schwab escriben, donde incitan en las plazas públicas los oradores al incendio y a las armas, donde los anarquistas hacen ejercicio diario de armas en sus patios y túneles, donde una mulata marcha a la cabeza de las procesiones ondeando con gestos de poseída una bandera roja, donde al sol y a la luz eléctrica flotan día y noche de las ventanas de Spies dos pabellones anarquistas, mientras que en libros y talleres ocultos aprenden sus adeptos a manejar sustancias siniestras y fabricar bombas.

Solo en Chicago, que es desde hace nueve días un campo de batalla, se empeña a cada hora, entre la policía mermada y la muchedumbre frenética, una contienda de muerte, en que los cañones de los revólveres se disparan boca a boca, en que las mujeres ayudan desde las ventanas a sus maridos que pelean lanzando ladrillos, bancos, piedras, botellas, en que doce policías heroicos hacen frente, sin más cota de malla que sus blusas azules de botones dorados, a veinte mil trabajadores amotinados que les disparan faz a faz, desde las ventanas y vagones, desde sus emboscadas, que se les echan encima y les rodean, que entran en miedo de su fuego certero, que al ver llegar en sus carros de patrulla, las cuadrillas de refuerzo, huyen espantados por las calles cercanas los veinte mil ante los doce! Se llevan en vagones a sus heridos. Un policía queda en la acera muerto.

¡Otra refriega y a pocos pasos! Un policía muere sobre un huelguista: el huelguista le ha vaciado el revólver en el pecho: el policía, con el pecho traspasado, con su enemigo por tierra, le dispara en la cabeza dos tiros de revólver. Una ambulancia llega. Está llena de pólvora la calle. Tiéndese en la ambulancia uno al lado del otro, a los dos desventurados.

En el camino, chaqueta junto a blusa azul, expiran.

En cada esquina, un encuentro; en cada plaza, reunión, discursos, acometimientos, balas.

Allá van desalados bajo un fuego continuo de revólver, los vagones de patrulla, cargados de policías. Detienen a uno: los que van en el interior se apilan, con las cabezas bajas, para evitar los tiros: el que va en el estribo, roto un hombro, se ase con una mano de la baranda del vagón, y con la otra, hasta que cae en brazos de sus compañeros, ya en pie y pistola al aire, dispara sobre los huelguistas que le atacan. Rompe a correr el carro, parece que el caballo entra en la pelea y que el carro es su ala: los huelguistas se abaten al verlo venir, ebrio ya el carro todo: las casas se los tragan.

Allá lejos, ¿quién muere? Es un huelguista envenenado: otros más han llevado a casas vecinas. Se entraron a una botica a cuyo dueño acusan de haber llamado [a] la policía por el teléfono. Tiemblan arriba en un rincón el boticario y su mujer. La turba rompió a pedradas las ventanas, inundó la tienda: deshizo los mostradores; quebró y majó los pomos, se echó sobre las ropas los perfumes: se bebió cuanto le supo a vino.

Los que mueren del tósigo quedan detrás. Hombres y mujeres, agitando al aire los pañuelos rojos, arrebatando consigo a cuantos

hallan, poniendo en fuga un policía que les sale al paso, caen sobre una cervecería, que han jurado devastar porque el dueño dio un sombrero a un policía maltratado por la turba. En las gorras y en el hueco de las manos se beben la cerveza. Con hachas y a pedradas han abierto los barriles. Hasta secarlos tienen en ellos las bocas. Caminan sobre la espuma. Ríen. Despedazan con sus manos las alacenas y anaqueles. Todo es astilla en un minuto. Los policías llegan, y como no se les hace fuego esta vez, solo usan de su porra, una porra que tunde. Los huelguistas huyen, pero los policías venían de otro encuentro, muchos de ellos manchados de su sangre.

«¡En fila, hombres!» les dijo su capitán, al arremeter contra la cervecería. Después de vencer, tres vinieron al suelo.

Y en la noche de la bomba mortal, ni uno solo se hizo atrás, ni huyó la muerte! La explosión los ensordeció; pero no los movió. ¿Qué sabían ellos si les arrojarían más de aquellas máquinas terribles? ¿No vieron venirse a tierra, como si el suelo hubiese cedido bajo sus plantas, todo el centro de su línea? ¿No oían quejidos desgarradores? «¡En fila, hombres!»

Unos asisten a los que han caído. Los demás, con las pistolas a la altura del pecho, avanzan descerrajándolas. Un fuego cerrado les responde. Guardan los revólveres vacíos, y avanzan, descerrajando los llenos. La multitud se desbanda aterrada. Sobre el suelo lívido, y aclarado por la luz eléctrica que fosforea en el silencio mortal, se arrastran los policías heridos, como gigantes rotos: uno cae muerto, al quererse erguir sobre un brazo, con el otro vuelto al cielo: le resplandecían sobre el pecho como estrellas los botones dorados.

De esta hoguera primera se van apagando los fuegos: una fábrica cede una hora: otra da siete días de término para que sus operarios vuelvan, o pierdan toda ocasión de volver: otras, pocas, consienten en rebajar a ocho las horas de trabajo: alguna, con prudencia que es muy celebrada, fija en nueve horas y media el trabajo del día, pero se obliga con sus obreros, como estos con ella, a no acudir a la violencia para arreglar sus disensiones, y a someter a árbitros los puntos en que no concuerden.

Es general esta tendencia al arbitramento: general la atención al gran problema, la fe en la sensatez pública, y como cierto legítimo orgullo, que ya se nota, de ver cómo el aire de la libertad tiene una enérgica virtud que mata a las serpientes.

José Martí

La Nación. Buenos Aires, 2 de julio de 1886.
[Copia digital en CEM]

Cartas

1885 (octubre-diciembre) - 1886 (enero-mayo)

A JOSÉ ALFONSO LUCENA

New York. 9 de octubre, 1885.

Sr. J. A. Lucena

Philadelphia

Mi distinguido compatriota:

Acabo de recibir, con entrañable reconocimiento, y como el premio más dulce, la invitación que a nombre de la lealísima emigración de Philadelphia se sirven Vds. hacerme, para que comparta con ella en su propia casa la honra de llevar flores tristes y lanzas enlutadas a los pies de nuestros héroes y de nuestros muertos, mañana 10 de Octubre.—Me estimo más a mí mismo por haber merecido de Vds. esta invitación: y si de algo puede servir un alma consagrada sencillamente al deber,—a los hombres admirables que recuerda el 10 de Octubre y a la emigración de Philadelphia que sabe honrarlos se la mando entera.

Pero, por desdicha, mi mismo amor a mi patria y a su independencia me impiden acudir esta vez a conmemorar con Vds., como acá en mi propio altar interior conmemoro, fervientemente, los esfuerzos de los que han perecido por asegurarla, y escribieron una epopeya, en tiempos en que ya no parece el mundo capaz de escribirlas, ni de entenderlas. Cada cubano que muere es un canto más;—y cada cubano que vive debe ser un templo donde honrarlo: así mi corazón, lleno de estas memorias de manera que fuera de ellas no vive, y muere de ellas.

Ni un solo instante me arrepiento de haber estado con los vencidos desde la terminación de nuestra guerra, y de seguir entre ellos, porque con ellos ha estado hasta ahora no solo el sentimiento que anima a las grandes empresas, sino la razón que justifica los sacrificios que se hacen para lograrlas.—Cuanto puedo dar he dado, y he de dar, obrando activamente, ya en lo visible, ya con mi mismo silencio, para obtener en mi país la cesación de un gobierno que lo maltrata y desafía, y sustituirle otro que asegure el decoro y la hacienda de sus hijos,—el decoro sobre todo, que vale más que la hacienda.—Cuanto puedo hacer he hecho por salvar a mi país de una situación ahogada y odiosa, sin llevarle con este pretexto a otra que pudiera ser aún más temible; por inspirar en nuestros elementos revolucionarios, ya que la Isla parece necesitar una revolución, un espíritu de grandeza y de concordia que atrajese las simpatías y afirmase la fe de nuestra patria, que allegase sinceramente a los tibios y a los adversarios, que hiciese posible una victoria grande e inmediata, a poco costo de sangre de amigos y enemigos, no para abrir en Cuba una era de parcialidades y de enconos, sino para levantarla a donde ella puede subir, si sus malos defensores no la echan abajo,—a la altura de pueblo verdaderamente libre y dueño de sí mismo, no a la

condición infeliz de tierra invadida por fuerzas ciegas o rencorosas.—Cuanto puedo hacer he hecho,—y hoy la emigración de Philadelphia llamándome a su lado me lo premia, por preparar la guerra inevitable de manera que el país pudiese tener fe en ella, y la victoria asegurase a sus hijos su independencia de extraños y de propios.

Tal vez, a pesar de mi repugnancia a ocupar a los demás con mis opiniones y actos personales, habrá llegado a Philadelphia el rumor de que de un año a acá vienen siendo muy grandes mis temores de que los trabajos emprendidos por llevar a nuestra patria una nueva guerra, precisamente en los momentos en que Cuba parecía más necesitada de ella y más dispuesta a recibirla, han sido enteramente distintos de los que a mi juicio son indispensables para que la Isla acepte con confianza y siga con júbilo la revolución que hubiese de salvarla. Sentí, sin exageraciones mujeriles, que comencé a morir el día en que este miedo entró en mi alma.—Y como creo, por lo que hace a mí, que la tiranía es una misma en sus varias formas, aun cuando se vista en alguna de ellas de nombres hermosos y de hechos grandes; como creo que la manera menos eficaz de servir a la independencia de la patria es preparar la guerra necesaria para conseguirla, de manera que alarme al país en vez de asegurarle su entusiasta confianza, resolví—desde el primer instante en que creí desatendidos estos que yo estimo graves deberes—no ponerme en el camino de los que piensan de manera distinta de la mía, puesto que nadie debe impedir que se haga lo que no tiene medios de hacer,—ni ayudar las labores que a mi juicio han comprometido la suerte de la revolución, y con ella la de la patria, en los instantes mismos en que, acorralados de nuevo sus hijos y exhaustas sus esperanzas y sus arcas, parecía fácil llevar a la Isla una guerra magnánima, corta y digna de ensangrentar a un pueblo, por los beneficios de libertad y bienestar que había de recoger de ella.

¿Qué había de hacer en este conflicto un hombre honrado, y amigo de su patria? Ah! lo que hago ahora:—decirlo en secreto, cuando me he visto forzado a decirlo, de modo que mi resistencia pasiva aproveche, como yo creo que aprovecha, a la causa de la independencia de mi país; —no decirlo jamás en alta voz, para que ni los adversarios se aperciban, —porque es mejor dejarse morir de las heridas que permitir que las vea el enemigo,—ni se me pueda culpar de haber entibiado, en una hora que pudo ser, y acaso sea, decisiva, el entusiasmo, tan necesario en las épocas críticas como la razón.

Un año entero he vivido en este tristísimo silencio. Crear una rebelión de palabras en momentos en que todo silencio sería poco para la acción, y toda acción es poca, ni me hubiera parecido digno de mí, ni mi pueblo sensato me lo hubiera soportado. Ya yo me preparaba a emprender camino ¡quien sabe a qué y hasta dónde! en servicio activo de esta empresa; y cuando creí que el patriotismo me vedaba emprenderlo ¡qué tristeza, qué tristeza mortal, de la que nunca podré ya reponerme! ¿Cómo serviré yo mejor a mi tierra?, me pregunté: Yo jamás me

pregunto otra cosa: Y me respondí de esta manera:—»Ahoga todos tus ímpetus: sacrifica las esperanzas de toda tu vida: hazte a un lado en esta hora posible del triunfo, antes de autorizar lo que crees funesto: mantente atado, en esta hora de obrar, antes de obrar mal, antes de servir mal a tu tierra so pretexto de servirla bien.»—Y sin oponerme a los planes de nadie, ni levantar yo planes por mí mismo, me he quedado en el silencio, significando con él que no se debe poner mano sobre la paz y la vida de un pueblo sino con un espíritu de generosidad casi divina, en que los que se sacrifiquen por él garanticen de antemano con actos y palabras el explícito intento de poner la tierra que se liberta en manos de sus hijos, en vez de poner, como harían los malvados, sus propias manos en ella, so capa de triunfadores.—La independencia de un pueblo consiste en el respeto que los poderes públicos demuestren a cada uno de sus hijos.—En la hora de la victoria solo fructifican las semillas que se siembran en la hora de la guerra.—Un pueblo, antes de ser llamado a guerra, tiene que saber tras de qué va, y adónde va, y qué le ha de venir después.—Tan ultrajados hemos vivido los cubanos que en mí es locura el deseo, y roca la determinación, de ver guiadas las cosas de mi tierra de manera que se respete como la persona sagrada la persona de cada cubano, y se reconozca que en las cosas del país no hay más voluntad que la que exprese el país, ni ha de pensarse en más interés que en el suyo.

Convencido yo de la necesidad de que en una guerra que va a mover tantas pasiones como llevada por caminos que no sean esos moverá una guerra en Cuba, es indispensable a la salud de la patria que alguien represente, sin vacilación y sin cobardía, los principios esenciales, de tendencia y de método, que he creído yo ver en peligro,—y puesto por el curso de las cosas en ocasión de ayudar con gloria a olvidarlos, o de representarlos en la oscuridad y el olvido, decidí representarlos.—Organizada en tanto la emigración, esta emigración que impone respeto y amor por sus virtudes, en acuerdo con las labores activas de las cuales había creído yo deber apartarme, para servir a mi patria mejor, resulta hoy, con un dolor penetrante para mí, que no puedo tomar parte en la conmemoración de este día que ningún cubano debe traer nunca a la memoria sin ponerse en pie y descubrirse la cabeza, porque—reunidas en una la conmemoración del 10 de Octubre y el acto político que en estas circunstancias va envuelto en ella, parecería hoy y parecería mañana que yo había aprobado, con mi presencia en él, aquello mismo que por la salud de mi patria condeno.—O si tomase parte en él, tendría que explicar esta posición personal mía, lo que sería indigno de la majestad del acto: ¿qué pareceres de hombre vivo significan nada ¡ay! al lado de tanta ruina que cae, de tanta sangre que humea, de tanto héroe que está en pie después de muerto?

Me afligiré, pues, acá a mis solas. Se me irá el alma a donde están Vds., y la palabra encendida. Tiemblo de pensar en lo que sufrimos; como tiemblo de pensar en que por error de conducta o falta de

grandeza pudiéramos perder la oportunidad de redimirnos.—Pero mi patria me manda vigilar por ella, y sacrificarle mi deseo, puesto que así la sirvo,—aunque diciéndole mi dolor a los que la quieren y se acuerdan de mí, para que no piensen mal del que solo vive para ella y para ellos.

Es mi deseo dejar escrita esta carta; pero no es mi deseo, antes sería para mi ocasión de dolor, y pecado, que se lea en la reunión de mañana. No, por Dios! La razón es fría, y las cosas de la tierra no deben ir a perturbar en su día de fiesta a los que están por sobre ella. Nada más que palmas y corazones encendidos haya para los héroes en nuestro 10 de Octubre. Excusen Vds. mi ausencia, si alguien se fija en ella, con las frases prudentes que esta carta les inspire, pero de manera ¡oh sí! que no parezca, por este sacrificio que hago, mermado el amor a la patria que me lo aconseja.

Y si después creen útil leerla, o pedirme más explicaciones de ella, léanla, si les parece bien, y ordénenme, que yo soy el esclavo de mis compatriotas; pero que no sea la voz de mi juicio la que vaya, en estas horas de templo, a entibiar las esperanzas patrióticas de aquellos que tienen en mí, reconocido o desconocido, el servidor más apasionado que pueden tener entre los hombres.—

De toda mi alma, si es digna de ello, hago una corona, y la pongo, por la mano de los emigrados de Philadelphia, en el altar de los mártires del 10 de Octubre.—

Queda sirviéndoles, mis distinguidos compatriotas,

José Martí

La Discusión, La Habana, 9 de octubre de 1922.
[Fotocopia del artículo en CEM]
[Manuscrito en CEM]

A ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES

New York, 21 de octubre de 1885.

Señor doctor don Alejandro Magariños Cervantes.

Mi estimado señor:

Hasta el 18 de este mes no llegó a mis manos la generosa carta de usted, que premia el cariño con que desde hace muchos años vengo escribiendo y loando su nombre. Determinado a llevar mi vida por donde a mí me parece que va bien, que es por donde se va solo y duele andar, me permitirá Vd. que le diga que estos afectos de la valía y espontaneidad del suyo, son la única recompensa que apetezco y el único alimento que necesito, para tenerme firme en mi vida sencilla, que querría yo hacer tan limpia y majestuosa como uno de sus versos.

No he dejado una línea por leer en su hermoso libro, que me puso enseguida la pluma en la mano, y me dio una de esas raras horas de lanza y de luz que aclaran y mantienen la existencia: pronto enviaré a usted publicadas las páginas que he escrito: ya había anunciado yo la obra, apenas me llegó la importante *reseña bibliográfica* del señor general Mitre.

Muy cariñosamente doy a usted las gracias porque hizo memoria de mí, y por el vivo placer que me ha causado la lectura del volumen, que es uno de los pocos libros vivos—altos y bien compuestos—que salen ahora de manos de los que hacen versos en lengua de Castilla. Si no le hubiera usted llamado *Palmas y ombúes*, así lo hubiera llamado todo el mundo.

Leí muy niño el *Celiar,* que es desde entonces para mí un recuerdo querido, y le busco aquí en vano: ¿merecería yo de usted un ejemplar?

Me hace la merced de llevar a usted esta carta uno de los hombres a quienes más quiero y estimo, el doctor don Enrique M. Estrázulas, en quien he aprendido a querer al Uruguay, y con mi más afectuoso saludo envío a usted por él mi libro de versos a mi hijo, que solo vio la luz porque eran suyos, y yo solo me amo en él: va a usted el libro como a una palma va una mariposa.

Vivamente agradecido a usted por su cordial simpatía, queda admirándole y sirviéndole,

Su afectísimo S. S.

José Martí

[*Anales del Ateneo del Uruguay,* Montevideo, pp. 57-58]

A MANUEL MERCADO

[Nueva York] Dic. 3. [1885].

Mi hermano muy querido:

Vd. vigilante, y yo quejoso: ¿qué tendrá, me decía, o que mal habré hecho, que ya no me quiere, o no quiere saber de mí? Y me parecía que me faltaba algo esencial.—Ya le iba a escribir, y me tenía muy inquieto no saber de Vd., cuando llega su mensajero, y me sorprende entre Geografías y mapas, en una de mis tormentas de trabajo estéril:—¡así la cruz en la hora del martirio para los buenos cristianos!—Vea el bien que me hace que Vd. se acuerde de mí.

Y no se ría; pero yo no le había escrito porque revuelvo todavía con insistencia en la mente la idea de contribuir a la salud de mi cuerpo y de mi mente con algún quehacer en esos diarios, ya que los de la América del Sur me acogen con tanto cariño: y como siempre, si le escribía, le hablaba de lo que tenía en el pensamiento, puesto que en V. me miro a mí mismo, y solo a V. diría yo cuanto me pasa: y si se lo decía, parecería que le escribía por mi interés:—manías viejas, pero este hombre no cambia, y aunque martirizado y ofendido—es aquella alma timorata y nueva que se esparcía en Vd. a la sombra de los árboles queridos de nuestra Alameda.

Ya es tiempo de que me deje ver de nuevo a sus hijos y a la excelente Lola: ¿no ha habido de ellos y de V. retratos últimos? Vea que no es petición de oficio, sino deseo verdadero: como quien viaja por el desierto y pide árboles.

Mucho, y muy profundamente, lo quiere su hermano

JOSÉ MARTÍ

[Fotocopia del manuscrito en CEM]

A MANUEL MERCADO

[Nueva York, segunda quincena de febrero de 1886].

Mi amigo muy querido:

Sin carta se me aparece el Sr. Solignac, pero él es carta viva. Muchas me va debiendo Vd.; solo que yo leo las cartas que no vienen, así como escribo muchas que no van. El fiel mensajero me sorprende sobre mi papel amarillo de trabajo, y aquí pongo el mejor de mis abrazos, y no quisiera tener que poner nunca punto.

Ni libros, ni cuadritos, ni diarios, ni nada me manda—más que su bella alma, que siempre recibo. Yo, en cambio, le envié, porque no diga que hago algo y no se lo envío, una novela que traduje, y en La Habana al menos, la gente ha comprado sin tasa. Si es por mí, esa será al menos, en este desierto agrio, una gota de miel. Al libro, no le doy más importancia que la que tuvo para mí: un bocado de pan. Podrá ser una grandeza, pero a mí, a pesar de mi prosa, me parece una bellaquería. *El Nacional* lo ha estado anunciando ahí con letras grandes.—

Cuénteme de las cosas de Méjico, que muchas me han de interesar. Yo escribo sin cesar sobre Méjico. Si no quisiera a mi tierra con la lealtad con que se debe querer a los desdichados ¿dónde estaría yo si no al lado de Vd.?

Le tengo que decir adiós. Mis gentes, madre y padre, me preguntan por Vds. Mi hijo monta a caballo, y reina en sus campos, en el Príncipe. Yo quedo aquí, comiéndome el cerebro,—sin ápice de exageración,—y suspirando por nuestros paseos de la Alameda—y por aquellos mismos palos amarillos!

Un coro de besos a su pequeñería: uno en la mano a Lola: y un apretón de manos al Sr. Don Manuel hijo.

Al padre, lo mejor de

José Martí

[Ms. en CEM]

A NÉSTOR PONCE DE LEÓN

[Nueva York, 27 de enero de 1886].

Mi Sr. Don Néstor:

El *Sun* del domingo cumplió su ofrecimiento: aquí le va lo que dijo, que es mucho menos por cierto de lo que el caso merece. Lo que soy yo he de poner por encima de mi cabeza en toda ocasión a su *Diccionario*, porque no hay pregunta difícil que no me responda. Ese *Diccionario*, Néstor, es una obra de caridad.

No olvide decirle mis cariños hasta a las piedras que pise. Le he de agradecer que salude en mi nombre al Sr. Don Antonio, en quien pensaba ayer especialmente, leyendo el sabrosísimo prólogo de una *Gramática* de la lengua kíggara que acaba de mandarme el padre Celedón, a quien él de seguro conoce.—No olvide traerse *Cuba primitiva* en su refuerzo de libros.

Si *Cheíto* se acuerda aún de mí, dígale que lo quiero siempre muy bien. Bese la mano de su hija María, y tráigame de mi tierra un poco de luz para esta alma triste.

Queda queriéndole y sirviéndole

Su amigo

J. Martí

[Nueva York] Enero 27 [de 1886].
[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO

[Nueva York, 26 de febrero de 1886].

Mi amigo mejor.

Una línea, para agradecerle las suyas, y porque no quiero que su buen mensajero se vaya sin ella. ¡Qué apenado me tenía no recibir noticias suyas! Ya pensaba que había yo cometido alguna mala acción, y que lo tenía disgustado!—Su carta me ha dado uno de mis pocos júbilos.—De lo de negocios que en ella me dice, sí le escribiré, de seguro, por primera vía,—para ver si de lo que pensé algo puede hacerse, como creo.—Mi situación, violenta hasta hoy, es desde hoy, por mucho que quisiera y he de decirle, más grave que nunca.—Pero, en tanto me quede vida, y un alma como la de V. para quererme, me sobrarán bríos.—

Pero me tenía muy enojado con no escribirme.

Nos debemos cartas muy largas.—

Crea que con ser para mí quien es me complace más que con nada, y que nunca faltará valor para abrirse paso por entre las contrariedades mayores, a su hermano, siempre muy necesitado de su cariño.

J. MARTÍ

[Nueva York] 26 Fbro. [de 1886]

Nunca me manda libros de México.

[Ms. en CEM]

A JUAN GARCÍA PURÓN

N.Y. marzo 16. [1886].

Sr. D. J. G. Purón
Sr. y am^{o}:

No deseo que mi decisión de terminar mis trabajos en su Departamento ocasione en él ninguna demora que pueda yo evitar, en la labor que me estaba encomendada. En este espíritu, pues, y fuera de toda afectación, le ofrezco corregir lo que está actualmente en prensa de mi mano, sin más que enviármelo a mi oficina, para serle devuelto sin tardanza.

Me ocupo ya en recoger los libros de consulta que me envió la casa; y espero estén ya en su poder mañana. Ofrezco a V. también, con la mejor voluntad, ayudar desde mi oficina con cuantas indicaciones pudieran ser necesarias a la persona que se encargue del resto del trabajo.

Deseándole bien, queda de V. atento servidor

JOSÉ MARTÍ

Supongo que sabrá V. comprender que mi único motivo al apremiar a V. solo, cdo. más, es mi repugnancia a causar el menor daño.

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO

[Nueva York, entre el 26 de febrero y el 22 de marzo de 1886].

Mi hermano silencioso:

En pie, le mando un saludo: ¡no por cierto por escasez de cosas que decirle!—

Acá he tenido el gusto de ver a Pablo Macedo, y allá se va con el pensamiento de ayudarse de V. para sacarme a flote un pequeño plan que me sería de esencial utilidad. Ya ve que, al fin una vez, pienso en mí, *in articulo mortis*.

V. es el que tiene mucho que contarme, y nada me dice: ¿por qué no me ingenia pretexto y modo de darme un salto a México; tomar vida, y volverme, a seguir muriendo?

Lo abraza

Su hermano

J. Martí

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO

[Nueva York, 22 de marzo de 1886].

Mi hermano querido:—

Escribo a V. mientras espero a Pablo Macedo, que me ha prometido pasar a verme un instante antes de irse. Tengo ocupado el espíritu, como un niño que jugase con un rayo de sol, con ciertos pensamientos de resurrección; de que Pablo Macedo tiene la culpa. A él le ha ocurrido espontáneamente la idea de ponerme en camino de empezar una serie de publicaciones útiles americanas, cosa en que pienso desde hace muchos años con la insistencia de quien madura lo que le es natural,— y objeto único grato de mi vida, perdida como tengo la esperanza de ser por ahora, y por siempre acaso, útil a mi patria. Estoy regocijadísimo con esta idea, no solo porque con la alegría que me trae, y la nobleza de la ocupación, me salvaría lo poco que me queda de salud y de espíritu, sino porque como sin que yo lo haya buscado se me viene a la mano lo que por tantos años preparo y tanto deseo, deduzco que es natural y posible que suceda, y ya lo doy por hecho, y a mí por sacado de la inactividad y la tristeza que me comen. Porque trabajar, con la hiel al cuello, entre hombres que parecen pezuñas, por el mero pan del día, sin una mano de amigo, sin un retazo de Alameda, sin nadie en quien verterse ni hacer bien,—hasta indigno de hombre es, y cosa que me tiene medio muerto y avergonzado.—Luego, me llena de contento poder reunir en un mismo quehacer la labor y el gran gusto de ser útil. Tengo muy meditado lo que ha de hacerse en este género de empresas, y con poco que me ayuden la fortuna y los amigos de la educación en México, dentro de poco tendré establecida una noble y extensa empresa americana, en que vaciaré todo lo que tengo de previsor en el juicio y de amante en el alma: y ayudaré a hacer los hombres conforme a los tiempos. México, sobre todo, habrá de aprovecharlo, porque, fuera de las manos de editores rapaces, podrá esparcir periódicamente libros vivos y útiles, que funden carácter y preparen a la faena práctica, a muy bajo precio. En fin ¿no les dije ya que estoy con este pensamiento como un niño que juega en la cuna con un rayo de luz?

Y luego, ¡si V. me viera el alma! ¡si V. me viera cómo me ha quedado, de coceada y de desmenuzada, en mi choque incesante con las gentes, que en esta tierra se endurecen y corrompen, de modo que todo pudor y entereza, como que ya no lo tienen, les parecen un crimen! A Vd. puedo decírselo, que me cree: muchas penas tengo en mi vida, muchas, tantas que ya para mí no hay posibilidad de cura completa; pero esta pena es la que acentúa las demás, y la mayor de todas. Ya estoy, mire que así me siento, como una cierva acorralada por los cazadores en el último hueco de la caverna. Si no caen sobre mi alma algún gran quehacer que me la ocupe y redima, y alguna gran lluvia de amor, yo me veo por

dentro, y sé que muero.—

Ahora, a otra cosa, también egoísta. Hace ya como un año que le hablé de ella, de un modo general; pero esta vez, ha de ir de veras.—De tal manera tengo hoy dispuestos mis quehaceres, tiempo y obligaciones, que me es absolutamente imprescindible, si no me quiero ver en una agonía que mi carácter hace mayor—crearme una pequeña ayuda mensual de $50, a cambio, naturalmente, de un trabajo que valga mucho más. Esto sí se lo indiqué yo a Pablo Macedo, y en la forma práctica en que lo propongo, lo creyó él muy hacedero, como yo lo creo también sinceramente. Ya V. sabe que yo tengo la mano muy hecha a escribir sobre cosas de este país para diarios de afuera; que en la América del Sur me han hecho casi popular, en cinco años de esta labor, mis estudios y análisis sobre las cosas de esta tierra, y su carácter, elementos y tendencias; y que con tan buena fortuna he andado en esto que, no solo he puesto en su lugar ciertas aficiones excesivas que en nuestros países se sienten por este, sin entrar jamás en denuncias ni censuras concretas, sino que—y esto me halaga más—mis simples correspondencias me han atraído el cariño y la comunicación espontánea de los hombres de mente más alta y mejor corazón en la América que habla castellano.—Méjico necesita irremisiblemente un origen de información constante y sereno sobre los elementos, acontecimientos y tendencias de los E. Unidos. Es incomprensible que no lo tenga ya; y el periódico que lo inaugure, responderá a una necesidad práctica y generalmente sentida, y ganará fama de útil y prudente, más los provechos que recibe el que da al público lo que el público desea.—Pues ese servicio; bien en cuatro correspondencias al mes,—bien en dos, que permitirían acaso estudiar mejor los problemas, es el que propongo hacer, por $50 oro americano al mes. Firmemente creo que los repondría en interés y en utilidad el periódico que los pagase. *La Nación* de Montevideo, me paga $25 por cada correspondencia: *La Opinión Nacional* hasta que me pareció bien separarme de ella, me pagaba $100 por dos.—Pero para Méjico, sobre tener más gusto en escribir y en volver a mi público, tengo en cuenta el estado actual de las *finanzas,* y el deseo de hacer el plan posible. Excusado es advertirle, pues me conoce, que allá irán cuartillas sin reparo, ni relación con el sueldo. Macedo me habla de dos diarios en que yo mismo había pensado antes de verlo. *El Partido Liberal* en el que me sería muy grato escribir, por andar en él, según entiendo, Villada a quien quiero, y D. Manuel Romero Rubio, que me sirvió una vez de prudente evitafrascas,—y *El Nacional* que parece también emprendedor.—Nada más le digo. De mí para V. le confieso que con esto me salva, aunque no lo parezca, de verdadera angustia; y me atrevo a urgirle con empeño a que me ayude, como Pablo Macedo de acuerdo con V. me ofrece,—porque lo que ofrezco es mercancía útil, y superior por su importancia,—salvo en cuanto tendría mío,—a lo que pido por ella.—Pónganse, pues, mis dos amigos el sombrero, y no vuelvan a casa sin dejarme el alma contenta.

No me regañe por haberle hablado tanto de mí. ¡Cuando la oveja bala, el lobo anda cerca! Esto de los periódicos es aparte de los libros, y cabe dentro de ellos, y sin ellos.—Lo de los libros es la cosa magna, y hoy, de pensarlo hacedero, he cantado y me he puesto a arreglar mis papeles.—Deme un estribo para echar a andar otra vez sobre la vida: porque el que nació conmigo, se me lo han comido.—Bese a *Lola* la mano, y salúdeme a don Manuel e hijos menores. Quiérame bien, y ayúdeme. Pablo Macedo me deja el alma acariciada. Con estos planes, pronto podría ir a verlo: allá me iría a ver nacer el año nuevo.

Su hermano

J. Martí

[Nueva York] Mzo. 22 [de 1886]

Pablo Macedo me escribe a última hora que ya no le queda tiempo para verme, y pongo en el correo esta carta que iba a llevarla él. Un ruego: ¿por qué no me deja leer, que aquí no puedo hallarlo, el *Romancero* de Guillermo Prieto?

[Ms. en CEM]

A JUAN GARCÍA PURÓN

[Nueva York] marzo 25. [1886].

Sr. Juan G. Purón
Sr. y am^{o}.—

Envío a V. todo el resto del manuscrito de la *Geografía,* y los papeles pertenecientes a ella que tenía en mi poder, y retuve el sábado, por no poder llevar el correo la *Geografía* de Appleton con que iban.

El manuscrito va revisado, numerado, distribuidos los párrafos según el tipo, y pronto todo él para darse a la imprenta. Hago notar a Vd. que no va, como dije, tal como lo escribí primitivamente, completo, pero en un cuadro menor del que, encariñado con el libro, le di luego. Al repasarlo para enviárselo, he reformado la distribución de la materia toda, para que quede en acuerdo con la parte que va impresa, y que me fue creciendo en las manos a un tamaño mucho mayor que el que primero tuvo. He recopiado en muchos lugares el primer manuscrito, y he incluido en el texto todas las notas que, conforme iba leyendo, había depositado en el cuaderno de cada país. Va, pues, la materia, sin más diferencia que la que impone el tiempo, como hubiera ido a continuar yo trabajando en el libro hasta que hubiese quedado terminada su impresión.

Reitero a Vd., en bien del libro y de la casa, mi ofrecimiento de responder a cualquier duda que pudiera presentarse en la corrección de pruebas.

Vd. se servirá abonarme la suma que me pertenezca, cuando le parezca bien.—Estimo mi trabajo en la *Geografía* de Páez,—y creo que el más ligero examen bastará a V. para estimarlo también,—en $50.

Le agradeceré me envié la fotografía de *La Nación.*
Es de V.
Atento servidor

JOSÉ MARTÍ

[Ms. en CEM]

A NICOLÁS DOMÍNGUEZ COWAN

New York, abril 22, 1886.

Sr. Nicolás Domínguez Cowan

México

Mi querido amigo: ¿Conque todavía me hace V. la merced de acordarse de mí, que solo en apariencia lo he olvidado? Vivo en una especie de espanto de espíritu, que ni para escribir a los que más quiero me deja fuerzas. No me argumente que traduzco y escribo para diarios: ese es el pan ganar, para el que la honradez da fuerzas: precisamente lo mezquino de esas ocupaciones, en la forma incompleta en que las tengo, me pesa como una culpa, y padezco de lo poco que hago. Pero a V. le ha parecido bien *Misterio,* que me ha venido pesando como un delito, y me le ha hecho el honor de leerlo en familia; de modo que ese pecado no debe ser más que venial, y arrepentido de haberlo tenido por mortal, me levanté, después de recibir su carta, a acariciarle el lomo al libro; y ya me es precioso, pues me trae el perdón de uno a quien tengo como muy bueno entre mis mejores amigos. Va por fin *Ismaelillo,* que solo no le había mandado por ser mío. Me lo hizo imprimir un mal amigo, y aún tengo toda la edición en mis cajones. Para venderlo no está hecho: esas son cosas del alma; y para regalarlo, ¿a quién, sino a los que como V., conozcan bien el recodo íntimo en que nacen esas flores? Lo colecciono, y tal vez por este mismo correo le mande un estudio mío sobre Grant, que ha sido bastante leído. Lo encontrará tal vez cansón, sobre todo en la parte de guerras, a que el asunto me obligaba; pero V. verá entre las páginas las experiencias recientes y dolorosas que me ayudaron, y acaso me movieron, a escribirlo. No crea tampoco que fue obra de sosiego, sino carta de diario, escrita sobre la baranda del vapor. No se lo mando por el estudio en sí, sino por mandarle lo que tengo y por darle prueba de cariño. Y de V. ¿qué me deja ver? Que vive en paz, ya lo veo en su arrogante letra y en sus anchos renglones, pero V. está hecho para algo más que para vivir en paz, V. está siendo un grandísimo pecador, con no sacar afuera todo lo que tiene en sí. ¡Pero al fin, está V. en México! Yo de esta tierra me estoy muriendo. ¿Qué me cuenta de la excelente Mariana y de su Papasito, que de seguro va a ser un hombre de provecho? Carmen y el niño recibirán sus cariñosos recuerdos en Cuba, a donde está ahora, de *temporada de patria:* no me pareció justo privarles por algunos meses de ella. Y de nuestros paisanos, de Vázquez, de Zambrana, qué me dice? Ya ve lo que le ha traído escribirme: a mí su carta me dio un vivo placer, que le ruego no me escatime. Déjeme decirle que le quiere muy bien su amigo

JOSÉ MARTÍ

[OC, t. 20, pp. 312-313]

A MANUEL MERCADO

Mi amigo queridísimo:

Esperaba yo por Solignac carta de Vd., como espera un enfermo desvelado un rayo de sol: y hasta creía que pudiera ser respuesta a una carta larga, y de mucha importancia para mí, que dirigí a V. por el correo, vía El Paso, no recuerdo si al Ministerio o a San Ildefonso 4, uno o dos días después de haber salido Pablo Macedo de New York. Solignac viene, en busca de carta mía que llevarle; pero no me trae la de Vd.: con él mismo escribí a Vd. en fe de vida en el viaje anterior, y me dice que de Veracruz le envió la carta con Zayas-Bazán.

La verdad es que esta vez no quisiera escribirle; porque me sería ahora, en mi plan y en el de Macedo, de tanta importancia su auxilio, y me es tan esencial en el estado de aflicción de mi alma, que ya pasa a mi cuerpo—que me entran mis reparos de siempre, y ni a V., en quien me vierto sin rebozo y con un placer profundo, ni a V. querría hablarle de mí.

Supongo que habrá llegado a V. la carta larga de que le hablo, y habrá visto en ella que en la condición actual de mi fortuna, y en esta especie de terror de alma en que vivo, me causaría verdadera angustia no poder lograr el empeño que he puesto en sus manos. Con este pie en lo firme, podría al fin ¡tal vez por ocasión primera en cinco años! trabajar sin tener en todo instante una pezuña sobre la frente, y la dignidad en un potro, y el alma entera en náusea; tal vez podría empezar, tranquilo el espíritu en un quehacer noble, a salirme un poco de este contacto demasiado íntimo con los hombres, con los hombres en esta tierra, que no son, no, como los hombres en todas las demás,—y dar suelta, conforme fuera yo saliendo de esta agonía, a las experiencias y arrogancias que se me han ido amontonando en el alma, y me sofocan por falta de empleo. Si a lo que ya tengo en esa clase de quehaceres, que ni me agotan mis restos de salud ni me tienen en perpetuo susto el decoro, pudiera unir la clase de trabajo—que le pido, y por el cual le ruego que se esfuerce mucho más que para sí propio, me haría V. un bien cuya trascendencia solo podría calcular viendo de cerca, y por dentro, como dejaría yo que Vd. los viese, el espanto y la tribulación a que después de estos cinco años de noblezas estériles e indecibles fatigas ha llegado mi espíritu. Mi Consulado, que me venía ayudando, se me acaba el mes próximo. Si no me saca V. por sobre su cabeza en esto de los diarios, tendré de nuevo—sin que nadie, eso sí, note mi desfallecimiento—que acudir a una colocación vulgar de comercio, de muchas horas y retribución mezquina, adonde vuelva mi vida a lo que ha sido en estos tiempos últimos,—avena de pesebre, a que se la coman los caballos. Lo que me entristece no es eso; sino que en esa profesión, como acá se ejerce, y en la condición ruin de después de empleado menor en que tendría yo que volver a ejercerla, cada detalle ¿por qué no

decírselo? me subleva y aturde, y vivo como acorralado y apaleado, y la brutalidad, deshonestidad y sordidez que veo a mí alrededor y de que tengo que ser instrumento me ponen,—creo que ya se lo he dicho a V. porque es verdad—como una cierva, despedazada por las mordidas de los perros, que se refugia para morir en el último tronco. Saco de mí sin cansarme una energía salvaje; pero noto que estoy llegando ya al fondo de mis entrañas. O tengo un poco de respiro para rehacérmelas, a que me las coman de nuevo, o aquí se acaban.—Yo por nada me abato; pero siento que los puntales se me van cayendo. Trabaje por mí, que esta alma mía no se ha hecho para extinguirse tan a oscuras y por tan pobres razones. Los cariños que inspiro, y el de V. a la cabeza de ellos, son ya, desde hace años mi único premio y estímulo: nada más pedí a la tierra, y nada más me ha dado. Una que otra muestra de espléndida simpatía que me llega de tiempo en tiempo de tierras lejanas, y la triste contemplación de mi fortaleza, son los únicos gozos que para mí hay hoy en la vida. Ni en las pasiones he podido tenerlos nunca, porque aun en aquellas mías que pudieran haber parecido desordenadas, no he visto yo más que un deber justo y seco. El recuerdo de mi padre[12] viejo,—el amor de mis amigos, y el amor de los niños es lo único que hoy conmueve mi alma aterrada:—fuera de ese cariño a todo lo que padece, que ya Vd. sabe que en mí es vicio: pero, créamelo, el hielo me llega ya a la mano.—¡Qué me importa a mí, para quererlo yo a Vd., que me logre o no esto en que tanto me va, y tanto me empeño? Mi Don Manuel está sentado en mi corazón «a la diestra de Dios Todopoderoso», y no habrá nada que le saque de su asiento: pero si pudiera obtenerme lo que quiero ¡que inmenso bien me haría!—y veo que allá me recuerda y me quiere mucha gente: ¡con qué gozo no me pondría yo a la faena, en mis trabajos para México!—y fuera de toda necesidad mía personal, ¡qué falta hace allá, de mí y de todos, un estudio constante de todas las cosas, vías y tendencias de este pueblo, capaz, a pesar de su fuerza, de ser evitado, como se evita una estocada mortal, por la habilidad que no posee! Ni siquiera he cuidado yo, en mi desdén por todo lo mío, de hacer llegar a manos de V. todo lo que llevo escrito, que es mucho y en muchas partes, a propósito de México: con la mente puesta en México y en mi país escribí un estudio sobre Grant de que no creo haberle hablado, y que ha tenido en La América del Sur mucha fortuna: allí saco del revés esa especie de caracteres de fuerza, para que se les vea, sin exageración ni mala voluntad, todo lo feo y rugoso del interior de la vaina, que tanto hambriento y desvergonzado rebruñen por de fuera a lamidos!—Un personaje de aquí, me dijo, después de leer este ensayo: «¿Dónde conoció V. al hombre, que parece que lo ha retratado V. por dentro?»—¡Lo conocí en los hombres!—Los espíritus humanos se dividen en familias, como los animales.—En esas páginas—¿no le he hablado antes de ellas?—va mucho de mis dolores patrióticos, primer peldaño que bajé del cielo!

Ya Vd., al verle a esta carta los tamaños, la habrá puesto de lado, para

leerla en el primer domingo: ¡quién me diera uno solo, de aquellos que empezaban en la puerta de la *Revista,* y acababan en una taza de café de Uruapan!: de modo que, como es domingo, no me da pena seguir hablándole de mis cosas. Ya le hablé de las de ahora. Ya le dije también en mi carta anterior algo de las venideras.—Por la carta y por Pablo Macedo sabrá que, a lo modesto y principiante, tengo el pensamiento de hacerme editor de libros baratos y útiles, de educación y materias que la ayuden, cuyos libros pueden hacerse aquí en armonía con la naturaleza y necesidades de nuestros pueblos, y economía de quien trabaja en lo propio, y venderse, en México principalmente, con un margen de escasísimo provecho. Pero lo que V. no sabe es que esta no es en mí idea nueva, sino en cuanto a la posibilidad de su inmediata realización; —que a este fin, como si ya yo no tuviera otro natural, me vengo preparando con un estudio cuidadoso de los menores detalles, desde hace muchos años;—que, aparte de toda situación mía actual, me siento capaz de levantar en este hermoso ramo una empresa benéfica y productiva;—que contra mi costumbre, desde que Macedo me habló de esto como realizable, al decirle yo cómo tenía estudiado el asunto, no pienso en otra cosa, y la doy por hecha;—que tan convencido estoy del bien que podría hacer, y el giro útil que podría dar al caudal puesto en ello, que en esto sí me propongo ser porfiado e incansable, y no parar hasta tenerlo conseguido.—Ir tirando será lo primero, con ahorros de judío, de lo poquito que haya para comenzar. Ya yo sé los libros vivos que nuestras tierras necesitan, y piden, y no tienen, ni hay aún quien les dé: y los iré publicando de manera que, desde el principio, México los vaya obteniendo al precio estrictamente necesario para cubrir los gastos. Los provechos vendrán de la venta en los demás países. Al fin, estos libros útiles, con ediciones sucesivas, vendrán a reducirse a un precio tal, que no habrá quien no pueda hacerse de ellos. La competencia no es de temer—primero, porque estos libros serán muy distintos de cuantos en esa línea van publicados,—libros humanos y palpitantes,—no meros textos, sino explicaciones de la vida y sus elementos, y preparaciones para luchar con ella—la esencia y flor de todo lo moderno:—después, porque como esta empresa solo será de lucro moderado y honesto, siempre podrá abaratar sus productos mucho más que los que no se conforman sino con grandes provechos.—Eso sí que me resucitará, y me sacará de la vergüenza en que ando. Esa idea me satisface y regocija, y no entra en este contento ni por un ápice mi necesidad actual de asegurarme un quehacer menos mortal y angustioso que el que, con escasos intervalos, he tenido hasta ahora.

Pero ni aun viniendo a pensar en esto, puede dejar de serme la idea gratísima. Para eso estoy hecho, ya que la acción en campos más vastos no me es dada. Para eso estoy preparado. En eso tengo fuerza, originalidad y práctica. Ese es mi camino. Tengo fe y gozo en eso.—Todo me ata a New York, por lo menos durante algunos años de mi vida: todo me ata a esta copa de veneno:—Vd. no lo sabe bien, porque no ha

batallado aquí como yo he batallado; pero la verdad es que todos los días, al llegar la tarde, me siento como comido en lo interior de un tósigo que me echa a andar, me pone el alma en vuelcos, y me invita a salir de mí. Todo yo estallo. De adentro me viene un fuego que me quema, como un fuego de fiebre, ávido y seco. Es la muerte a retazos. Sólo los días en que no bajo a negocios, o veo a poca gente, o ando mucho al aire ahora que hay primavera, padezco menos de este horror de espíritu: ¡qué riendas he necesitado tener para sujetar la mente a freno! ¡el día que yo escriba este poema!—Bueno, pues: todo me ata a New York: las consecuencias de los errores políticos de nuestro país;—la cercanía a esa tierra mía, que no sabe de mí, y por la que muero;—la repugnancia a salir a correr nuevas aventuras, con la casa al hombro, que no admite esperas;—la repugnancia, aun mayor, a vivir en países adonde no llevo un arte práctica ni un derecho mecánico a la vida, sino una pequeña inteligencia más, que en esos países sobra, y solo da de comer cuando se pone en alquiler o en venta para usos de gobiernos, que a un extranjero están vedados:—todo, más las consecuencias naturales de cinco años de vida en un lugar céntrico, me ata por ahora a New York.—A otras tierras, ya sabe V. por qué no pienso en ir. Mercado literario, aún no hay en ellas, ni tiene por qué haberlo. En el mercado político; yo no me he de poner. En el mercado judicial, los abogados buenos sobran. Ya sé yo que de puro servicial y humilde, un pan siempre habría de conseguir. Pero mis instrumentos de trabajo, que son mi lengua y mi pluma, o habían de quedarse en el mismo silencio y encogimiento en que están aquí, o habrían de usarse en pro o en contra de asuntos locales en que no tengo derecho ni voluntad de entrar, y en los que, sin embargo, como ya me sucedió en Guatemala y en Venezuela, ni el silencio me es permitido, porque se juzga, cuando ya se tiene cierto nombre y respeto, que es censura al gobierno el silencio decoroso. Y hasta los mismos fervientes cariños de mi alma hacia esos países nuestros tengo que contener, porque no son usuales por desdicha, ni aún en sus mismos hijos, y parece lisonja de medrador, o alabanza de necesitado, lo que es en mí vastísimo sentimiento continental, y rosa de ternura: ¡vaya V. a hacer entender y respetar entre los hombres estas extravagancias! Ya mi alma lastimada no tiene bastante fuerza para soportar muchos golpes de estos. Morir de esta tierra, es justo, puesto que no la quiero; pero morir de las mías, sí me sería penoso. A otras tierras, no puedo, pues, pensar en ir.—A la mía, tampoco: no porque sea yo un revolucionario empedernido y caprichoso, que solo consienta en volver a su pueblo por los caminos que a su terquedad o soberbia se le antojen, sino porque los males públicos, que en otros pueblos que no sean los míos, no tengo un derecho directo a mejorar, en mi tierra me pesan como propios, y son para mí un deber de remediarlos: allí toda bofetada me sonaría en la cara: allí toda indignidad me tendría siempre en pie para denunciarla o contenerla: yo, mísero de mí, no soy dueño de mi vida; ni puedo hacer, desde que contraje por mi voluntad, deberes

privados, todo lo que mi deber público me manda, sino aquella parte de este que no haga imposible el cumplimiento de aquellos, como lo haría sin duda en la campaña formidable que yo emprendería en mi tierra. Nada más, pues, que el respeto a mi familia me obliga a una ausencia que todos ellos creen que prolongo en daño suyo. Ahora, pensar que yo vuelva a mi tierra a acumular doblones, y entre tantos que luchan bravamente, deje de luchar, con más brío y empuje que todos ellos, y menos amor de mí, es pensar que puede beberse el sol en una taza de café! Eso no podría ser. Prefiero, pues, morir acá en silencio.

Y acá ¿qué puedo yo hacer? De prisa lo he de decir, porque esta carta pasa ya de atrevimiento. Si de ir muriendo se trata, ya se sabe, intentaré volver a mis quehaceres de dependiente de comercio, donde todo es ultraje, todo zozobra, todo angustia de noria, sin más que un pan al día, no siempre entero. Si de salvarme se trata, nada más puedo hacer que esa tarea querida a que mis trabajos de muchos años, mi pequeño nombre ya bastante extendido, mis modestas pretensiones, la opinión de cuantos me conocen, mi deseo constante y ardiente, y el éxito de cuanto llevo hecho en ese ramo me preparan. Nada más puedo hacer si he de salvarme, con esta naturaleza mía en que las corrientes del espíritu dan con tanta furia, que esa especie de nobles labores donde a un tiempo puedo satisfacer mi ansia de hacer bien, mejorar con esa alegría mi salud rota, y amasar un pan para mañana.

Ya es más de medianoche, y llevo una hora y media de escribirle. Me siento consolado. De nadie esperé nunca nada: y si, a ocultas de mí mismo, esperé algo de alguien, eso es precisamente lo que no he tenido. Pero de V. he tenido siempre, aún en cariño, más de lo que he esperado. Tengo en V. una fe que ya en muchas cosas y hombres he perdido. Vea, pues, como me le doy sin reserva, y respondo, al fin, en parte a lo que desde hace años me viene preguntando, sobre lo interior de mí mismo. Todo lo que falta se lo diré en cuanto lo vea, que es mucho, y mortal: pero yo recojo del suelo mis propios pedazos, y los junto, y ando con ellos como si estuviera vivo.

¿Se enoja conmigo porque le he molestado tanto? A mí no me enojaría tenerle a mi lado hora sobre hora, y oírle vaciar su juicio hermoso y su corazón honesto. Corazón, ahí le va. Juicio,—solo tengo el mío—que ninguna contrariedad ni desdicha ha logrado aún torcer ni envenenar; pero no es tan hermoso y sereno como el suyo.—Déjeme, pues, callar, contento de haber depuesto ante V. la arrogancia con que oculto mis desfallecimientos hasta de mí mismo. Soy—no se me ría—como un rey salvaje. Déjeme callar, y en cuanto esté en su mano, póngame remedio: —todo el que haya, sí por Dios; pero si no hay otro, con su cariño basta! —Junte en un abrazo a sus pequeñuelos, y bese la mano a *Lola.*

Su hermano

JOSÉ MARTÍ

[Nueva York] abril 22 [1886].

Olvidaba que V. no tiene mi dirección. Es esta:
P.O.B. 1283

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO

New York 15 de mayo [de 1886].

Mi hermano muy querido:

Nada tengo tiempo de decirle, en la prisa forzosa con que hoy le escribo, porque me espera el correo de Buenos Aires, y quiero darle un abrazo de gracias, por su carta a 17 William y el telegrama de Macedo, que ayer recibí juntos, al volver de una incursión por las poblaciones de los estados cercanos, que emprendí con un hombre de comercio para describirle en castellano ciertas fábricas, y llenar estos días de impaciencia. La paz que me da este arreglo, Vd. no la imagina. Ni la alegría en que me pone el pensamiento de que me sea posible renovarme el alma yendo a verlo a México. Ni quiero pensarlo; pero debe ser verdad, porque, sin atreverme a decírselo, y sin que me pareciese posible, lo mismo estaba rumiando yo en estos mismos días, cuando veía por esos pueblos afanados tanta gente cuadrada y cielo frío. Ningún extremo que yo le escribiese puede pintarle el placer profundo en que me deja esta esperanza.—

Pero tengo que hablarle de cosas reales. ¡Qué pena al recibir con diez días de atraso el telegrama generoso de Pablo Macedo! Al azar se lo respondí hoy, porque no pude averiguar su casa. Y la correspondencia, ahí se la mando. Anoche mismo la escribí: dejo en blanco, porque no lo sé, aunque imagino que es *El Partido Liberal* el nombre del periódico. Ahí se la mando, con esa carta para Pablo Macedo, que me tiene tan obligado. Usted es quien con su cariño infatigable me tiene en pie en las almas buenas.

De la correspondencia, no me deja contento, porque tengo que tomar primero el tono del diario, y siempre un público nuevo asusta. Debo advertirle que esta carta ha tenido que ser tan larga como es, y aún es corta, porque el asunto que trata, que hoy está aquí, y estará, por sobre todos los demás, no podía ser de primera vez presentado en retazo, como hubiese podido a tenerlo preparado en cartas anteriores y seguidas, sino que para que pueda ser entendido, he tenido que explicarlo en sus antecedentes y elementos:—tanto más, cuanto que esas explicaciones serán indispensables para la inteligencia de lo que aquí está por suceder, y no ha hecho más que también asomar la cabeza. Es, pues, una pesadez necesaria; pero he procurado aliviarla.

Como son cuatro cartas al mes, las que me propongo escribir, no en todas trataré, como en esta, de un asunto solo, a menos que no sea muy culminante y absorbente. En otras mezclaré acontecimientos varios, siempre los de más importancia y originalidad, siempre los que en especial interesen a México. Política de acá unas veces, sin entrometerme en la de allá. Otras, costumbres y escenas. Otras, letras y artes. Que no se cansen de mí.—

Sobre los otros pensamientos, a cuya realización y eficacia tanto pudiera contribuir también mi viaje, no tengo tiempo de hablarle.—No es solo la esperanza legítima de abrirme un camino útil en empleos benéficos lo que en todo esto me llena de gozo; sino el placer de agradecer, y la inefable alegría de sentirme fuerte en otras almas.

Vuelvo a escribirle mañana o pasado. Esta no es más que para incluirle la carta a Pablo y la correspondencia; y para que goce con el bien que me ha hecho.

Bese la mano a *Lola,* y que los vea yo pronto!

Su hermano

J. MARTÍ

ÍNDICE GENERAL

1885 (febrero-septiembre) | 1886 (enero-julio). *La Nación*

La Edición Crítica de las *Obras completas* de José Martí (1853-1895) recoge sus manuscritos e impresos conocidos hasta hoy: proclamas, discursos, manifiestos, comunicaciones, dedicatorias, cartas, correspondencias periodísticas, crónicas, artículos, ensayos, narraciones, obras de teatro, poemas, semblanzas biográficas, traducciones, dibujos, borradores, fragmentos de escritos y cuadernos de apuntes.

El contenido de los tomos se ha ordenado y combinado por fechas, temas y géneros, apreciando tanto la evolución y línea del pensamiento martiano como el paralelismo de su accionar político, periodístico y literario, simultaneidad que empieza a manifestarse a partir de los años 1875-1876, para intensificarse posteriormente. Organizar cronológicamente los textos nos permite observar esa evolución del pensamiento martiano, pero —a su vez— separa en diferentes tomos grupos de textos que habitualmente (y por deseo expreso del autor en su carta devenida testamento literario) se han presentado juntos, como ocurre con las Escenas norteamericanas y las Escenas europeas.

La confrontación de los textos con sus originales —o variantes de estos— ha conllevado a la natural rectificación de erratas, así como la fijación del texto más permisible. Los escritos de época han suscitado convenciones editoriales, atendiendo a los modernismos en la ortografía y el lenguaje. La peculiar puntuación martiana ha sufrido modificaciones imprescindibles, pero siempre respetando la intencionalidad del autor.

Estas *Obras completas* son fruto de la colaboración de investigadores y editores del Centro de Estudios Martianos, expertos conocedores de la obra y de la caligrafía de Martí, estudiosos de la obra martiana en el mundo y numerosas instituciones, que han convertido esta “obra” en reflejo de la sentencia que incluyó Juan Marinello, en 1963, en su prólogo a la edición de las *Obras completas* de la Editorial Nacional de Cuba: “Una edición crítica es el hombre y su tiempo —todo el tiempo y todo el hombre—, o es un intento fallido”.